

BERNHARD SCHLINK

Olga



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

OLGA

BERNHARD SCHLINK



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Olga

Edición en formato digital: junio de 2019

© imagen de cubierta, .A Dark Pool., Laura Knight. Laing Art Gallery,
Newcastle upon Tyne, Reino Unido. © Tyne & Wear Archives & Museums /
Bridgeman Images

© de la traducción, Carles Andreu, 2019

© Diogenes Verlag AG, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4042-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PRIMERA PARTE

1

—No te va a estorbar nada, lo que más le gusta es mirarlo todo.

Al principio, la vecina con quien la madre había dejado a su hija no se lo creía, pero realmente fue así. La niña, que tenía un año, entró en la cocina y se dedicó a observarlo todo: la mesa y las cuatro sillas, el aparador, el horno con las sartenes y los cucharones, el fregadero, con el espejo encima y la palangana, la ventana, las cortinas y, finalmente, la lámpara que colgaba del techo. Entonces dio unos pasos y se detuvo ante la puerta abierta del dormitorio, desde donde siguió su examen: la cama, la mesita de noche, el armario, la cómoda, la ventana, las cortinas y, finalmente, una vez más, la lámpara. Parecía sumamente interesada, aunque el piso de la vecina tenía casi la misma distribución y el mismo mobiliario que el de sus padres. Cuando a la vecina le pareció que la niña, pequeña y callada, había visto ya todo lo que había por ver en su piso de dos habitaciones (el baño estaba en la escalera), la ayudó a sentarse en una silla junto a la ventana.

Era un barrio pobre, y en la parte de atrás de todos los edificios altos había un pequeño patio tras el que se alzaba otro edificio. En la estrecha calle apenas había sitio para toda la gente que salía de las casas, el tranvía, las carretillas con las que pequeños comerciantes vendían patatas, verduras y fruta, y los hombres y mujeres que compraban baratijas, cigarrillos y cerillas a los vendedores ambulantes, chicos que vendían periódicos y mujeres que se vendían a sí mismas. En las esquinas había hombres que esperaban una oportunidad, lo que fuera. Cada diez minutos pasaba por la vía un vagón tirado por dos caballos y la niña aplaudía.

La cría fue creciendo, pero estar quieta y mirarlo todo seguía siendo su actividad preferida. No porque tuviera problemas con andar, pues andaba con agilidad y confianza, pero le gustaba observar y comprender todo lo que sucedía a su alrededor. Sus padres apenas hablaban, ni entre sí ni con ella; si poseía palabras e ideas era gracias a la vecina, una mujer parlanchina que había tenido que dejar el trabajo tras una caída y que con frecuencia hacía las

veces de madre. Si salía con la niña a la calle, tenía que caminar despacio y detenerse con frecuencia, pero aprovechaba para comentar con ella todo lo que veía: todo era susceptible de una explicación, una opinión, una lección; la pequeña, que estaba encantada con el paso lento y las paradas frecuentes, la escuchaba con embeleso.

La vecina decidió que debía jugar más con otros niños. Pero los patios y pasillos oscuros eran lugares hostiles donde, para hacerse valer, uno tenía que luchar, pues quien no luchaba salía malparado. Más que una diversión, los juegos infantiles eran una preparación para la lucha por ser. La niña no era ni miedosa ni débil, pero no le gustaban esos juegos.

Antes incluso de llegar al colegio ya había aprendido a leer y a escribir. Al principio la vecina no había querido instruirla, para que luego no se aburriera en clase, pero había terminado enseñándole de todos modos. La niña leía todo lo que encontraba en casa: los *Cuentos* de Grimm, las *Ciento cincuenta historias morales* de Hoffmann, los *Destinos de la muñeca Wunderhold* y *Pedro el desgreñado*. Pasaba largas horas leyendo de pie, apoyada en el aparador o en el alféizar de la ventana.

Aunque no hubiera sabido leer ni escribir, la niña se habría aburrido igualmente en el colegio. Vara en mano, el maestro insistía en que las cuarenta alumnas aprendieran el abecedario letra a letra, y las obligaba a hacer tediosos ejercicios, a leer y repetir en voz alta, a copiar y hacer dictados. Pero ella aprendió ávidamente a contar para que los vendedores no la engatusaran cuando iba a comprar y le gustaba mucho cantar. En clase de historia local, el maestro se llevaba a las alumnas de excursión, y así fue como la niña conoció Breslau, la ciudad y sus alrededores.

2

La niña aprendió también que se estaba criando en la pobreza. El hecho de que la escuela, un edificio nuevo de ladrillo rojo con cornisas y columnas de arenisca amarilla, fuera más bonita que el resto de casas del barrio no significaba que estas fueran sórdidas. La escuela era la escuela. Pero después de ver las elegantes residencias y las anchas avenidas, las villas ajardinadas, los regios edificios públicos y las grandes plazas, y de respirar el aire en los puentes y a orillas del río, la niña comprendió que en su barrio vivían los pobres y que ella era uno más.

Su padre era estibador y cuando no había trabajo en el puerto se quedaba en casa. Su madre trabajaba como lavandera: recogía la colada en las casas de la gente bien, se la llevaba en un fardo sobre la cabeza y, después de lavarla, se la volvía a colocar sobre la cabeza y la devolvía planchada y envuelta en una sábana. Tenía trabajo día sí, día también, pero no ganaba demasiado dinero.

Después de pasar varios días trabajando en la grúa, sin dormir ni cambiarse de ropa, el padre se puso enfermo. Le dolía la cabeza, estaba mareado y tenía fiebre. La madre se ocupó de él y trató de aplacar la calentura con paños húmedos en la frente y las pantorrillas. Al ver los sarpullidos rojos que le habían salido en el estómago y los hombros se asustó, y para cuando el médico se presentó en casa, también ella se sentía mareada y febril. El médico diagnosticó tifus y los mandó a los dos al hospital. La despedida de la niña fue breve.

No volvió a ver a sus padres. No podía visitarlos en el hospital para no contagiarse. La vecina, que la cuidaba, le aseguró que se pondrían bien pronto, pero su padre murió al cabo de una semana y su madre al cabo de diez días. La niña habría querido quedarse en casa de la vecina, y la vecina habría estado encantada de hacerse cargo de ella, pero la abuela paterna decidió llevársela a Pomerania.

Ya durante los primeros días, que la abuela dedicó a preparar el entierro,

liquidar la vivienda y sacar a la niña del colegio, quedó claro que las dos no se entendían. La abuela no había dado el visto bueno al matrimonio de su hijo. Orgullosa de su sangre alemana, nunca creyó que Olga Nowak, por mucho que hablara alemán de forma fluida, fuera la mujer adecuada para su hijo. Tampoco le había parecido bien que los padres le pusieran a la niña el nombre de la madre. En cuanto estuviera bajo su custodia, abandonaría su nombre eslavo y adoptaría uno germánico.

Pero Olga no se dejó arrebatarse el nombre. Cada vez que la abuela intentaba explicarle los inconvenientes de su nombre eslavo y las ventajas de tener un nombre alemán, Olga la miraba con expresión de perplejidad. Y cuando la abuela le propuso que eligiera ella misma el nombre germánico que más le gustara, de Edeltraud a Hildegard, la pequeña se negó, y entonces, cuando la abuela dijo que basta y que a partir de aquel momento se llamaba Helga, que era casi lo mismo que Olga, la niña se cruzó de brazos, dejó de hablar y decidió no responder cuando la llamaba por aquel nombre. Esa fue la situación durante el viaje de Breslau a Pomerania y también durante los primeros días tras su llegada. Finalmente, la abuela se rindió, y a partir de aquel momento vio para siempre a Olga como una niña rebelde, impertinente y desagradecida.

En aquel nuevo hogar, a Olga todo le resultaba extraño: tras la gran ciudad, el pueblo y los anchos paisajes; tras el colegio de niñas con un sinfín de clases, la escuela mixta con una única aula; tras el bullicio de Silesia, la calma de Pomerania; tras el cariño de la vecina, la reserva de la abuela; tras todo el tiempo libre para leer, el trabajo en el campo y en el huerto. Olga se conformó, como hacen los niños pobres desde muy temprana edad, pero al mismo tiempo tenía más ambición que los demás: quería aprender más, saber más, hacer más cosas. En casa de la abuela no había ni libros ni piano, y Olga estuvo persiguiendo al maestro hasta que este le dio varios libros de la biblioteca, y al organista hasta que este le explicó cómo funcionaba el órgano y la dejó tocarlo. Y, cuando durante la clase de instrucción de catecúmenos el cura se refirió negativamente al libro sobre la vida de Jesús de David Friedrich Strauss, tras mucho insistir, Olga logró convencerlo para que se lo prestara.

Se sentía sola. Los niños del pueblo no jugaban tanto como los de la ciudad, pues tenían que trabajar. En todo caso, los juegos allí eran igual de hostiles que en la ciudad, y Olga estaba preparada para hacerse valer. Pero sabía que no encajaba. Anhelaba la compañía de alguien que tampoco

encajara. Hasta que un día lo encontró. También él era distinto. Lo había sido desde siempre.

3

En cuanto pudo ponerse en pie, el niño quiso caminar. Como paso a paso no avanzaba lo bastante rápido, levantaba un pie antes incluso de plantar el otro en el suelo y se caía. Se levantaba, daba un paso, daba otro, sentía una vez más que iba demasiado despacio, levantaba de nuevo un pie antes de plantar el otro y volvía a caerse. Levantarse, caerse, levantarse... El niño seguía adelante, impaciente, infatigable. «Caminar no le interesa, él lo que quiere es correr», pensaba su madre observándolo, y sacudía la cabeza.

Incluso después de aprender que solo podía levantar un pie del suelo después de haber plantado el otro, seguía sin querer andar. Avanzaba a trompicones, con pasitos cortos, y cuando los padres le ponían el arnés y lo sacaban a pasear atado con la correa, como estaba de moda en aquellos tiempos, no podían evitar reírse, pues el pequeño trotaba como un poni. Al mismo tiempo, sin embargo, estaban un poco preocupados: los otros niños andaban mejor con la correa.

Con tres años ya corría. Corría a sus anchas por toda la casa, amplia como era: corría por sus tres plantas y dos buhardillas, por los largos pasillos, escaleras arriba y escaleras abajo, por las habitaciones interconectadas y por la terraza hasta salir al parque, a los campos y al bosque. Cuando empezó el colegio, iba corriendo al colegio. No porque se hubiera dormido o se hubiera entretenido cepillándose los dientes y temiera llegar tarde, simplemente prefería correr a caminar.

Al principio, los otros niños corrían con él. Su padre era el hombre más rico del pueblo y su finca daba trabajo y sustento a numerosas familias; se encargaba de zanjar disputas, velaba por la iglesia y la escuela, y se aseguraba de que la gente votara como era debido. Los demás niños admiraban a su hijo y durante un tiempo trataron de imitarlo, pero al final terminaron distanciándose de él debido tanto al respeto con el que lo trataban los maestros como a sus modales, su forma de hablar y de vestirse. Y a lo mejor habrían estado encantados de convertirse en su séquito si a su vez él hubiera

querido ser el líder, pero el niño no tenía ningún interés en ello. No por arrogancia, sino por obstinación. Que los demás jugaran a lo que quisieran, que él ya tenía sus propios juegos. No los necesitaba para nada. Desde luego, no los necesitaba para correr.

A los siete años, sus padres le regalaron un perro. Como admiraban Inglaterra y adoraban a Victoria, la viuda del káiser Federico, optaron por un border collie, un pastor inglés que debía acompañar y proteger a su hijo en sus correrías. El perro, que iba siempre un trecho delante del niño, se volvía a menudo a mirar a su joven dueño y pronto desarrolló una notable intuición para adivinar adónde quería dirigirse. Juntos recorrían senderos y lindes de los bosques, veredas boscosas y cortafuegos, y a menudo también corrían a bosque y campo traviesa. Al niño le encantaba el campo abierto y el bosque claro, pero cuando el trigo estaba alto, corría entre las espigas para sentir las contra las piernas y los brazos desnudos, y corría entre el monte bajo para que las zarzas lo arañaran y tiraran de él, y para poder soltarse cuando estas querían retenerlo. Si los castores construían una presa que convertía el arroyo en un pantano, él lo atravesaba corriendo. Nada podía detenerlo, nada.

Sabía perfectamente a qué hora llegaba el tren al pueblo y a qué hora partía; entonces, iba corriendo a la estación y lo seguía corriendo junto a las vías, hasta que el último vagón lo había adelantado. Cuanto más mayor se hacía, más rato era capaz de seguir el convoy, aunque superarlo no fuera en sí su objetivo. El tren lo empujaba hasta el punto en el que el corazón no podía latirle más rápido y él no podía respirar más deprisa. Era capaz de alcanzar ese punto solo, desde luego, pero prefería que fuera el tren quien lo llevara hasta allí.

Oía sus propios jadeos y el palpar de su corazón. Oía el batir de sus zancadas sobre el suelo, regulares, seguras, ligeras, y cada pisada contenía ya el impulso para levantarse de nuevo, y cada vez que se levantaba sentía como si flotara. A veces tenía la sensación de estar volando.

Sus padres lo bautizaron con el nombre de Herbert, pues su padre había sido soldado en cuerpo y alma, había recibido la Cruz de Hierro en la batalla de Gravelotte y había decidido que si tenía un hijo le pondría Herbert, el ilustre guerrero. Le explicó a su hijo el significado de su nombre y Herbert se sintió orgulloso de él.

Estaba orgulloso de Alemania, de aquel joven Reich y su joven káiser, de su padre, de su madre, de su hermana y de la finca familiar, con sus distinguidas propiedades y aquella casa tan majestuosa. Lo único que le molestaba era la asimetría de la fachada. La puerta de entrada estaba corrida a la derecha y, debajo de cinco ventanas simétricas en las plantas superiores y bajo el tejado, tenía tres ventanas a la izquierda y una a la derecha. Nadie sabía explicar el porqué de aquella falta de equilibrio: la casa tenía ya más de doscientos años y había pasado a ser propiedad de la familia hacía tan solo una generación.

El abuelo había adquirido la finca a un noble venido a menos con la esperanza de que un día lo aceptaran entre la nobleza, y si no a él, por lo menos a su hijo, el héroe de Gravelotte. También el padre albergaba esperanzas de poder añadir un título nobiliario a su finca señorial y a la Cruz de Hierro. Pero se quedó para siempre en Schröder, motivo por el cual más adelante Herbert, que no se conformaba con ser un Schröder más, decidió incorporar el nombre del señorío a su apellido.

A pesar de sus sueños de grandeza, tanto el abuelo como el padre eran hombres sensatos y capaces. Hicieron prosperar la finca, construyeron una refinería de azúcar y una fábrica de cerveza, y ganaron suficiente dinero para especular con acciones. A la familia no le faltó nunca de nada, y los hermanos, Herbert y Viktoria, vieron cumplidos todos sus deseos, siempre y cuando fueran razonables: se les negó la autorización para dejar de acudir al colegio y a la iglesia, pero se les concedió ir de viaje a Berlín; no se les permitió leer novelas, pero sí libros de historia nacional; nunca pudieron tener una maqueta

de tren inglesa, con locomotora a vapor y todo, pero sí un bote y un fusil. Después de pasar cuatro años yendo a la escuela con los niños del pueblo, los hermanos empezaron a recibir lecciones particulares con un preceptor de matemáticas y ciencias naturales, y una preceptora de cultura y lenguas. Herbert tomaba clases de violín, y Viktoria de piano y canto. Además, Herbert echaba una mano en la finca para así aprender qué podía esperarse de los capataces, los mozos y las sirvientas.

Cuando llegó el momento de que Herbert empezara a tomar clases de catequesis, y aunque tenía un año menos que él y era todavía demasiado joven, Viktoria lo acompañó. Los padres querían que, como ya habían hecho en el colegio, los hermanos compartieran la instrucción de catecúmenos con los niños del pueblo, pero preferían no exponer a la niña a su rudeza sin la protección de su hermano. No es que Viktoria tuviera miedo a los demás niños: los dos hermanos poseían la osadía propia de quienes no han tenido que sufrir ni temer ninguna desgracia en la vida. Pero a Viktoria no le haría ningún daño practicar las gracias de la mujer débil, ni a Herbert la nobleza del hombre fuerte. Ambos encontraban motivos de placer en sus papeles. A veces Herbert intentaba provocar las impertinencias de los otros niños para así poder proteger a Viktoria. Pero no se dejaban provocar: no querían tener nada que ver con ellos.

Hasta que llegó Olga. Para Herbert y Viktoria, la curiosidad y admiración con la que Olga se interesaba por su mundo resultaba irresistible. Lo poco que tardaron en hacerse amigos de ella fue una demostración de lo solos que estaban, aunque no lo supieran.

5

Existe una fotografía en la que aparecen los tres en el jardín. Viktoria está sentada en un columpio, con un vestido ancho, un sombrerito con alas y flores y una sombrilla desplegada, los pies cruzados y la cabeza ladeada. A su izquierda, apoyado en el columpio, está Herbert, con pantalón corto y camisa blanca, y a su derecha, con un vestido negro con cuello blanco, Olga. Ambos se miran como si estuvieran tramando algo, como si se dispusieran a empujar el columpio al unísono. Los tres tienen una expresión seria y concentrada. ¿Estarán reproduciendo la escena de algún libro? ¿Agasajan Herbert y Olga a Viktoria? ¿Lo hacen porque, a pesar de ser la pequeña, esta sabe cómo dominar a su hermano y a su amiga? Sea cual sea su objetivo, lo persiguen con concentrada seriedad.

Los tres niños aparentan dieciocho años, aunque en el reverso de la fotografía pone que esta se tomó justo el día antes de la confirmación. Las niñas son rubias las dos: los rizos de Viktoria asoman por debajo del gorrito; Olga lleva el pelo liso recogido en un moño en el cogote. Los labios torcidos de Viktoria delatan hasta qué punto puede malhumorarse si no está en paz con el mundo. Olga tiene la barbilla dura, los pómulos marcados y la frente alta, un rostro recio, en el que la mirada se va deleitando cuanto más se entretiene en él. Ambas tienen un aspecto grave, como dos chicas preparadas ya para casarse, tener hijos y llevar una casa, dos mujercitas. Herbert también pretende ser un hombre joven, pero todavía es un muchacho: menudo, fornido y fuerte, por mucho que hinche el pecho y levante la cabeza, no logra pasar a las dos chicas, ni las pasará nunca.

En fotografías posteriores a Herbert también le gustará posar, imitando al joven káiser. Viktoria pronto empezará a engordar; la comida la reconcilia con el mundo, el tejido adiposo disimula su malhumor a la par que le brinda un encantador aspecto infantil. Esa es la única imagen que se conserva de Olga en aquella época. Solo los padres de Herbert y Viktoria podían permitirse un fotógrafo, y si Olga aparece en esa en concreto es solo porque casualmente estaba allí.

El año posterior a la confirmación, Viktoria empezó a suplicar que la mandaran a un internado para señoritas en Königsberg. Durante una velada en una finca cercana, la hija de los anfitriones le había descrito la vida en uno de esos internados como el sùmmum del lujo y la elegancia, una vida vedada para cualquier muchacha que se enorgulleciera de haber crecido entre campesinos. Al principio sus padres no querían, pero Viktoria era testaruda. Y, una vez que logró salirse con la suya, se mantuvo también testarudamente en sus trece, afirmando que la vida en el internado era la vida aristocrática por antonomasia.

Olga quería entrar en el seminario nacional para maestras de Posen, pero para ello tenía que pasar un examen de acceso y acreditar los conocimientos del curso superior de la escuela de enseñanza media para muchachas. No le habría importado caminar cada mañana y cada atardecer los siete kilómetros que había hasta la escuela de la capital del distrito, pero no disponía ni del dinero para la matrícula ni de nadie que pudiera interceder por ella para que la eximieran de abonar las tasas escolares. El maestro y el cura del pueblo consideraban que, para las chicas, la educación superior era un capricho. Finalmente, Olga decidió que iba a adquirir por sí misma los conocimientos del curso superior.

Pero cuando acudió a la escuela de enseñanza media para averiguar qué debía saber una al terminar el curso superior, se sintió tan intimidada por el imponente edificio, las anchas escalinatas, los largos pasillos llenos de puertas, la ligereza con que las chicas se reunían en los vestíbulos, riendo y charlando entre timbre y timbre, y la seguridad con que las maestras, la cabeza siempre erguida, entraban y salían de las aulas, que se quedó petrificada en un rincón, junto a la escalera principal, desde donde lo observó todo. Finalmente, una maestra que acababa de dar una clase reparó en su presencia. Cuando Olga, con lágrimas en los ojos, le explicó por qué había acudido a la escuela, la tomó del brazo, la sacó de la escuela y se la llevó a su casa.

—Religión, lengua, historia, aritmética, geografía, ciencias naturales, caligrafía, dibujo, canto y labores. ¿Te ves capaz?

Olga había estudiado catecismo durante las clases de confirmación, había leído dramas de Schiller, novelas de Freytag y la *Historia patriótica de Prusia* de Saegert, se sabía de memoria varios poemas de Goethe y de Mörike, de Heine y de Fontane, y varias canciones del *Deutscher Liedergarten* de Erk. La maestra le pidió a Olga que recitara un poema, que cantara una canción y que resolviera una operación matemática de cabeza.

Inspeccionó el bolsito de ganchillo de Olga, que había hecho ella misma, y se convenció de las capacidades de Olga en cuanto a labores, dibujo y caligrafía. Sus puntos débiles eran la geografía y las ciencias naturales: Olga conocía muchos árboles, flores y setas, pero nunca había oído hablar de las familias vegetales y animales, de Carl von Linné, ni de Alexander von Humboldt.

A la maestra le gustó Olga y le prestó un manual de geografía general y otro de economía doméstica y ciencias naturales. Si necesitaba consejo, le dijo, podía ir a verla en cualquier momento.

—¡Y hazme el favor de leer la Biblia y el *Fausto*!

Herbert sabía que con dieciocho años ingresaría en el regimiento de infantería, pero hasta entonces debía seguir el bachillerato. Se preparó obedientemente para ello con sus preceptores privados, pero sus pasiones eran el tiro y la caza, la equitación, el remo y correr. Sabía que un día heredaría la finca, con la refinería de azúcar y la fábrica de cerveza, y que su padre había hecho bien introduciéndolo en la gestión del negocio, pero aun así no se veía como señor del campo y dueño de la fábrica. Lo que verdaderamente captaba su atención era la vastedad de la tierra y el cielo. Cuando salía a correr, no regresaba porque estuviera agotado, sino porque empezaba a oscurecer y no quería que su madre se preocupara. Soñaba con correr siguiendo el sol, a través de un día sin fin.

6

Tras la marcha de Viktoria, ahora que eran dos, Olga y Herbert necesitaron un tiempo para acostumbrarse a aquella nueva intimidad. Visitar a Herbert no era lo mismo que visitarlos a él y a Viktoria; y al percatarse de las miradas de suspicacia de los padres, Olga renunció a aquel hábito. También Herbert detestaba las sonrisas burlonas que les dirigía la gente del pueblo cuando se topaba con ellos, y empezó a evitar los paseos y las excursiones en barca en las que, cuando eran tres, solían participar ingenuamente.

Lo mismo que el maestro y el cura, la abuela consideraba innecesario que Olga recibiera educación superior y, por mucho que esta quisiera prepararse para el examen de ingreso, si estaba en casa no la dejaba tranquila, aunque en realidad no necesitara su ayuda, por lo que con la llegada del verano Olga solía coger sus libros y se refugiaba en un lugar solitario en la linde del bosque. Entonces Herbert cogía al perro y a veces también la escopeta, e iba a visitarla. Un día le enseñó a Olga un refugio de cazadores donde podía estudiar cuando llovía, y a menudo le llevaba algún obsequio: una pieza de fruta, un trozo de pastel, una botella de mosto...

Por lo general iba a verla corriendo, se echaba en la hierba, junto a ella, con la lengua fuera, y esperaba a que Olga interrumpiera su tarea. «A ver, ¿qué has aprendido que no supieras esta mañana?» era siempre su primera pregunta.

Ella respondía con mucho gusto, y así veía qué había retenido y qué cosas se le habían olvidado ya y tenía que volver a estudiar. A Herbert le interesaban sobre todo la geografía y las ciencias naturales, y cómo vivir de lo que ofrecía la tierra.

—¿Hay líquenes comestibles?

—El musgo islandés sí. Es un buen remedio contra el resfriado y el dolor de barriga, pero también sirve como alimento.

—¿Cómo se puede saber si una seta es venenosa?

—Hay que memorizar o bien las trescientas que son comestibles, o bien las trescientas que no lo son.

—¿Qué tipos de planta crecen en el Ártico?

—En la tundra crece...

—No me refiero a la tundra, sino...

—¿En el desierto de hielo? Allí no crece nada.

A petición suya, Herbert le llevó sus manuales escolares y Olga se dio cuenta de que no tenía de qué avergonzarse con él, pues solo la aventajaba en idiomas: su preceptora hablaba inglés y francés con él, mientras que con ella no hablaba nadie. Aunque no necesitaba los idiomas para el examen de acceso, un día quería viajar a París y a Londres, ciudades sobre las que había leído en el *Diccionario enciclopédico Meyer* y con las que también estaba más familiarizada que Herbert.

Así como Herbert quería saber qué cosas aprendía Olga, también quería contarle lo que él pensaba. Un día le confesó que se había vuelto ateo.

Una vez más había ido a verla corriendo. Se plantó ante ella, jadeando, con las manos en las rodillas, y sin aliento, atropelladamente, dijo:

—Dios no existe.

—Un segundo —respondió Olga, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y el libro sobre el regazo.

Él esperó hasta haber recuperado el aliento, se echó sobre la hierba y cruzó las manos en la nuca, mientras sus ojos iban de Olga al perro, ella a su derecha, el animal a su izquierda, y luego se perdían en el cielo azul, por donde pasaban veloces jirones de nubes blancas.

—Dios no existe —repitió entonces, con tono firme y calmado, como si acabara de hacer un descubrimiento o, mejor dicho, de llegar a una conclusión.

Olga levantó la vista del libro y se quedó mirando a Herbert.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué hay en su lugar?

—Nada —respondió Herbert y se rió, meneando la cabeza: la pregunta le había hecho gracia—. El mundo, eso sí existe, pero no hay ni cielo ni Dios.

Olga dejó el libro a un lado, se echó junto a Herbert y contempló el cielo. Le gustaba el cielo, azul o gris, incluso aunque lloviera o nevara, cuando uno tenía que entrecerrar los ojos para ver las gotas o los copos de nieve. ¿Dios? ¿Por qué no podía vivir en el cielo y de vez en cuando descender a la tierra, en la iglesia o en medio de la naturaleza?

—¿Y qué harás si de repente se presenta ante ti?

—¿Como Livingston delante de Stanley? Supongo que me inclinaría levemente y le tendería la mano. «*God, I presume?*»

A Herbert le hizo mucha gracia su propia broma y golpeó con las manos en el suelo mientras se reía a carcajadas. Olga se imaginó la escena: Herbert

con calzones de cuero y camisa de cuadros, y Dios con uniforme blanco y casco colonial, los dos vagamente irritados, los dos extremadamente corteses. Se rió con él. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía la sensación de que no había que bromear a costa de Dios. Pero, sobre todo, quería silencio y poder estudiar tranquila. Con Dios, si quería ayudarla, y si no, sin él.

Pero Herbert no la dejaba tranquila: había descubierto las preguntas trascendentales.

—¿Existe el infinito? —preguntó unos días más tarde.

Estaban otra vez tendidos en el suelo, uno junto al otro, el rostro de Olga a la sombra del libro que sujetaba entre las manos, el de Herbert al sol, con los ojos cerrados y un tallo de hierba entre los labios.

—Las líneas paralelas se juntan en el infinito.

—Esa es la típica tontería que te enseñan en el colegio. Si te pusieras a caminar entre dos vías de tren, ¿de verdad crees que llegarías a un punto donde se juntan? Yo solo puedo seguir las vías de forma finita, no infinita. Tal vez si corriera como tú...

—No te burles de mí —dijo Herbert con un suspiro—. Lo que yo quiero es saber si el infinito tiene algún sentido para personas finitas en una vida finita. ¿O es que Dios y el infinito son lo mismo?

Olga dejó el libro abierto encima del estómago, pero no lo soltó. Habría querido seguir leyendo, todavía tenía mucho que estudiar. El infinito le daba lo mismo. Pero cuando Herbert se volvió a mirarla, en sus ojos se mezclaban la preocupación y la esperanza.

—¿Qué te ha picado con el infinito?

—¿Que qué me ha picado? —preguntó Herbert, incorporándose—. Si algo es infinito, es también inalcanzable, ¿no? Pero ¿existe algo que sea inalcanzable no solo hoy en día y con los medios actuales, sino por definición?

—¿Qué harás con el infinito, si lo alcanzas?

Herbert no respondió y miró en la distancia. Olga se incorporó. ¿Qué veía él? Campos de zanahorias. Plantas verdes asomando de una serie de surcos marrones, que empezaban muy rectos para luego perderse tras el horizonte, debido a una depresión del terreno, para terminar confundándose en un prado verde. Chopos solitarios. Un pequeño bosque de hayas, como una isla oscura en medio del mar claro del campo de hortalizas. En el cielo no había ni una nube, el sol les calentaba la espalda y lo cubría todo de luz, el verde de las plantas y los árboles, el color pardo del suelo... ¿Qué veía él?

Herbert se volvió hacia ella y sonrió con timidez, desconcertado, aunque estaba seguro de que tenía que haber una respuesta para su pregunta, algo que pudiera satisfacer su deseo. A Olga le habría gustado tomarlo del brazo y pasarle la mano por el pelo, pero no se atrevió. Su anhelo la conmovía, era como el anhelo que el mundo provoca en un niño. Pero ya no era un niño, y en su deseo, sus preguntas y sus ansias de correr Olga percibía una desesperación de la que el propio Herbert no era consciente.

Unos días más tarde, Herbert volvió a la carga y le preguntó si creía en la eternidad.

—¿Infinito y eternidad son lo mismo? El infinito hace referencia al espacio y al tiempo, mientras que la eternidad está relacionada solo con el tiempo. Pero ambas ideas remiten a algo que escapa a nuestras posibilidades, ¿no?

—Hay personas que recordamos desde hace muchísimos años. No sé si son eternos, pero Aquiles y Héctor murieron hace dos o tres mil años, y todavía sabemos de ellos. ¿Quieres pasar a la posteridad? ¿Es eso?

—Lo que yo quiero... —empezó a decir Héctor, que se apoyó sobre el brazo derecho y se volvió hacia ella—. No sé lo que quiero. Quiero algo más, algo más que todo esto, los campos, la finca, el pueblo, más que Königsberg y que Berlín, y más que el regimiento de infantería; y no es porque el regimiento de infantería vaya a pie: si fuera a caballo sería lo mismo. Quiero algo que deje todo esto atrás. O que apunte a algo más alto. He leído que unos ingenieros quieren construir una máquina con la que se pueda volar, y pienso... —Levantó la mirada hacia el cielo y al rato sonrió—. Cuando esa máquina exista y uno se siente en su interior y vuela con ella, será simplemente una cosa, como todas las demás cosas.

—Pues a mí me gustaría tener una cosa. Un piano, una estilográfica Soennecken, un vestidito nuevo para el verano y otro para el invierno, unos zapatos de verano y unos de invierno. ¿Una habitación es una cosa? Y, si no, el dinero sí es una cosa; no me importaría nada tener dinero para una habitación. A lo mejor es que te han...

—¿Malcriado?

Herbert se había vuelto completamente hacia Olga, el brazo derecho apoyado en el suelo mientras se mecía el pelo con la mano izquierda, y se la quedó mirando.

—No, perdona. No te han malcriado. Lo que pasa es que no sabes qué significa ser yo. Pero yo tampoco sé qué significa ser tú. Yo pienso que tu vida

es más fácil que la mía. O, mejor dicho, pienso que todo habría sido más fácil para mí si hubiera podido tener la misma vida que tú y Viktoria, si hubiera podido ir a la escuela de enseñanza media para muchachas y luego al seminario para maestras. Pero a lo mejor si hubiera tenido la misma vida que Viktoria también habría querido que me enviaran al internado para señoritas.

Olga sacudió la cabeza. Herbert esperó un momento, pero ella no añadió nada más.

—Me voy —dijo entonces.

Se levantó y el perro, que se había tendido junto a Olga para que esta lo acariciara, lo imitó y lo miró atentamente. Olga se había acostumbrado ya a que Herbert se marchara sin dar explicaciones. Pero que, en un abrir y cerrar de ojos, el perro pudiera pasar de estar tan cerca de ella a estar tan distante le dolía cada vez.

Herbert se puso en marcha y el perro pegó un brinco, deseoso de correr junto a él. Herbert se lo quitó de encima con un gesto juguetón y arrancó a correr. Pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Olga.

—No tengo dinero. Solo me dan dinero cuando lo necesito para algo, siempre la cantidad justa. Pero en cuanto gane mi propio dinero lo primero que haré será comprarte una estilográfica.

Arrancó de nuevo y Olga lo vio alejarse por la linde del bosque y a través de los campos de zanahorias hasta llegar al camino, donde él y el perro se fueron haciendo pequeños, pequeños, hasta perderse tras el horizonte. Olga lo vio desaparecer, colmada de ternura.

Olga y Herbert nunca se habrían enamorado si Viktoria no hubiera abandonado súbitamente su rutina común. El internado cerraba durante el verano y Viktoria volvió a casa, pero Olga y Herbert, que esperaban poder pasar unas semanas recuperando la intimidad de antaño, se llevaron una decepción: Viktoria tenía otros planes. La invitaban a bailes y fiestas en las grandes fincas cercanas, y ella esperaba que Herbert la acompañara e hiciera los honores. No se había olvidado de Olga y, por educación, la invitó a un paseo y a tomar el té, pero más tarde le insistió a su hermano que tenía de dejar de relacionarse con aquella muchacha tan humilde.

—¿Maestra? ¿Tú te acuerdas de la señorita Pohl, la solterona que tuvimos cuando el maestro se puso enfermo? ¿En eso quiere convertirse Olga? Bien mirado, tiene tan poco sentido de la moda como la señorita Pohl. Quise ayudarla y enseñarle que tiene que llevar las mangas más recogidas y las faldas más estrechas, y me miró como si le hablara en polaco. ¡Pero si la que habla polaco es ella! ¿Y no tiene un rostro eslavo? ¿Olga Rinke no es un nombre eslavo? ¿Y por qué me trata con esa familiaridad, de igual a igual? Debería alegrarse de haber aprendido modales y algo de etiqueta por haber estado conmigo...

Aquellas palabras ofendieron a Herbert. ¿Olga no valía lo suficiente? ¿No era lo bastante guapa? Cuando volvió a verla prestó más atención. Se fijó en su frente alta y ancha, sus pómulos marcados, sus ojos verdes, algo sesgados y maravillosamente luminosos. ¿Podía tener la nariz y la barbilla más pequeñas? ¿La boca más grande? Pero cuando sus labios se reían, sonreían o hablaban, eran tan expresivos, tan dominantes, que necesitaban enmarcarse por aquella nariz y aquella barbilla. Y lo mismo podía decirse de cuando, como en aquel momento, leía moviendo los labios en silencio.

La mirada de Herbert resiguó el cuello y la nuca de Olga, se entretuvo en el punto donde la blusa se le hinchaba sobre los pechos, y en la insinuación de muslos y pantorrillas debajo de la falda, y se detuvo en los tobillos y los pies

desnudos. Cuando estudiaba, Olga se quitaba los zapatos y las medias. Pero aunque Herbert había visto a menudo aquellos tobillos y aquellos pies, nunca se había fijado en el hoyuelo que se formaba junto al maléolo, en la curva del talón, en la delicadeza de los dedos, en las venas azules. ¡Cómo le habría gustado tocarle el empeine!

—¿Qué me miras tanto?

Olga le clavó los ojos y Herbert se ruborizó.

—No te miro.

Estaban sentados de frente, cruzados de piernas los dos, ella con un libro, él con una navaja y un pedazo de madera en las manos. Herbert bajó la cabeza.

—Creía que conocía tu cara —dijo. Entonces sacudió la cabeza e hizo saltar unas astillas de la madera con la navaja—. Pero ahora... —añadió, levantó los ojos y la miró, todavía con el rostro ruborizado—, ahora quiero mirarte todo el tiempo: la cara, el cuello, la nuca... Mirarte entera. Nunca había visto nada tan bonito.

Ahora fue ella quien se ruborizó. Se miraron fijamente, convertidos apenas en ojos y alma. Ella no quería dejar de mirarlo y que se transformaran de nuevo en la Olga y el Herbert de siempre. Finalmente le sonrió.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo—. No puedo seguir estudiando si me miras. Ni si te miro yo a ti.

—Pues casémonos y dejas de estudiar.

Olga se inclinó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tú no te casarás nunca conmigo: ni ahora, porque eres demasiado joven para casarte, ni tampoco más tarde, porque tus padres encontrarán un partido mejor para ti. Tenemos un año antes de que tú ingreses en el regimiento de infantería y yo en el seminario de enseñanza. ¡Un año! Lo que tenemos que hacer —añadió, con una sonrisa— es convenir cuándo nos miramos y cuándo estudio.

Hasta el otoño, Olga y Herbert podían estar solos en la linde del bosque o en el refugio de cazadores. Allí era donde ella estudiaba y donde él iba a encontrarla. Pero en octubre empezó a hacer frío y en noviembre cayeron las primeras nevadas. El organista le había dado a Olga la llave de la iglesia para que pudiera ensayar con el órgano y, a veces, sustituirlo los domingos. Así pues, Olga empezó a estudiar en la fría iglesia, donde solo se prendía la estufa durante las misas, aunque sí hacía menos frío que fuera. De hecho, a Olga le parecía que también hacía menos frío que en casa de su abuela, cuya gélida insensibilidad le helaba el ánimo a pesar del cálido hornillo. Ni Olga ni siquiera la propia abuela eran conscientes de que su inminente separación hacía que esta se mostrara más gélida e insensible de lo que era ya de por sí.

La iglesia, una construcción seudoclásica en arco de medio punto de 1830, tenía un palco para patronos que, con el amparo de la iglesia, había pasado de los aristócratas propietarios de la finca a la familia de Herbert. Este detestaba su butaca en aquel palco, donde cada domingo debía soportar las miradas de los parroquianos. Por eso tardó un tiempo en recordar que disponía de su propia estufa, construida bajo el suelo y que se encendía desde la escalera. Cuando hacía frío de verdad, incluso allí Olga y Herbert veían el vapor de su respiración, pero el suelo estaba relativamente caliente, el techo y el parapeto también los protegían un poco del frío de la nave y las sillas estaban tapizadas. Mientras estudiaba, Olga tejió un grueso jersey para Herbert y otro para ella. Con aquel jersey fantaseaba Herbert, podría pasar varios días en el refugio de cazadores y cobrarse el magnífico ciervo que su padre había visto pero no había logrado cazar.

Pero no estudiaba, aunque Olga habría estado encantada de que se sentara junto a ella. Cuando leía se impacientaba enseguida, pues le parecía que la acción podía desarrollarse con mayor rapidez hasta su objetivo, o el pensamiento de forma más directa hasta su conclusión. Su preceptor había mencionado a Nietzsche, la muerte de Dios, el superhombre y el eterno retorno, y Herbert esperaba encontrar respuestas a sus preguntas en Nietzsche.

¿Acaso Dios no estaba muerto también para él? ¿No quería también superarse a sí mismo? ¿No conocía a la perfección la armonía de la vida en el campo? Pero pronto también Nietzsche le resultó fatigoso, y se conformó con reunir unas cuantas expresiones suyas para dejarlas caer luego en alguna conversación. Nietzsche se refería a las dos castas sin las cuales es imposible toda cultura, una superior y otra inferior, a la fuerza y la belleza de las razas puras, a la fecundidad de la soledad, al hombre ideal, el hombre virtuoso y el superhombre, que se vuelve a un tiempo más poderoso, más profundo y más temible. Por todo ello, decide convertirse en superhombre y renunciar a todo descanso y reposo para hacer más grande Alemania y para crecer junto a esta, aunque eso le exija actuar con crueldad contra sí mismo y contra los demás. A Olga, aquellas palabras grandilocuentes le sonaban vacías, pero a Herbert se le encendían las mejillas y le brillaban los ojos, y ella no podía sino contemplarlo, prendada.

En todo el año no se acostaron. Nadie habría reprochado al hijo del terrateniente un galanteo con una muchacha del pueblo, y los habitantes del lugar habrían hecho la vista gorda si una de sus hijas hubiera tenido un escaqueo con él. Pero Olga no veía a Herbert como el hijo del terrateniente, ni él la veía a ella como una muchacha del pueblo. Tampoco se relacionaban como dos hijos de terratenientes, ni como dos niños de familia burguesa. Se habían conocido al margen de las clases sociales y, por consiguiente, no se sentían atados por sus convenciones. Habían pasado la primavera y el verano en la linde del bosque, y el invierno en el palco de la iglesia; habrían podido acostarse, pero prefirieron no hacerlo y darse tiempo.

Se besuqueaban, se descubrían mutuamente, buscaban el calor mutuo, no podían estar separados. Hasta que Olga se desasía de sus abrazos, pues quería estudiar. Si Herbert no se había podido contener y se había corrido, se apartaba aliviado, desfallecido, el ceño fruncido, y al tiempo que su sexo se iba volviendo flácido dentro de los pantalones mojados, se levantaba de un salto para salir a correr o, si había nieve, a dar una vuelta con los esquís.

Por Navidades, la fiesta principal de los alrededores se celebró en la finca Schröder. Acudieron incluso los vecinos de rancio abolengo, y el viejo Schröder lució la Cruz de Hierro con la esperanza renovada de recibir algún título nobiliario. No se celebraba solo el inicio del Año Nuevo, sino también los éxitos del anterior: el nuevo Código Civil, el inicio de las comunicaciones telegráficas entre Alemania y América, la banda azul del MS Deutschland, la bandera alemana recién izada en la nueva colonia de Samoa y el hecho de que ningún chino se atreviera ya a sostener la mirada ante un alemán. Alemania ocupaba finalmente el lugar que le correspondía en el mundo. A medianoche se lanzaron unos espectaculares fuegos artificiales: un experto en pirotecnia de Königsberg hizo estallar bombas, cohetes y surtidores rojos y blancos sobre el negro del cielo, y también algunos azules, en honor a Inglaterra y Francia. ¿Acaso la Exposición Universal de París no había puesto de manifiesto que el siglo que apenas empezaba auguraba un futuro esplendoroso para todas las potencias europeas? Además, el viejo Schröder había especulado exitosamente con acciones de varias empresas químicas y eléctricas, y podía permitirse aquel derroche pirotécnico.

Herbert había querido invitar a Olga, pero Viktoria había convencido a sus padres de que la presencia de la muchacha sería perjudicial para su prestigio a ojos de los hijos de los viejos nobles. Entonces Herbert había anunciado que tampoco él tomaría parte en la fiesta, y se había mantenido firme en su determinación a pesar de las lágrimas de su hermana, los ruegos de su madre y la autoritaria reacción de su padre, si bien al final Olga lo había convencido de que no predispusiera a sus padres en su contra innecesariamente. ¿Y si le prohibían verla?

Pero el pueblo entero acudió a la finca para los fuegos artificiales, y la multitud no permaneció en la alameda, ni en la rotonda que había ante la casa, sino que accedió a la gran terraza desde donde los invitados contemplaban el parque, donde los surtidores soltaban chispas y los cohetes y las bombas se alzaban hacia el cielo. Al principio mantenían cierta distancia respecto a la

fiesta, pero poco a poco, presos del entusiasmo ante el espectáculo luminoso, los aldeanos fueron avanzando hasta confundirse con los invitados. Estos fingieron no reparar en su presencia, del mismo modo que los padres de Herbert fingieron no ver cómo su hijo y Olga, uno junto a otro, se cogían de las manos y susurraban: «¡Feliz Año Nuevo!»

Aquel nuevo año trajo cosas buenas. Olga aprobó el examen de acceso al seminario nacional para maestras de Posen. Aprobó con mención honorífica, lo que le valió una plaza gratuita en la residencia para maestras del seminario. Herbert estaba orgulloso de Olga, celoso de la importancia que esta otorgaba al aprendizaje y el saber, e incómodo ante aquella independencia recién adquirida, libre de su familia y de las opiniones ajenas, pero también de él. A lo mejor tenía razón y no se casarían nunca, aunque él no quería admitir sus razones y solo podía pensar que lo que sucedía en realidad era que no lo necesitaba. Únicamente la entrada en el regimiento de infantería tras aprobar a duras penas el bachillerato le permitió olvidar sus celos y su malestar, y sentirse tan orgulloso de sí mismo como de Olga.

Herbert le mandó una fotografía coloreada en la que aparecía vestido con chaqueta azul y pantalón blanco, cuello rojo, solapas rojas y boina azul bermejo con visera negra, parecida a la gorra que llevaban los estudiantes. Le mandó otra con uniforme gris y casco de punta dorado. A Olga le gustaba en las dos: fuerte y robusto y lo bastante corpulento como para no ser un hombre pequeño, con una expresión de alegre tenacidad en el rostro anguloso. La fascinaban sus ojos, azules y claros, como si para él no existiera la duda, si bien a veces los atravesaba una mirada lánguida y perdida que la enternecía.

Con las fotografías llegó también la estilográfica. Era negra y sobre el cuerpo ponía «F. Soennecken». El plumín se desenroscaba y el depósito se llenaba con una pipeta. ¡Y cómo escribía! El trazo horizontal era fino y el vertical grueso, de modo que incluso cuando Olga tenía que modificar o tachar algo quedaba bien, y muy pronto empezó a mandarle a Herbert las cartas directamente, sin necesidad de pasarlas a limpio. Este, tal como le había prometido, le había comprado la pluma con la primera soldada.

También ella le mandó una fotografía. Llevaba una falda ancha, negra, y una blusa blanca ribeteada, con el cuello y los brazos desnudos. Era un vestido estilo reforma que Olga se había hecho ella misma. Llevaba el pelo medio recogido en un moño e iba casi sin maquillar, apenas se había empolvado un poco las mejillas porque cuando estaba agitada le salían unas manchitas rojas en la cara. Su aspecto era orgulloso y, de hecho, es posible que se

enorgulleciera de sí misma por ser distinta a las otras chicas de su edad, que solo pensaban en la moda y los hombres.

11

Tras dos años de formación se convirtió en maestra y en otoño obtuvo su primera plaza docente, ni más ni menos que en su antigua escuela. La situación no era ideal ni para la junta escolar ni para la propia Olga, pero en el pueblo (a cuya escuela la habían asignado) había estallado un brote de viruela y el viejo maestro había muerto de un día para otro. Por lo menos Olga ya no tenía que vivir en casa de su abuela y se mudó a la residencia para profesores, en el edificio del propio colegio.

Echaba de menos a Herbert. La escuela, la iglesia, las casas, los caminos, el bosque... Todo estaba plagado de recuerdos. Muchos de esos recuerdos remitían a incidentes tristes, castigos físicos por parte de su abuela, humillaciones a manos de niños del pueblo, sus infructuosas súplicas al cura y a su profesor para que la apoyaran en su intento de ingresar en la escuela de enseñanza media para muchachas... Los recuerdos de los tiempos felices que había pasado junto a Herbert y Viktoria se habían echado a perder cuando esta última había tomado la lamentable decisión de darle la espalda. Los recuerdos más hermosos correspondían a las horas que Herbert y ella habían pasado juntos en la linde del bosque, en el refugio para cazadores y en el palco de la iglesia; precisamente por eso Olga lo echaba tan dolorosamente de menos. Desde que ella había ingresado en el seminario para maestras y él en el regimiento de infantería se veían solo muy de vez en cuando. Varias veces él había pasado por Posen de camino a casa y la había esperado ante el seminario; en un par de ocasiones, el padre de una amiga que Olga había hecho en el seminario había invitado a las dos muchachas a acompañarlo a Berlín, donde Olga se había apostado ante el cuartel de Herbert. Ninguno de los dos sabía nunca cuándo podría estar cerca del otro; sus encuentros eran siempre inesperados, sus abrazos, apresurados, sus promesas de amor, cargadas de angustia.

En octubre, Herbert pasó tres semanas en la finca familiar. Se había alistado como voluntario en las tropas coloniales del África del Sudoeste Alemana, y le habían concedido permiso hasta el momento de la partida. Olga

daba clases y al principio quería hacerlo todo bien: entregarse a su trabajo y brindar a sus alumnos y alumnas toda la ayuda que a ella le había faltado. Deseaba encontrar a una buena alumna y ayudarla a ingresar en la escuela de enseñanza media, alentarla y conseguirle una plaza subvencionada. Pero durante esas tres semanas todo eso pasó a un segundo plano; lo único que le importaba entonces era cuándo y dónde, durante cuánto tiempo y cuán resguardados podían verse ella y Herbert. Durante las primeras dos semanas se encontraban al aire libre, bajo el agradable sol otoñal, pero ya en la última se veían en el apartamento de Olga. Él se dirigía furtivamente a su casa y ella le abría la puerta con gran sigilo, procurando que no les viera nadie, aunque en realidad estaban demasiado felices para preocuparse por lo que dijeran en el pueblo.

Habían pasado tres años cortejándose y esperándose mutuamente; poder acostarse finalmente supuso una satisfacción imposible de comprender para quienes están acostumbrados a ver sus deseos satisfechos de forma inmediata. Asimismo, el temor a un embarazo es algo que quienes disponen de formas de protegerse no pueden ni imaginarse. Herbert y Olga estaban tan felices de volver a tenerse mutuamente tras la larga separación, de no tener que disimular ni reprimirse más, que no desperdiciaron ni un solo segundo en temores. Para Olga, aquellas semanas fueron como un baile en el que danzaron el uno alrededor del otro para más tarde detenerse y reposar juntos.

No aprobaba que Herbert se hubiera alistado en las tropas coloniales. Aceptaba que los soldados debían luchar y acaso morir por la patria, pero la patria no estaba en África. ¿Qué se le había perdido allí? ¿Qué le habían hecho a él los herero?

Pero cuando el barco zarpó del puerto de Hamburgo, Olga acudió al muelle de Petersen, desde donde se despidió con gritos y señas, sumó su voz a los tres hurras por el káiser, cantó el *Heil dir im Siegerkranz* y escuchó las sirenas de vapor con las que barcos grandes y pequeños se despidieron del buque militar, y que durante unos minutos acallaron cualquier otro sonido. Finalmente, el estruendo cesó, se hizo el silencio, y cuando los ruidos del puerto y de la ciudad regresaron, Olga ya había perdido de vista el barco. Arrugado dentro del puño descubrió el pañuelo de cuello que pretendía agitar.

12

Durante los años que Herbert pasó en el África del Sudoeste Alemana, a Olga la trasladaron a instancias de Viktoria. Esta no la consideraba lo bastante buena para Herbert, quería separarlos y no se cansó de intrigar con sus padres, los padres de sus amigos y amigas y el cura. Cuando finalmente lo descubrió, Olga quiso hablar con ella, pero Viktoria se negó a recibirla. A través del padre de una amiga, director estatal de la administración regional, consiguió finalmente que trasladaran a Olga a la Prusia Oriental, el fin del mundo.

El pueblo estaba situado al norte de Tilsit y contaba con una única calle que lo atravesaba. Esta no estaba pavimentada y era una fuente interminable de polvo cuando hacía sol y de barro cuando llovía. En el centro se ensanchaba y dejaba lugar para un prado verde donde se alzaba la iglesia. Las construcciones a lado y lado de la calle tenían una sola planta y eran sórdidas y tan miserables como la escuela, en cuya parte trasera se encontraban la residencia y el jardín de los maestros.

Olga se encargaba de todos los cursos sola. La escuela tenía un aula para los pequeños y otra para los mayores, pero los niños eran buenos y Olga podía dar clases en un aula sin tener que preocuparse porque en la otra se perdiera la disciplina. La mayoría de los niños no tenía ningún interés por aprender y Olga se conformaba con enseñarles a leer, escribir y calcular, cantar con ellos «Ya descansan todos los bosques»¹ y que aprendieran algo sobre la trayectoria del sol y la luna, el firmamento, el paso de las estaciones, la alegría por el trabajo y el temor a la muerte. Como el plan de estudios incluía también algunas anécdotas sobre Federico II el Grande, el viejo Fritz, y como este había decidido que eso de que todos los bosques descansaran era una estupidez, pero que quien quisiera cantar la canción podía hacerlo, Olga educaba a sus pupilos en la tolerancia con una simple canción. A veces había algún chico al que Olga quería mandar al instituto o alguna chica a la que quería ayudar a llegar a la escuela de enseñanza media para muchachas de Tilsit, y a veces lograba vencer las reticencias de los padres y hacer que el

cura intercediera para conseguir una plaza subvencionada.

Pero a pesar de la pobreza y miseria generalizadas, Olga se alegraba de estar lejos del pueblo, de la vieja escuela y de las intrigas de Viktoria. Se encargaba del jardín, los miércoles ensayaba con el coro de la iglesia, que ella misma había fundado, los domingos tocaba el órgano en la iglesia, participaba activamente en la unión de maestras, y de vez en cuando iba a Tilsit para oír un concierto o ver una obra de teatro. Entabló amistad con una familia del pueblo vecino y se encariñó particularmente de Eik, el menor de los muchos hijos de la casa.

Gracias al *Tilsiter Zeitung*, seguía con sumo interés el curso de la guerra entre la tropa colonial y los herero, así como los debates que la cuestión suscitaba en el Reichstag. Los partidos burgueses creían en un futuro colonial de Alemania en el que los indígenas recibirían un trato digno y cristiano. Los socialdemócratas, en cambio, rechazaban las colonias: eran inmorales, aseguraban, no eran rentables y corrompían el carácter del personal allí despachado. Los dos bandos mantenían posiciones enfrentadas sobre la guerra contra los herero, cuyas atrocidades eran presentadas por la prensa como el fruto de conductas individuales reprobables o como una consecuencia inevitable de la política colonial. Olga compartía la opinión de los socialdemócratas, pero no quería imaginar a Herbert cometiendo atrocidades inevitables y esperaba que el barullo terminara pronto.

Le escribía a Herbert largas cartas y esperaba las suyas. Cuando aquel amor que, año sí, año también, los empujaba a pasar apenas unas horas o unos días juntos le resultaba fatigoso, pensaba en las muchas personas para quienes la separación era la regla y los momentos compartidos la excepción: soldados y marineros, exploradores y viajantes de comercio, los polacos que trabajaban en Alemania y los alemanes que trabajaban en Inglaterra. Sus mujeres no veían más a sus maridos de lo que ella veía a Herbert. Se decía que dos amantes no están disponibles el uno para el otro, sino que son un regalo, y que dicho regalo puede adoptar también la forma de carta. Las cartas de Herbert eran siempre más informativas y presuntuosas de lo que ella habría querido, pero a pesar de todo eran regalos que la hacían feliz. Él era así.

Herbert le narró su viaje en barco al África del Sudoeste Alemana y su primer contacto con los negros, unos muchachos alegres que, en el puerto de Monrovia, se zambullían en el agua para recuperar las monedas que él les lanzaba. Le habló de la guerra de agua que organizaron los soldados con baldes en el ecuador, de la llegada a la desembocadura del Swakob, y de la imagen de la arena, arena y más arena hasta donde alcanzaba la vista. Después de subir a un bote balanceante y de cruzar el oleaje embravecido, finalmente había llegado de nuevo a tierra firme, aunque, bajo sus pies acostumbrados al vaivén del mar, esta no parecía querer estarse quieta.

Desde el primer día, Herbert se enamoró del desierto. Al sur estaban las dunas de arena, que se alzaban altísimas antes de descender hasta el mar, la pura imagen de la belleza sensual, a un tiempo majestuosas y encantadoramente redondeadas. Al este se extendía una llanura inmensa de piedras y arena de granos rojizos y grisáceos, entre los que crecían líquenes oscuros y estrechos tallos de hierba. Ocasionalmente había alguna loma cubierta de maleza que recordaba el gran monte de Venus. Herbert disfrutaba de la simultaneidad de monotonía y disparidad: las pequeñas variaciones de piedra, arena y vegetación, los valles y hondonadas serpenteantes con sus diminutos montículos de peculiares formas, que aparecían cuando menos los esperabas. Y el desierto era siempre remoto y vacío. Antes de verlo, Herbert ni siquiera sospechaba que aquel mundo de arena candente, sol ardiente y aire trémulo pudiera existir, ni tampoco que su esplendor no tuviera límites, por más días y días que pasaran atravesándolo a caballo.

Su compañía llegó a una estación de tren, donde se detuvo a esperar provisiones y pertrechos, y Herbert quedó fascinado por el ferrocarril, con aquellas vías tan estrechas, tanto que decidió recorrer un trecho montado en él, mientras este se encaramaba agónicamente a los montes para luego descender raudamente como un expreso. A veces divisaba siluetas negras y sucias de pie ante cabañas sórdidas, tipos ágiles que huían velozmente de la compañía y que lograban eludir también a la patrulla que salía tras ellos o mujeres con el pelo

corto y ensortijado y labios gruesos. A veces, las figuras oscuras que acechaban entre la maleza o tras las rocas no correspondían a negros, sino a papiones.

Una tarde enviaron a Herbert a patrullar para averiguar la causa de un resplandor ardiente tras el horizonte. Vio las estepas ardiendo. Bajo las espesas nubes rojo oscuro, la hierba y los matojos ardían y chispeaban. A continuación intentó regresar al campamento, pero no lo encontró. Cuando su caballo dijo basta, supo que no le quedaba más remedio que dormir en la estepa y esperar hasta la mañana siguiente. Oyó el gañido de los chacales, que le recordó el aullido de los perros y el lloriqueo de los niños. Buscaban una presa, lo olisqueaban y se acercaban cada vez más y más, hasta que sus gemidos lo rodearon. Entonces, con el corazón en un puño, descubrió el significado del horror. Se llevó la mano al arma, se levantó y escrutó la noche, temeroso de los chacales, que seguía oyendo, de los leopardos, que sabía que lo rondaban, y de los herero, contra quienes luchaba. Pero no vio nada, ningún chacal, ningún leopardo, ningún herero, tan solo la oscuridad de la noche, impenetrable como si lo hubieran cubierto con un manto, de tal modo que al final ya no sabía si tenía miedo de lo que pudiera haber allí fuera o de algo que se agazapaba en su interior.

Pero lo que quería no era exponerle sus miedos a Olga, sino impresionarla. «¿Tú sabes lo que hacemos por todos vosotros aquí, en el Sudoeste? Hace poco leí en un periódico que, si no lográsemos derrotar a estos negros miserables, destinar más fondos a nuestra campaña militar supondría un despilfarro y sería preferible vender este arenero a los ingleses. ¿Tú también piensas así? Yo objeto que el gobierno no puede obrar de otra forma si no quiere traicionar la misión de todos los pueblos blancos y dañar la reputación del país. ¡Eso sería renunciar a un paraíso!» Y Herbert le hablaba con entusiasmo del clima, mucho más propicio a las afecciones pulmonares que el de la patria, de las fuentes subterráneas por desenterrar, de todos los tipos de cactus, algodón y tabaco por cultivar, de los bosques por plantar, las minas por excavar y las fábricas por construir. Pero para ello debían gobernar los alemanes. «Los negros pretenden sublevarse para usurpar el poder. No debemos permitirselo. Ganaremos por nuestro bien y también por el suyo. Su raza se encuentra todavía en el escalón más bajo, privada de nuestras principales y mejores virtudes, el empeño, la gratitud, la compasión y cualquier tipo de ideal. Y aun cuando se educaran superficialmente, sus almas quedarían rezagadas. Su victoria supondría un revés temible para los pueblos

civilizados.» Sus cartas hablaban de patrullas, escaramuzas y persecuciones, que él celebraba con hurras, y del júbilo que los embargaba si llegaba algún telegrama del káiser alabando a los oficiales y a las tropas.

Herbert informó con particular orgullo de la batalla de Waterberg. El 10 de agosto de 1904, las tropas alemanas se apostaron en las inmediaciones del campamento de los herero, en lo alto y en la ladera posterior de una montaña, cerraron el círculo al alba y la mañana del 11 de agosto pasaron al ataque.

La compañía de Herbert se abalanzó contra los herero desde el sur, no remontando la ladera de la montaña, sino a pie llano. Inmediatamente los recibió el fuego enemigo. A partir de ahí, todo fue ocultarse en huecos y detrás de matorrales, disparar, levantarse de nuevo y avanzar con un «¡hurra!», cubrirse otra vez, responder nuevamente a los disparos, volver a avanzar, ahora sin hurras, dando brincos, encogidos, y finalmente formar una línea con el resto de soldados y esperar. Así transcurrieron las primeras horas de la batalla. Tras la llegada de las ametralladoras y la artillería, la compañía avanzó en su estela y bajo su protección, hasta que la resistencia y la contraofensiva de los herero los obligaron a refugiarse de nuevo en un hueco. Cuando parecía que el adversario iba a verse obligado a retirarse y huir, las mujeres se unieron con sus gritos y sus palmadas, y los herero lograron revertir la situación, mantener la compañía a raya e incluso obligarla a retroceder. El objetivo era tomar el pozo de agua de los herero, pero llegó el mediodía y luego la tarde y todavía no lo habían logrado. Solo al caer la noche, metralletas y artilleros consiguieron concentrar todas sus fuerzas y ubicarse de tal forma que a los herero no les quedó más remedio que renunciar al pozo. «Finalmente el pozo era nuestro. Empezó a oscurecer. De pronto, el globo cautivo que el general usaba para transmitir por radio se prendió fuego, se soltó y se elevó como una antorcha gigante a través del cielo nocturno.»

Herbert disparó, se lanzó al asalto y luchó codo con codo con sus compañeros, pero apenas intuyó a sus enemigos. Vio a sus compañeros luchar y caer, pero de los herero atisbó apenas un copete negro, o acaso los ágiles saltos con los que avanzaban o retrocedían de un escondrijo a otro. En una ocasión vio cómo un herero apostado en la copa de un árbol recibía un disparo que lo derribaba de espaldas al suelo; en otra, distinguió cómo varios cuerpos

negros salían volando por los aires junto con la termitera tras la cual se habían ocultado, hechos trizas. Con cada avanzada veía a los herero caídos, del mismo modo que con cada retirada veía a alemanes caídos. Pero, como enemigo en el campo de batalla, los herero eran poco menos que un fantasma. «¡Ojalá hubiéramos podido ver mejor a esos demonios negros! Si supieras lo cerca que sonaban sus voces. Y, sin embargo, ¡qué difícil verlos y sorprenderlos!»

Tras la toma del pozo, los alemanes estaban demasiado agotados para seguir luchando y los herero huyeron hacia el este con su ganado. Al día siguiente los alemanes los siguieron, Herbert entre ellos. Junto al camino encontraron moribundos y heridos, viejos y niños que, incapaces de seguir el ritmo de la huida, perecían de hambre y de sed, lo mismo que los animales, que habían quedado también junto al camino, hambrientos y sedientos, bramando. En su camino, los herero habían degollado a numerosos terneros, carneros y cabras para poder beberse la sangre, pues en los pozos que se iban encontrando no había agua suficiente para ellos. Tampoco la había para sus perseguidores alemanes, que no tuvieron más remedio que volver a replegarse.

Herbert no llegó a tener ningún verdadero encontronazo con los herero. En la contienda, las metralletas los habían mantenido a raya. Tras la batalla, bastaron los fusiles para contenerlos e impedir que pudieran aproximarse a los pozos que bordeaban el desierto de arena donde se habían refugiado y donde finalmente perecieron de hambre y de sed a millares.

A continuación Herbert cogió el tifus, pasó largo tiempo enfermo y, una vez recuperado, lo mandaron al servicio de guardia hasta que estuvo de nuevo en condiciones de salir otra vez a patrullar y de participar en escaramuzas y persecuciones. Cuando tenía tiempo libre, cazaba gallinas pintadas, avutardas y palomas, damanes y jinetas, antílopes y puercoespines, papiones, hienas, chacales y leopardos. Celebró dos navidades con sus camaradas. Elaboraron relucientes estrellas recortando latas de conservas, decoraron una acacia como si fuera un árbol de Navidad y cantaron «Noche de paz». Se encontraba cómodo allí.

A veces Herbert tenía que vigilar a prisioneros herero, y en esas ocasiones se preguntaba si sería posible obligarlos a trabajar e incluso educarlos o si era preferible reemplazarlos por máquinas. El momento en el que los había visto más de cerca y casi había sentido compasión por ellos había sido durante la persecución posterior a la batalla de Waterberg, cuando estos sufrían y morían junto al camino. Pero los herero yacían junto al ganado

y como el ganado perecieron, tendidos en el suelo, mientras él pasaba montado en su caballo.

Cuando Olga volvió a ver a Herbert tras su regreso del África del Sudoeste estaba tan contenta que no le habló de las atrocidades sobre las que había leído. Pero tampoco quiso oír nada sobre batallas ni escaramuzas, patrullas ni persecuciones. Ni tampoco sobre la interminable inmensidad del paisaje, el trémulo aire tórrido, los espejismos y los arcoíris del desierto, ni del resplandor y las nubes de humo de los incendios en la estepa. Ni tampoco todo lo que había por desenterrar, cultivar, plantar, excavar y construir. «¡Todo eso son fantasías! ¿Con qué me sales ahora?» Quería saber si los negros eran apuestos, los hombres y las mujeres, cómo y de qué vivían, qué pensaban de los alemanes, qué esperanzas tenían depositadas en el futuro. Qué cosas le habían gustado del país y qué cosas no, si podía imaginarse viviendo ahí abajo. Qué se llevaba de aquellos dos años.

Estaban sentados a orillas del Memel. Olga había preparado un pícnic, Herbert había alquilado un carro, y juntos habían viajado una hora, primero del pueblo hasta el río y luego siguiendo la corriente hasta encontrar un lugar apartado. Entonces habían extendido una manta en el suelo, habían comido ensalada de patata con albóndigas, habían bebido vino tinto y habían hablado mucho, porque Olga todavía no estaba preparada para preguntarle lo que realmente quería saber: «Una lee y oye tantas cosas... ¿Estuviste con una negrita ahí abajo? Debías de sentirte muy solo. ¿Conociste a alguien? ¿Tus padres te han encontrado ya una mujer? ¿Qué hay de lo nuestro?»

Hablaban también para conjurar la melancolía de aquel día brumoso. El sol era un disco turbio tras la fina capa de nubes, el verde de los árboles y los campos y el azul del Memel aparecían apagados. Reinaba la calma, no se oía ningún barco, ningún ganso graznador, ninguna voz lejana. El caballo pastaba y mascaba la hierba, de vez en cuando resoplaba, luego contemplaba el río.

A Olga no la satisfacían las respuestas de Herbert. Las mujeres negras, con sus anchas posaderas, no resultaban atractivas para los alemanes; los herero llevaban una vida primitiva, odiaban a los alemanes, pero al mismo

tiempo sabían que los alemanes eran su suerte y su futuro. Lo que menos le había gustado allí abajo eran las enfermedades, el tifus y la malaria, la ictericia y la meningitis, y lo que más, ya sabía que ella no quería oírlo, sin duda era la inmensidad del paisaje.

—¡Pero mira todo esto! —exclamó Olga con frustración—. ¿No te parece de una inmensidad interminable? Campos y bosques hasta donde alcanza la vista. El terreno no es llano, pero la mirada se desliza por las delicadas colinas. Solo hasta llegar al horizonte, claro está, pero imagino que ahí abajo también habrá horizonte...

—A la izquierda de aquella colina hay un pueblo; detrás de la colina, el siguiente; aquella punta de allí es la aguja de un campanario. Y si viajáramos media hora río abajo, llegaríamos al puente de la Reina Luisa. Hay gente por todas partes.

—Y la gente...

—Sí, la gente hace que la inmensidad del paisaje se desvanezca.

—¿Se puede saber qué tienes tú contra la gente? Sin gente no hay nada.

—No tengo nada en contra de la gente, pero no tiene por qué haberla por todas partes. No te lo sé explicar mejor.

Herbert estaba de mal humor, aunque no sabía si era por las preguntas de ella o por su propia incapacidad para darles respuesta. Se sentía acorralado.

A Olga le gustaba cuando Herbert no entendía algo, cuando no lograba explicarse, expresarse. Era fuerte, no se dejaba amedrentar ni avasallar; así era el hombre que ella quería. Pero, al mismo tiempo, no quería limitarse a admirar a su hombre, sino también aventajarlo en algo. Eso sí, él no debía saberlo ni, sobre todo, enfadarse por ello.

—Cuando te veía correr, siempre tenía la impresión de que podías seguir corriendo eternamente. Para mí siempre has sido eso: una inmensidad infinita —dijo, y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Todavía corres?

—Ahí abajo nunca. Pero cuando estuve en Berlín me levantaba a las cinco de la mañana e iba a correr al Tiergarten. Aparte de mí, había tan solo algunas personas a caballo. —Entonces la rodeó con los brazos y tiró de ella hasta que estuvieron sentados frente a frente—. En estos dos años no he estado con ninguna otra mujer, ni blanca ni negra. Y si... cuando a veces estaba solo... aunque eso no pasaba casi nunca... solo pensaba en ti. Te quiero a ti y voy a hablar con mis padres.

16

Herbert se quedó una semana. No podían vivir juntos ni en el pueblo ni en el hotel de Tilsit, pero era verano, la región estaba de fiesta y siempre se podía contar con los bosques y prados. «El nuestro es un amor forestal y campestre», solían bromear.

El último día visitaron a la familia del pueblo vecino con la que Olga había entablado amistad. La finca era pequeña, como todas las fincas al norte del Memel, y entre la casa y los establos los niños jugaban, los gallos se pavoneaban, escarbaban las gallinas, paseaban cerdos y lechones y perros y gatos tomaban el sol. La campesina Sanne y Olga se saludaron cordialmente, los niños se mostraron de lo más cariñosos, pero Herbert estaba turbado. En la finca de su familia había aprendido a tratar con afabilidad a mozos y sirvientas, y aun así no supo reaccionar ante la actitud modesta pero no servil de la campesina y de sus hijos.

Olga intentó hacerlo partícipe de sus juegos con Eik. El pequeño tenía dos años, era rubio, fuerte y enérgico, y disfrutaba mucho jugando con Olga a construir una torre con leños de madera para luego derribarla. La construían una y otra vez, y una y otra vez la derribaban. Pero en lugar de sentarse en el suelo y ayudarlos, Herbert prefirió quedarse de pie, observando y reflexionando acerca de un comentario de Olga: «¡Así te imagino yo cuando eras pequeño!» Él era incapaz de imaginarse a sí mismo de pequeño. El único recuerdo que guardaba de su infancia era el del caballito de palo que había descubierto en el dormitorio de sus padres, antes de que se lo regalaran para su tercer cumpleaños. Aunque más tarde se aficionara a montar, jamás pudo reconciliarse con el caballo de palo ni correr con él. Del mismo modo, ahora no era capaz de reconciliarse con aquella triste finca, con el caos de niños y animales, ni con el juego entre Olga y aquel chiquillo sucio y ruidoso. Por suerte, a última hora de la tarde llegó el hombre de la casa, que escuchó pacientemente las fantasías de Herbert sobre el África del Sudoeste Alemana.

Durante el trayecto de vuelta al hogar, envueltos por el crepúsculo,

Herbert le preguntó a Olga qué veía en aquella gente, a lo que ella respondió que eran como ella, ni más ni menos. Él meneó la cabeza, pero no hizo más preguntas. Siguieron en silencio, malhumorados, hasta que el pueblo de Olga apareció en el horizonte. Entonces ella le arrebató las riendas de las manos a Herbert, chascó la lengua, hizo que el caballo se pusiera al galope y lo guió por un camino que se perdía entre los campos, rumbo al bosque. Herbert estaba perplejo y encantado. Olga conducía atropelladamente el carruaje, que se sacudía sobre troncos y piedras, en su rostro un semblante tenaz, obstinado, su melena al viento. Nunca la había visto así, tan hermosa, tan extraña.

Se amaron hasta que llegó el amanecer, cuando él debía regresar a Tilsit, dejar el hotel y tomar el tren. Ella volvió a casa cruzando los campos.

Herbert regresó al cabo de unas semanas. Había hablado con sus padres, y estos lo habían amenazado con desheredarlo si se casaba con Olga. Viktoria había conocido a un oficial pobre, aristócrata de rancio abolengo, que, tras casarse con ella, asumiría el control y la administración de la finca. Habían encontrado también una mujer para Herbert, la huérfana heredera de una refinería de azúcar: según la madre, la muchacha le daría muchos hijos, y según el padre, no tenían más que fusionar sus respectivas refinerías para erigir un verdadero imperio azucarero. Había habido una pelea, gritos y lágrimas. Al final, Herbert se había marchado. Una tía le había legado algo de dinero, una cantidad menor y a todas luces insuficiente para casarse con Olga y construir una familia. Pero les alcanzaría para unos años. Y más adelante... Herbert sabía que le faltaba poco para lograr algo importante, aunque todavía no sabía qué.

Como con sus padres, a Olga tampoco le prometió ni le negó nada, pero esta ni lo apremió ni se quejó. Todavía era verano, y, aunque las fiestas se habían terminado ya, había tiempo de sobra para su amor forestal y campestre. Sin embargo, Herbert parecía ausente. Aseguraba que Olga se callaba todos sus reproches y que eso no solo la volvía rencorosa, sino que también lo llenaba de rencor a él. Por otra parte, no quería doblegarse ante sus padres, pero tampoco deseaba romper con ellos. No sabía cómo salir de aquella situación. Al cabo de unos días se marchó también de allí.

Viajó a Argentina. Empezó de nuevo un largo viaje en barco, solo que esta vez no iba acompañado por otros soldados, sino por alemanes que deseaban emigrar o que habían emigrado ya y regresaban a su casa después de visitar la patria, con los curas de la parroquia alemana de Buenos Aires, hombres de negocios de las factorías de anilina y sosa de Baden que querían llegar a Chile atravesando los Andes desde Argentina, unos investigadores del Instituto Káiser Guillermo que seguían los pasos de Alexander von Humboldt y no pocos ociosos con ganas de viajar y correr mundo.

Herbert no se quedó en Buenos Aires, sino que tomó una embarcación que remontaba el Paraná, un río como nunca antes había visto ninguno. Tuvo que admitir que posiblemente el Paraná argentino fuera incluso más caudaloso que el Rin alemán, aunque desde luego ambos eran igual de imponentes. Bosques fluviales de anaranjados sauces, canales largos y estrechos que, una y otra vez, cuando parecían a punto de terminarse, desembocaban en aguas anchas y plácidas, orillas vacías de edificaciones y llenas de misterio, el grito ocasional de algún mono o pájaro, seguido de un silencio absoluto. En Rosario, Herbert cogió el tren a Córdoba y se sentó en un vagón vacío donde, mirara adonde mirara, solo veía una llanura infinita. Las estaciones estaban abandonadas, el tren se detenía y volvía a arrancar sin que se oyera ni una voz. Constantemente aparecían cuerpos de vacas y caballos muertos junto a las vías, y, posados sobre ellos, pájaros que brincaban y les arrancaban la piel a picotazos sin ni siquiera volver la cabeza para mirar. Los pocos árboles que había eran ralos y deformes. Azotaba la llanura un viento frío y cortante, que se colaba también en el tren y soplaba sobre el rostro de Herbert, al que le castañeaban los dientes.

En Córdoba se compró un caballo y provisiones, y se puso en marcha hacia Tucumán. Por el camino dejó atrás largas caravanas de carruajes con ruedas altas y tejados redondos, cargados de cereal y tirados por seis bueyes. Se topó con manadas de caballos salvajes que se acercaban al galope, lo seguían un rato y volvían a alejarse impetuosamente. Los pueblos eran

pequeños y pobres, formados por unas pocas casas de fachadas rojas y azoteas blancas. Los interminables y áridos lagos salados lo deslumbraban, y cuando se levantaba viento la finísima arena roja se le metía bajo la ropa, en los poros, los ojos, las orejas y la boca. Por la noche, Herbert hacía una hoguera y preparaba lo que fuera que hubiera comprado en alguna granja o en alguna aldea: un pollo, carne de res, patatas. El clima era cada vez más cálido. Entonces, un buen día, el sempiterno desierto dejó paso a un paisaje nuevo; en el horizonte, entre el polvo, se alzaba una altísima cordillera de montañas azuladas con cimas blancas: los Andes.

Mientras descansaba, una serpiente lo mordió en la pierna. Montó apresuradamente al caballo, con la esperanza de encontrar un médico o un barbero en el siguiente pueblo, pero pronto no pudo seguir adelante y se cayó del animal. Volvió en sí horas más tarde, aunque quién sabe si habían pasado varios días, y se encontró rodeado de mujeres y niños de tez morena, ojos rasgados y pómulos prominentes, indios. En la pierna, allí donde lo había mordido la serpiente, tenía un corte. No estaba cosido, pero sí le habían puesto un apósito y no presentaba atisbo alguno de infección. Herbert descosió la costura de su chaqueta, les entregó a los indios las monedas de oro que llevaba por si acaso y, tras una reverencia, prosiguió su camino. Los indios, impasibles, lo vieron alejarse y lo siguieron con la mirada, volviendo lentamente la cabeza.

Al cabo de una semana llegó a Tucumán. Cogió una fiebre, y cuando finalmente se recuperó se le habían agotado el tiempo y el dinero, y tuvo que emprender el camino de regreso sin haber pisado los Andes. De todos modos, su verdadera pasión eran las llanuras, los cielos que se extienden de un extremo al otro del horizonte y los paisajes donde la mirada se pierde en la inmensidad sin toparse con nada, pero se quedó con ganas de ver la nieve de los Andes.

En cambio, sí que la vio en Carelia. Fue su siguiente viaje en solitario, justo después de regresar de Argentina, de nuevo a caballo, aunque en esta ocasión se llevó también un perro. Su intención inicial era pasar parte del verano visitando el país, experimentar las noches blancas y acaso matar un oso. Pero no pudo renunciar al brillo dorado que el sol daba a la niebla por la mañana, al agua de lagos y ríos por la tarde, y al cielo por la noche, ni tampoco a los abedules blancos y los bosques diáfanos, a los cisnes, que se levantaban majestuosamente en el agua, corrían sobre la superficie y se elevaban en el aire para más tarde volver a aterrizar de forma igualmente

majestuosa, ni a los alces, figuras recias, robustas y solitarias como él. Se alimentaba de pescado, setas y bayas, resignado a las nubes de mosquitos que lo acompañaban de sol a sol. En septiembre cambiaron los colores. Las hojas de los abedules adquirieron un tono amarillento que contrastaba con el rojo de las copas de los mirtilos y por entre las que asomaban el verde de los pinos y el blanco de los líquenes.

El invierno llegó antes de lo habitual. Los carelios lo habían percibido y advirtieron a Herbert, pero él respondió haciendo suyas las palabras del Canciller de Hierro, Otto von Bismarck: «Los alemanes tememos a Dios y a nada más en el mundo», y volvió a partir. Con la primera nevada, Herbert se refugió en una cabaña, pero no podía quedarse mucho tiempo, pues corría el riesgo de terminar sepultado y sin poder salir. Así pues, se puso en marcha bajo la nieve, y una semana más tarde llegó a la misma estación de correos donde lo habían advertido del peligro y donde ya lo daban por muerto, convencidos de que se habría rendido a la nieve y el frío. Pero no, no se había rendido. Tras su paso por Carelia, quedó convencido de que, con su tesón, podría conseguir todo lo que se propusiera.

Siguieron más viajes: a Brasil, a la península de Kola, a Siberia y a la península de Kamchatka. Habitualmente pasaba varios meses fuera, en Siberia estuvo casi un año. Entre viaje y viaje visitaba a sus padres. Estos habían intentado mantener abiertas todas las posibilidades, la boda de Viktoria con el oficial y también la de Herbert y la heredera, pero la situación se les había ido de las manos. Viktoria había conocido a un joven fabricante de la cuenca del Ruhr que se había interesado por ella pero no por sus bienes, y la heredera había resultado ser lo bastante ambiciosa e independiente como para administrar sus negocios con éxito incluso sin Herbert. Este esperaba que cuando la heredera se cansara de esperar y Viktoria estuviera casada en la cuenca del Ruhr, sus padres accederían finalmente a traspasarles la finca a él y a Olga. Pero sus padres no cedían en sus presiones y amenazas. Cuando se hartaba de los gritos de uno y las lágrimas de otra, Herbert se marchaba a Berlín o iba a visitar a Olga.

Unas veces pasaba apenas unos días, otras se quedaba dos o tres semanas junto a ella. Se instalaba en el hotel de Tilsit, alquilaba un caballo y visitaba a Olga a diario. Mientras ella revisaba cuadernos escolares, cosía, cocinaba o hacía conservas de fruta o verdura, él la observaba, sentado a su lado. Entonces le hablaba de sus viajes, de los que ya había hecho y de los que quería hacer en el futuro. Ella lo escuchaba y le hacía preguntas; había leído ya acerca de las rutas y los destinos de sus viajes y estaba perfectamente al corriente. A veces Herbert alquilaba un carruaje y salían a hacer un pícnic a orillas del Memel; otras veces tomaban el primer tren de Tilsit a Memel y regresaban en el último, después de pasar el día entero en la playa del istmo de Curlandia.

A ella le habría encantado que Herbert estuviera más presente en su vida. Le habría encantado que los miércoles fuera a cantar con ella al coro, que los domingos accionara el fuelle del órgano desde la tribuna de la iglesia, que en septiembre la hubiera ayudado a organizar las festividades de Ännchen von Tharau y que hubiera disfrutado junto a ella viendo crecer a Eik. Pero cuando

la acompañaba se mostraba siempre demasiado tímido o demasiado brusco con los demás, nunca encontraba el tono apropiado y no lograba sentirse cómodo.

Olga era consciente de que su papel en la vida de Herbert se parecía bastante al de una amante en la vida de un hombre casado. El hombre casado vive en su mundo y se dedica a sus cosas y de vez en cuando arranca un trozo de su vida para pasarlo con su amante, que no participa ni de su mundo ni de sus cosas. Pero Herbert no era un hombre casado, no tenía ni mujer ni hijos con quienes regresar. Olga sabía que la amaba y que la proximidad que compartía con ella era toda la intimidad que él podía tener con otra persona. No era tan feliz con nadie como con ella. Herbert no le negaba nada de lo que podía concederle y, al mismo tiempo, era incapaz de darle ninguna de las cosas que ella echaba de menos.

En mayo de 1910, ante el Círculo de Geografía e Historia Nacional de Tilsit, Herbert dio una charla acerca de la misión de Alemania en el Ártico. Había entablado casualmente conversación con el presidente del círculo en un restaurante, le había hablado de sus viajes y de sus planes de visitar el Ártico, y este lo había invitado de inmediato, si bien también era cierto que para el presidente no era nada fácil llevar a conferenciantes a Tilsit. El aula de la escuela militar estaba llena y Herbert inició su charla de forma lenta y vacilante, pero a medida que fue detectando interés en los rostros de los hombres y mujeres del público se dejó llevar por un entusiasmo creciente.

Habló del intento de Petermann de atravesar el Ártico tras el deshielo, en 1865, empresa con la que muchos soñaban por aquel entonces, y de las exploraciones de Kaldewey en la costa este de Groenlandia entre 1869 y 1879, con el buque de vapor *Germania* y la goleta *Hansa*. Habló de los grandes avances científicos logrados por los hombres del *Germania*, y de cómo los del *Hansa*, tras naufragar su embarcación, habían sido protagonistas de una heroica odisea tras quedar varados en un pequeño bloque de hielo, hasta que, ya en primavera, lograron alcanzar a remo un asentamiento humano. La disciplina, la audacia y el heroísmo alemanes habían demostrado todo su valor en el Ártico y podían llevar también la bandera alemana hasta el Polo Norte, de cuya conquista se jactaban falsamente los americanos Cook y Peary. Pero el interés alemán había dado la espalda al Ártico para centrarse en el Antártico. Herbert no entendía el porqué y no sentía compasión alguna por la fracasada expedición antártica de Drygalskis en 1901 y 1902. «El futuro de Alemania está en el Ártico. En aquellas tierras virginales que aguardan bajo la

nieve y el hielo, en los tesoros que se ocultan bajo el suelo, en sus regiones de pesca y caza, y en el Pasaje del Nordeste, que comunica de forma rápida y sencilla Alemania con sus colonias del Pacífico. El Ártico será inevitablemente alemán si nos aventuramos con confianza en Dios y en nosotros mismos.»

Herbert, que había pronunciado su conferencia desde detrás del atril, dio un paso al frente entre los aplausos y, cuando empezó a entonar los primeros compases de «La canción de los alemanes», el público se levantó y lo acompañó: «*Deutschland, Deutschland über alles!*».

19

«No es lugar para ti», le había dicho Herbert a Olga antes del acto, pero ella había ido de todos modos, ataviada con su mejor vestido, de terciopelo azul y corte ancho, encima de una ligera blusa blanca de cuello alto, deleitándose con las miradas de admiración de los hombres. Esperó hasta el final de la recepción, durante la cual todos alabaron a Herbert y levantaron las copas por Alemania, el káiser, la marina, el Ártico e incluso por el propio Herbert. Olga estaba junto a la ventana, él se le acercó con expresión radiante y mirada resplandeciente y ella le dijo todo lo que deseaba oír. ¿Acaso aquel brillo y aquel resplandor no merecían todos los elogios?

Fueron hasta la caballeriza y, a pesar de la hora, Herbert logró que le alquilaran un carruaje y un caballo, con los que acompañó a Olga a casa. Hablaba y hablaba. Quería oír que Olga había disfrutado especialmente con los giros de su charla de los que más orgulloso estaba, que su escepticismo antártico estaba tan justificado como visionarios eran sus sueños árticos y que había llegado el momento de pasar de las palabras a los hechos. Pero pronto se percató de que las muestras de aprobación de Olga se habían vuelto monosilábicas y enmudeció.

La luna bañaba los campos con su luz blanca y Olga pensaba en la nieve y en los Polos Norte y Sur. Pero estaban en mayo, soplaba un viento tibio y se oía el canto del ruiseñor. Olga puso una mano sobre el brazo de Herbert, este detuvo el carruaje y ambos aguzaron el oído con embeleso.

—Dicen que el canto del ruiseñor alivia la agonía de los moribundos —susurró ella.

—Canta para los enamorados.

—Nosotros —dijo, y se arrimó a Herbert, que la rodeó con un brazo—. ¿Qué se te ha perdido ahí arriba?

—Los alemanes...

—No, nada de los alemanes. Me refiero a ti. ¿Qué se te ha perdido ahí arriba?

Él no dijo nada y ella esperó. De pronto, el siseo del viento, los resoplidos del caballo y el canto del ruiseñor le parecieron de lo más tristes, como si le dijeran que su vida no era más que una espera y que la espera no tiene ni meta ni final. Aquel pensamiento la hizo estremecerse y Herbert lo notó.

—Sé que lo conseguiría. El Polo, el Pasaje... No he estado nunca allí, pero estoy seguro de que lo conseguiría —dijo, y entonces asintió con la cabeza—. Lo conseguiré.

—¿Y qué? ¿Qué cambiará cuando hayas conseguido cruzar? ¿De qué servirá? Tú mismo has dicho que en el Polo no hay nada y que ese Pasaje resulta infranqueable durante la mayor parte del tiempo. Por mucho que tú lo pases, eso no cambiará.

—¿A qué viene todo esto? —le espetó él, visiblemente molesto—. Sabes muy bien que no tengo respuestas a tus preguntas.

—¿Es la inmensidad? ¿La inmensidad interminable? —dijo Olga—. ¿Es por eso?

—Llámalo como quieras —respondió él, encogiéndose de hombros—. Tengo amigos en la guardia militar que aseguran que pronto habrá guerra. Si es así, iré a la guerra. Pero si no... No te lo puedo explicar mejor.

«No me has explicado nada —pensó ella—, nada.».

Estuvo trabajando en su charla hasta el invierno. Sabía que su éxito en Tilsit no le garantizaba un éxito parecido en Berlín, en Múnich ni en las demás capitales y cortes, donde se encontraría ante un público más informado y exigente. Allí, por ejemplo, no podría evitar mencionar que von Nordenskiöld ya había cruzado el Pasaje del Nordeste entre 1878 y 1879 ni que la pugna entre Cook, que aseguraba haber alcanzado el Polo Norte en 1908, y Peary, que afirmaba haber hecho lo propio en 1909, ilustraba las dificultades de demostrar o refutar dichas pretensiones. Para cruzar el Pasaje del Nordeste se necesitaba mucha suerte y mucho tiempo, eso lo sabía todo el mundo; ¿qué más quedaba por averiguar? Alcanzar el Polo Norte y documentarlo resultaría costoso, peligroso y sumamente difícil; ¿no se trataba de una misión perfecta para los aviones, que mejoraban día a día?

Herbert quería hablar del Pasaje del Nordeste, de la necesidad de que los alemanes lo exploraran, de que él, específicamente, lo explorara. La costa siberiana de la cuenca ártica estaba mal cartografiada, mucho peor que la americana o la groenlandesa. Era necesario explorarla y sondearla antes de poder valorar de forma concluyente las rutas marítimas entre Europa y Asia. Solo después de cerrar el cerco alrededor de la cuenca ártica sería posible calcular los tesoros que escondía.

Aparte de preparar la charla, Herbert se dedicaba a escribir cartas ofreciéndose como orador a diversas sociedades: la Sociedad de Geografía, la Sociedad de Etnología, la de Geografía y Etnología, la de Geografía Política, la de Antropología y Etnología, la de Prehistoria, la de Oceanografía... Le escribió a Von Drygalski para pedirle su respaldo público, a empresas de Berlín y Hamburgo para que colaboraran costeadando el envío de enseres, ropa y víveres, a la editorial Brockhaus con la sugerencia de que imprimiera postales con motivos árticos y que dedicara la mitad de los ingresos a financiar su expedición. Después de recibir invitaciones de varias sociedades, escribió a mandatarios, políticos, empresarios, banqueros y otros personajes prominentes de cada ciudad para invitarlos personalmente a la

charla.

Olga se alegraba de que, mientras se dedicaba a escribir, Herbert pasara mucho tiempo junto a ella. Él le leía todo lo que escribía, ya fueran partes de la charla o cartas, y escuchaba sus consejos. Ella le mostró que, en lugar de escribir una única charla, era mejor redactar varios fragmentos que luego podían combinarse para obtener charlas distintas. También le enseñó a hablar sin notas. Al principio, Herbert redactaba fragmentos completos y los memorizaba, pero pronto empezó a bastarle con tomar breves apuntes. Olga lo ponía a prueba, lo interrumpía, lo abucheaba, lanzaba preguntas, formulaba objeciones. Le quitó el hábito de rascarse la cabeza cuando estaba confundido y logró que se acostumbrara a subir el tono de voz cuando lo cuestionaba. Lo convirtió en un orador.

Lo convenció de que, si quería actuar como portavoz y promotor de su propia expedición, debía aprender a tratar a la gente y que eso era algo que podía empezar a practicar allí mismo, en el pueblo. Herbert mejoró sus dotes sociales, superó la timidez, pero no logró librarse de su arrogancia, que a veces le daba un aire altivo.

Aunque entretanto Viktoria se había casado y se había mudado a vivir cerca del Rin —finalmente la heredera de la refinería había encontrado a otro empresario del azúcar—, los padres de Herbert seguían opinando que Olga no era la mujer apropiada para él. El dinero que le había legado su tía era cada vez más escaso y sus padres tenían la esperanza de que las dificultades económicas lo volvieran más dócil. Sin embargo, el único efecto inmediato fue que Herbert se mudó a un hotel más barato de Tilsit. También dejó de alquilar carruajes y caballos: ahora cogía el tren económico hasta Schmallingken y desde allí llegaba al pueblo caminando o corriendo. Además, sin ningún caballo ni ningún carruaje aguardando delante de la casa podía quedarse a pasar la noche sin levantar sospechas.

Una tarde de diciembre, Herbert llegó cuando ya estaba oscuro. Olga, que ya no lo esperaba, tenía al pequeño Eik de visita. Los demás niños de la granja estaban enfermos, la madre no daba abasto con las compresas frías, el aguardiente francés y las infusiones de tila, y además quería evitar que Eik se contagiara. Olga y Eik estaban jugando, y Herbert, con una mueca apenas visible, se sentó junto a ellos. Mientras Olga cocinaba, Herbert siguió jugando con el niño, luego se sentaron a cenar y más tarde siguieron jugando los dos mientras Olga, que fregaba los platos, no se perdía nada de lo que sucedía entre ellos. El parchís era nuevo para ambos, y se enfadaban, maldecían y se

reían. Después de meter a Eik en la cuna, que no cabía en el dormitorio y estaba en la cocina, Olga acercó la lámpara al tablero de la mesa, de modo que el resto de la pieza y la cama de Eik quedaron a oscuras.

Herbert se puso a leer: le había llegado por correo la noticia de que Amundsen había cruzado el Pasaje del Nordeste. Olga tenía una montaña de cuadernos escolares ante ella. Abrió el primero, pero Herbert se dio cuenta de que no estaba leyendo. Las lágrimas le rodaban por el rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó Herbert, que se había levantado y se había arrodillado junto a ella—. ¿Qué pasa? —susurró de nuevo, acariciándole la mano.

—Nada, es que... —respondió ella, susurrando también, pero eso bastó para que se abriera la compuerta de los sollozos—. Es que... —repitió, sollozando y meneando la cabeza.

—¿Qué?

—¿Tú oyes respirar a Eik?

El 21 de marzo de 1911, Herbert dio su primera charla en Altenburg y consiguió el mecenazgo del duque Ernesto de Sajonia-Altenburg.

Su intención era partir en verano de 1912 para intentar la travesía del Pasaje del Nordeste, y confiaba en que le bastaría con un año para disponer de toda la financiación y despachar los preparativos. Pero Von Drygalski no solo no habló en su favor, sino que lo atacó por su falta de conocimientos geográficos y experiencia ártica, las empresas de Hamburgo y Berlín le ofrecieron un apoyo más que moderado y la editorial Brockhaus, que inicialmente había mostrado interés en el proyecto de las postales, terminó descartando la idea. Herbert tuvo que pasar el invierno de 1912-1913 paseando su charla de ciudad en ciudad, hasta que finalmente logró reunir los medios necesarios para la expedición. O, mejor dicho, para una expedición previa, que debía servir para poner a prueba el equipaje y las provisiones y para que los hombres se acostumbraran a la vida en el Ártico y forjaran vínculos entre ellos. Herbert tenía la esperanza de que el éxito de aquella expedición previa desatara una oleada de entusiasmo para con la expedición propiamente dicha.

Su objetivo era la Tierra del Nordeste, una isla del archipiélago de Spitsbergen cuyo interior, poco explorado, Herbert quería atravesar antes de que llegara el invierno. En un primer momento la partida estaba planeada para principios del verano de 1913, pero entonces se enredó con la organización de una lotería para costear la expedición principal, tarea que, a la hora de la verdad, resultó ser más compleja y entretenida de lo previsto. Tanto fue así que no partió para reunirse con el resto de miembros de la expedición en Tromsø hasta finales de julio.

Dedicó la última noche a despedirse de Olga. Inicialmente, esta estaba convencida de que aquella expedición sería como cualquiera de los demás viajes que Herbert había emprendido en el pasado, en los que nunca lo había acompañado al tren ni al barco, pero un buen día él le había pedido que fuera

a despedirlo a Berlín. Acudió a la cita sin saber si debía alegrarse porque Herbert quisiera tenerla cerca en aquel momento o preocuparse por quién sabía qué temores secretos que pudieran inquietarlo.

Él fue a buscarla a la estación, la acompañó al piso que había alquilado para aquel mes tan lleno de preparativos y la dejó sola: tenía una entrevista y no podía decirle a qué hora iba a regresar. Olga lo vio ansioso, cansado e inquieto, y no quería dejarse llevar por ese estado de ánimo mientras lo esperaba en su piso de alquiler la desazón empezó a apoderarse también de ella. Iba de aquí para allá, de la ventana de la cocina, con vistas al patio interior, a través del pasillo y el salón, hasta la ventana del despacho, con vistas a una plaza con flores y fuentes, y vuelta atrás. No era su intención espiarlo, pero en un momento dado se detuvo ante el escritorio de Herbert y echó un vistazo a sus papeles: facturas, listas, prospectos, mapas, fragmentos, cartas, notas... Entre todo aquel papeleo había un poema que Herbert había escrito de su propio puño y letra:

¡Duda primero, pero perdura después
con voluntad desmedida!
Antes dejarse arrebatar en la flor de la vida
y, con un halo de intrepidez,
serle útil a la humanidad,
a caminar con bastón
tras una vida de tranquilidad.

¿Eso se lo decía a ella? ¿Que se marchaba para que lo arrebataran en la flor de la vida? ¿De verdad solo quería atravesar la Tierra del Nordeste o acaso tenía planeado conquistar el Polo Norte? ¿Y si en realidad no tenía intención de dar media vuelta con la llegada del invierno?

En la cocina encontró patatas, huevos y beicon y preparó algo de comida. Encontró también una botella de champán, que dejó bajo el grifo abierto, y vino tinto. Herbert volvió a casa y comieron. Este no hacía más que hablar del barco que todavía no tenía y que debía comprar en Tromsø. ¿Y si cuando llegaba allí no encontraba ninguno?

—He leído tu poema —dijo ella cuando ya estaban en la cama.

Él no respondió.

—¿Volverás antes del invierno?

—Ese poema lo escribí hace años. No tiene nada que ver con la

expedición.

—¿Antes del invierno?

—Sí.

Todavía en agosto, Olga leyó en el *Tilsiter Zeitung* que dos miembros de la expedición habían decidido abandonar el grupo en Tromsø y regresar a Alemania. Eso solo podía significar que Herbert había decidido pasar el invierno en la Tierra del Nordeste o en Spitsbergen. Olga se sintió tan frustrada, tan traicionada por Herbert, que le escribió una carta furibunda que mandó *poste restante*² a Tromsø, aun a sabiendas de que no la recogería ni la leería hasta su regreso. Pero de alguna forma tenía que darle salida a su cólera. Dos días más tarde, cuando esta ya había pasado, le escribió otra carta y en el sobre puso: «¡Abre esta primero!» Cuando leyera aquellas palabras de aliento de cara al largo y oscuro invierno, ya estaría de regreso, pero por lo menos la carta le daba aliento también a ella. Aunque no por eso dejaba de hacerse reproches. Herbert estaba convencido de que, si no se rendía, lograría todo lo que se proponía. ¡Si por lo menos ella hubiera tratado de quitarle de la cabeza aquella obcecación después de su paso por Carelia!

En enero encontró otra noticia en el *Tilsiter Zeitung*. El barco que Herbert había comprado en Tromsø había quedado atrapado en la banquisa. Había logrado dejar a Herbert y a tres miembros más de la expedición en la Tierra del Nordeste, pero ya no había podido zarpar de nuevo. Finalmente, el capitán y el resto de la tripulación habían abandonado el barco congelado y habían emprendido a pie los trescientos kilómetros que los separaban del asentamiento humano más próximo. El capitán había logrado llegar: solo, en un estado lamentable, con signos de congelación graves y tan agotado que había pasado varios días sin poder decir palabra. Los demás se habían quedado por el camino.

A partir de aquel momento, el periódico empezó a informar semanalmente acerca de la suerte de la expedición. Aún en enero, un equipo de salvamento noruego salió en su búsqueda; en febrero hizo lo propio el primer equipo alemán; en marzo salió el segundo, en abril el tercero y en mayo el cuarto. Si no había noticias sobre la partida o el regreso de uno de esos equipos,

sobraban los temas de especulación. Tanto en Spitsbergen como en la Tierra del Nordeste había diversos refugios construidos por antiguos expedicionarios y por pescadores de ballenas y cazadores. ¿En cuál de ellos podían haberse refugiado los miembros de la expedición? ¿Qué camino habrían tomado los hombres que habían partido con el capitán pero que luego se habían separado de él? ¿Qué camino habrían tomado Herbert y sus acompañantes? ¿O acaso habían encontrado un refugio al inicio del invierno, habían montado el campamento y con la llegada de la primavera aparecerían en la bahía donde debería haberlos recogido el barco después de cruzar la Tierra del Nordeste? Todo tipo de expertos, verdaderos y falsos, ofrecían su opinión y aseguraban que tarde o temprano encontrarían y rescatarían a los desaparecidos, que el suyo era un caso perdido o que todo dependía de la influencia que la corriente del golfo ejerciera aquel invierno sobre el clima de la Tierra del Nordeste. Asimismo, el periódico informó acerca de la experiencia bélica y viajera de Herbert y destacó su energía y determinación, pero también su imprudencia: la expedición había partido con un retraso excesivo.

Olga lo leía todo, aunque las noticias sobre qué equipo de rescate salía cuándo y de dónde no le interesaban para nada. Ella solo quería saber qué le había pasado a Herbert. En abril fueron rescatados dos miembros de la expedición que habían partido a pie con el capitán, pero se habían rendido a medio camino y habían regresado al barco; había cuatro fallecidos. Los supervivientes no habían tenido más noticias de Herbert desde que este partiera en agosto para cruzar la Tierra del Nordeste. En julio regresó una expedición de salvamento que se había centrado en buscar a Herbert por todas las rutas a través de la Tierra del Nordeste sin encontrar ni rastro. La noticia apenas merecía una breve mención en el periódico: Austria acababa de declararle la guerra a Serbia.

Olga no perdía la esperanza y seguía mandando a Tromsø cartas dirigidas a Herbert, *poste restante*. Era consciente de que se habían agotado todas las iniciativas de rescate, pero cada vez que llegaba el periódico se le aceleraba el corazón, hasta que constataba que, una vez más, este no traía ninguna noticia sobre la inesperada llegada de Herbert a algún pueblo lapón o colonia danesa. Había leído en alguna parte que una expedición de daneses había logrado sobrevivir dos inviernos seguidos en Groenlandia. Sabía que lo había leído, pero ya no recordaba dónde, y tampoco quería buscarlo y comprobar que lo había leído mal y que en realidad se trataba de un solo invierno.

El hecho de no poder figurarse realmente la situación de Herbert tampoco

ayudaba a aliviar su sufrimiento. Había podido formarse una idea del África del Sudoeste Alemana apenas poco después de la marcha de Herbert, pues este se la describía con todo detalle en sus cartas y el correo militar era seguro y llegaba de forma regular. Desde Argentina y Carelia le había escrito menos, pero le había contado muchas cosas tras su regreso, lo mismo que después de volver de Brasil, Kola, Siberia y Kamchatka. En cambio, Olga no conseguía imaginarse el Ártico. ¿O era más bien que no quería hacerlo, sin más? Estaba familiarizada con la nieve en invierno y había visto hielo flotante en el Memel y también en la laguna de Curlandia. Pero los campos de nieve, los icebergs y los glaciares, los osos polares y las morsas, los hombres envueltos con pieles y trapos, en postura heroica con sus esquís, trineos y perros... Partiendo de fotografías, y con unos pocos trazos negros, el ilustrador del periódico había dibujado una serie de retratos que a Olga le parecían más bien caricaturas, como si el Ártico fuera una broma pesada. Las recriminaciones que Olga se hacía a sí misma eran mucho más serias. Había hablado con Herbert de sus proyectos y sus planes, pero nunca los había cuestionado, nunca había intentado disuadirlo. Se había dejado arrastrar por el entusiasmo de Herbert, por su expresión radiante y sus ojos brillantes, como si se tratara de un niño, como si todo aquello no fuera más que un juego. Pero aquel juego se había cobrado ya cuatro vidas, que podían convertirse en ocho si Herbert y sus acompañantes no regresaban.

Entonces Alemania declaró la guerra a Rusia. Los rusos ocuparon Tilsit y tuvieron que volver a retirarse, y los habitantes del pueblo salieron de sus casas a escuchar el retumbar de los cañones de Tannenberg. La guerra se alejó hacia el este y el día a día en el pueblo volvió a amoldarse a las leyes de la vida en el campo. En otoño cosecharon, trillaron los campos y plantaron, y durante el verano de 1915, en plena guerra, apartaron los cardos, cortaron las malas hierbas y descocaron los escarabajos de la patata, como durante los veranos en que todavía había paz.

La única diferencia era que faltaban los hombres y que algunas esposas y madres vestían ya de luto. Los viejos y los jóvenes estaban ahí y tenían que encargarse de todo lo que normalmente habrían hecho los hombres. Los amigos de Olga en el pueblo vecino tuvieron suerte: el marido había vuelto de la guerra. Sin el brazo izquierdo, pero había vuelto. La mujer se paseaba por el pueblo con una sonrisa en los labios, a pesar de que no deseaba en absoluto hacer ostentación de su felicidad.

Olga había perdido ya la esperanza. Habían pasado dos años desde que Herbert se había marchado y la posibilidad de que hubiera logrado sobrevivir en Spitsbergen más tiempo que los daneses en Groenlandia era un sueño del que Olga despertaba apenas empezaba a soñarlo. Pero también su muerte era poco más que una idea. Pensaba en Herbert, hablaba con él y no lo sentía menos próximo que durante sus numerosos viajes, cuando pensaba en él, hablaba con él y lo sentía próximo. Había aprendido a vivir con un Herbert que se ausentaba de forma habitual y durante largos periodos, y ahora no experimentaba ninguna cesura, no le parecía que su ausencia actual fuera excesiva ni demasiado larga.

Aunque no por ello desapareciera de su vida, la mortandad masiva en Francia le permitió hacerse finalmente a la idea de la muerte de Herbert. Su amiga del seminario para maestras le comunicó por carta la muerte de sus dos hermanos menores y de todos sus amigos en la gran batalla del Marne, en

Flandes y en la Champaña. Olga sintió como si acabara de desaparecer de un plumazo toda una generación de jóvenes, y Herbert con ellos. Nunca había logrado imaginarlo en el hielo, pero ahora, en cambio, lo veía claramente durante uno de aquellos ataques sobre los que informaba el periódico, en los que los jóvenes se precipitaban hacia la muerte, valerosa y voluntariamente.

En otoño murió su abuela de caquexia. Hacía tiempo que se quejaba de dolores, había ido enflaqueciendo cada día más y más, pero, en lugar de mudarse con Olga para que esta pudiera cuidarla, había preferido esperar la muerte en su propia cama. Los vecinos, que siempre se habían ocupado de ella, la habían encontrado muerta una mañana.

A la llegada de Olga, su abuela ya estaba en la iglesia, dentro del ataúd. Olga se sentó a su lado para velarla. Pasó toda la noche, desde que oscureció hasta el alba, sentada junto a aquella mujer que la había adoptado y criado, pero que nunca había sido cariñosa con ella. La entristecía no tanto lo que había sucedido entre su abuela y ella, sino precisamente lo que no había sucedido. También la apenaban las vidas no vividas de los jóvenes caídos, y la vida que ella y Herbert ya no tendrían nunca. Por primera vez todo se volvió real: la pérdida, la separación, el dolor y la pena. Empezó a llorar y ya no pudo parar.

Siguió dando clases en su pueblo hasta que en 1923 Lituania se anexionó los territorios al norte del Memel, que, en virtud del Tratado de Versalles, se habían segregado de Alemania y habían pasado a ser administrados por Francia. Entonces empezó a dar clases en un pueblo situado al sur del Memel.

Las únicas alegrías durante aquellos años se las daba Eik, un niño inteligente, mañoso e imaginativo que se había construido un barco con una caja de jabón, y, al mismo tiempo, un soñador que nunca se cansaba de oír historias sobre mares y países lejanos. Después de descubrirle a Jonathan Swift y Daniel Defoe, Olga empezó a hablarle de los viajes de Herbert al África del Sudoeste Alemana, a Argentina, a Carelia, a la península de Kola y a Siberia. En cambio, prefería no hablar de Spitsbergen ni tampoco de la desaparición de Herbert.

El Herbert que le presentó a Eik era un personaje heroico: no el joven de Pomerania que no había sabido medir sus fuerzas y había terminado congelándose, sino el aventurero deseoso de descubrir paisajes inmensos, interminables, que no se había rendido jamás, que había soportado fatigas varias y sobrevivido a todos los peligros imaginables. Era como si, confrontada con el recuerdo de aquel Herbert que había fracasado ante el mundo, Olga optara por recordarlo tal como él se había visto siempre a sí mismo y había querido que lo vieran. Como si se le hubieran olvidado ya todas las cosas que se había reprochado a sí misma. Más tarde le entró el temor a que Eik pudiera extraviarse, tal como Herbert se había extraviado para terminar arruinando no solo su vida, sino también la de otras personas. Pero para entonces Olga ya no tenía ninguna influencia sobre él.

Gracias a su inteligencia, Eik logró dejar el pueblo y trasladarse a vivir a la ciudad, pasó de la escuela elemental al instituto y de Tilsit a Berlín. Estudiaba arquitectura en la Universidad Politécnica y cada vez que Olga iba a visitarlo quedaba maravillada ante aquel chico alto, rubio, de rostro límpido y ojos azules, deportista y seguro de sí mismo. Más tarde ganó varios premios,

construyó un mercado en Halle, un hotel en Múnich y un consulado en Génova, y pasó cuatro años en Italia. En una ocasión Olga fue a visitarlo allí y él le mostró Roma y le presentó a una joven colega, una chica judía todavía más segura de sí misma y más lista que él, algo de lo que Eik parecía no haberse dado cuenta. A Olga le gustó mucho aquella muchacha y se dijo que ojalá Eik supiera llevar bien el hecho de que ella lo aventajara. También pensó que le encantaría verlos casados. Pero un día su nombre dejó de aparecer en las cartas que él le mandaba.

En el verano de 1936, Eik regresó de Italia y se hizo miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y de las SS. Fantaseaba con un *Lebensraum*³ alemán entre el

Memel y los Urales, con la tierra negra y el pasto de las estepas, con trigales ondeantes hasta donde alcanzaba la vista y con rebaños de vacas interminables. En el país de sus fantasías había aldeas alemanas fortificadas, pero por lo demás estaba desierto: los trabajadores y trabajadoras que iban a hacer falta, así como los bueyes y los caballos de tiro, llegaban por la mañana procedentes de ningún lado y desaparecían por la noche de forma igualmente misteriosa. Estaba decidido a capitanear a caballo la conversión de la miseria eslava en esplendor germano.

Olga no lo entendía. Había seguido paso a paso la evolución de los intereses de Eik, sus lecturas, sus pasiones, había hablado con él sobre todo y lo había alentado en todo. ¿Y de pronto le salía con eso? ¿Cómo podía romper de aquella manera con todas las cosas en las que ella creía y por las que vivía? Olga nunca se había afiliado al Partido Socialdemócrata, pero lo había votado siempre. Le había gustado la república, donde las maestras valían más, podían más y ganaban más que bajo el káiser. Había formado parte del comité de la Unión General de Maestras de Alemania hasta que se protegió de la nazificación mediante la autodisolución. Olga había rechazado el nacionalsocialismo desde buen principio: Alemania iba a crecer más de la cuenta una vez más, después de que Bismarck ya hubiera tenido y llevado a la práctica esa misma idea. Y a la primera guerra mundial le seguiría la segunda.

Intentó hablar con Eik y quitarle aquellas fantasías de la cabeza. ¿Agricultura y ganadería? ¿No había preferido siempre las manualidades, leer y ayudar en casa? ¡Pero si de estudiante siempre se le morían los geranios y se le escapaban los gatos! ¿A qué venían aquellos sueños de horizontes lejanos y paisajes vacíos desde el alba hasta el anochecer? En todos aquellos lugares

vivían personas y, además, los alemanes tenían ya trigo y carne suficientes. Pero no lograba que él la escuchara. Eik la trataba con la condescendencia afectuosa que se reserva para quienes están ya demasiado mayores para comprender los nuevos tiempos.

Aquel verano, durante las vacaciones, a Olga le subió la fiebre. Se dijo que se trataba de una gripe, se acostó y a la mañana siguiente, al despertar, se dio cuenta de que no oía nada. El médico probó varias cosas, aunque más tarde Olga se preguntó si realmente tenía esperanzas de curarla o simplemente quería darle tiempo para que pudiera asumir su sordera.

Tenía cincuenta y tres años y la pusieron en la calle. La junta escolar quería librarse de ella de todos modos: no encajaba en los nuevos tiempos. Nunca habría dejado de enseñar si no se hubiera visto forzada a ello, pero hacía ya tiempo que contaba con que los nazis la dejarían sin empleo y desde entonces la escuela le resultaba cada vez más y más ajena. Por otro lado, hacía ya más de treinta años que enseñaba. Quizá ya bastaba con aquello.

La fama de la escuela para sordos de Breslau la empujó a irse a vivir a aquella ciudad, donde, gracias a su facilidad para la lengua y su vocabulario, pronto dominó la lectura de labios a la perfección. Al terminar los estudios le habría gustado mucho quedarse en la ciudad: llevaba ya mucho tiempo viviendo en el campo. Pero finalmente se mudó a un pueblo, donde la vida era más barata. Era una costurera hábil y capaz, desde su paso por el seminario para maestras se confeccionaba ella misma los vestidos y encontró varias clientas en Breslau. Para algunas de ellas trabajaba desde casa, aunque a veces recogía los encargos y los devolvía al cabo de unos días. Tenía una hora en tren hasta la ciudad.

Se dedicó a vivir su vida. Cocinaba, leía, se ocupaba del jardín, salía a pasear y, de vez en cuando, recibía la visita de algún antiguo alumno o alumna, de sus amigas de la región del Memel y de sus hijos, también de Eik. Echaba de menos la música a diario. Antes solía cantar con los niños en el colegio, dirigía el coro de la iglesia y tocaba el órgano y siempre disfrutaba de los conciertos que ocasionalmente se celebraban en Tilsit. Ahora leía partituras y tocaba la música para sus adentros, pero aquello dejaba bastante que desear. Antaño solía deleitarse también en los sonidos de la naturaleza: los pájaros, el susurro del viento, el vaivén de las olas. Le gustaba despertarse con el gallo en verano y con las campanas de la iglesia en invierno. Ahora, en cambio, se alegraba de no tener que oír los altavoces. El mundo se había convertido en un lugar ruidoso con los nazis, que habían instalado por todas partes altavoces

por los que a todas horas se oían discursos, marchas y proclamas que lo perseguían a uno fuera donde fuera. Aunque no hay nada tan malo que, con tal de no oírlo, uno prefiera dejar de oír también lo bueno.

La guerra no llegó al pueblo de Olga, en Silesia, hasta febrero de 1945. El alcalde llevaba un tiempo tranquilizado a los lugareños y exhortándolos a permanecer en sus casas, hasta que un día quien desapareció fue él. Olga no oía el frente, pero los demás sí, e hizo lo mismo que ellos: preparó un par de maletas y se puso en marcha. Cuando llegaron los soldados, con sus camiones y sus tanques, dejó la carretera; cuando pasaron los aviones en vuelo rasante, saltó a una zanja. Finalmente subió a un tren, pero una bomba alcanzó la máquina, que explotó.

En medio de la conmoción y el caos en la calle, del violento matraqueo de las cadenas de los tanques, del silbar de los aviones, del crepitar de las metralletas y del aturdimiento de quienes buscaban cobijo, de sus gritos cuando los herían, de la explosión que arrancó la caldera de la máquina del tren, en medio de la estridencia y los rugidos de la guerra, Olga estaba envuelta por un silencio absoluto. No oía el pánico de la gente, sus rostros desgarradores no proferían grito alguno, los tanques avanzaban mudos, los aviones eran sombras sordas que se deslizaban sobre la gente que huía, los disparos de metralleta quedaban reducidos apenas a nubecitas de polvo que avanzaban en línea recta, hasta que alguien caía al suelo sin una sola queja, derrotado, o se precipitaba en una trinchera, y la explosión de la máquina de tren levantó una bola de fuego tan vistosa como silente.

Con la explosión de la máquina, el tren quedó inmovilizado. Olga y el resto de pasajeros tuvieron que proseguir a pie y justo entonces empezó a nevar. Al principio caía una débil nevisca, apenas visible. Pero entonces nevó con más fuerza, copos húmedos y gruesos, y pronto la nieve acumulada les llegaba hasta las rodillas. Cada paso requería energía, cada paso era una tortura. Por si eso fuera poco, de pronto empezó a soplar viento; cuando no avanzaban a través del bosque, las ráfagas levantaban la nieve y se la lanzaban como agujas sobre la cara. Con la llegada de la oscuridad, y al ver que no había ningún objetivo próximo, ninguna luz, muchos se rindieron. Se echaban, un poco apartados, debajo de un árbol o en una hondonada, de costado o boca

arriba, con la mochila bajo la cabeza, como quien se echa a dormir. Olga había leído acerca de lo fácil que resultaba ceder al cansancio en la nieve: te sentabas en un árbol a descansar un poco, no notabas el frío y te dormías. Siempre le había parecido una buena forma de morir. Y ahora los veía, echados en el suelo, y no importaba si dormían o estaban muertos: tenían un aspecto de lo más plácido. Su apariencia era para Olga una invitación a echarse a su lado, junto a ellos y junto a Herbert, que también había muerto en la nieve. Pero recordar la muerte de Herbert la puso furiosa, aquella muerte absurda mientras atravesaba una isla donde nadie quería vivir, buscaba un pasaje que nadie iba a utilizar o trataba de conquistar el Polo Norte o lo que fuera que se le hubiera metido en la cabeza. Estaba tan enfadada que siguió caminando. No, no pensaba morir como Herbert.

Olga siguió a los demás hacia el oeste, a pie, en carros tirados por caballos, en camión y en tren. Los demás sabrían adónde iban, se dijo y, aunque se perdieran, ella no tenía una idea mejor de por dónde tirar. Antes de la capitulación había logrado ya cruzar el Elba y más tarde cruzó también el Main y el Neckar. La ciudad estaba intacta, y después de tantas ciudades destruidas por las bombas, con casas quemadas y derruidas, árboles carbonizados en calles, jardines y parques, desiertos de ruinas de los que sobresalían chimeneas, campanarios y búnkeres de hormigón, y agujeros en el suelo de donde salían personas como si fueran ratas, Olga tuvo la sensación de que había llegado a su destino.

La oficina para los refugiados le proporcionó una habitación, y en cuestión de un día se había instalado ya con sus pocas pertenencias (y no sin cierto asombro placentero) en aquella ciudad. Paseando por la calle principal, vio un estudio de fotografía y entró. La imagen muestra a una mujer elegante, de rostro claro y sincero, con ligeras patas de gallo y arrugas en las aletas de la nariz y las comisuras de la boca, mirada concentrada y una expresión decidida en los labios. Lleva el pelo blanco pero todavía abundante recogido en un moño, como en la fotografía en la que aparece de niña, el día antes de la confirmación, y también un vestido negro con el cuello blanco, no cerrado, sino con un ligero escote. No está inclinada ni apoyada en nada, sino simplemente de pie, con la mano derecha junto al cuerpo y la izquierda sobre el pecho, en un gesto señorial. Nada, ningún rastro de tensión o inhibición en su rostro ni en su porte, revela su sordera.

Era una costurera veloz y minuciosa, y pronto volvió a tener clientes, pero no conservaba ningún contacto, y su vida después de la huida fue aún más

solitaria que antes. Intentó localizar a algunas de sus amistades de la región del Memel a través de la Cruz Roja, pero la búsqueda resultó infructuosa. Le interesaban la historia y la política, leía el periódico regularmente y con gran atención y sacaba libros y partituras de la biblioteca pública. Descubrió su amor por el cine y se conformó con imaginar todo lo que no podía comprender leyendo libros.

Se dedicó a coser para varias familias, hasta que a principios de los años cincuenta, tras unos meses de tira y afloja a causa de varios papeles perdidos y documentos destruidos, logró que le concedieran la pensión que le correspondía como antigua maestra de primaria. A partir de aquel momento cosió solo para nuestra familia, donde se había sentido particularmente bienvenida y donde ganaba lo que necesitaba para vivir.

SEGUNDA PARTE

1

Venía cada dos o tres meses y pasaba varios días en casa. Cogía los vestidos, faldas y blusas, chaquetas, pantalones y camisas que mis tíos y tías descartaban y los ajustaba para mis hermanas mayores, mi hermano mayor y, cuando a estos les quedaban pequeños, también para mí. Zurcía agujeros causados por algún alambre de púas, una zarza espinosa o la punta de un palo de esquí, los remendaba con una tela por debajo y los cubría con un parche de fieltro. Cortaba por la mitad sábanas deformadas y volvía a recoserlas. También zurcía medias y calcetines cuando mi madre, que no quería exigirle aquel trabajo indigno de una costurera, no encontraba el tiempo para hacerlo ella misma.

Cuando venía a casa, sacaban la máquina de coser del dormitorio del matrimonio y la instalaban junto a la ventana del comedor y sala del piano. Era una Pfaff: el nombre, incrustado en madera clara sobre la madera oscura de la tapa, destacaba contra el negro reluciente de la máquina, y también figuraba en el ornamento de hierro fundido negro mate que, debajo de la mesa, unía el varillaje con el pedal. Mis hermanos no soportaban aquella máquina, que empequeñecía la sala y los molestaba mientras estudiaban piano, violín o violoncelo, pero a mí me encantaba. Me parecía un aparato fabuloso, como el viejo horno de la cocina, con frontal esmaltado y fogones negros, como las apisonadoras de vapor sobre las calles recién alquitranadas, como los taxímetros de la plaza que había cerca de casa, como las locomotoras negras y los vagones verdes de la estación de trenes.

¡Y qué ruido hacía! Clac, clac, clac, clac, clac, clac, un golpeteo agudo, un ligero siseo, un leve chasqueo que iba subiendo de ritmo, acelerando cada vez más hasta alcanzar el traqueteo rítmico y regular de una locomotora. Entonces volvía a ralentizarse, pero al poco recuperaba presteza o acaso se detenía completamente. Cuando Olga Rinke (a quien mi madre llamaba Olga y los demás llamábamos señorita Rinke) estaba en casa, yo jugaba en el comedor. Cuando me habían llevado a la guardería había llorado tres días seguidos, hasta que mi madre decidió que en casa, con mis hermanos mayores,

mi padre, que siempre comía con nosotros, los frecuentes invitados, la niñera y algún que otro vecino ocasional, ya aprendería bastante sobre interacciones sociales y que ir a la guardería no valía tantas lágrimas.

Así, hacía avanzar mi tren sobre las vías con la música de la máquina de coser de fondo, construía máquinas y fábricas con piezas de madera o jugaba a hacer que cosía: me sentaba en el taburete de mamá, colocaba un pedazo de tela sobre el banco y golpeaba con el pie en el suelo.

Tardé mucho tiempo en comprender que la señorita Rinke era sorda. Mi madre intentó muchas veces explicarme qué significaba ser sordo. Pero, para mí, si yo podía hacer algo, los mayores también podían: ¿cómo era posible que la señorita Rinke no oyera nada? Mi madre me dijo que me tapara los oídos, pero la señorita Rinke nunca se tapaba los oídos.

A veces le gritaba porque no me contestaba a una pregunta o no reaccionaba cuando le pedía algo. No me atrevía a agarrarla y sacudirla, como desde luego habría hecho si algún miembro de la familia me hubiera ignorado. Le gritaba cada vez más fuerte, pero ella seguía a lo suyo, hasta que casualmente se volvía hacia mí. «Ferdinand», decía entonces, y, en tono preocupado pero sereno, me preguntaba que qué me pasaba, por qué estaba tan alterado, y yo era incapaz de recordar qué le había preguntado o pedido.

Con cinco años contraí una otitis. Oía palpitaciones y ruidos extraños, los oídos me dolían y me supuraban, y pasaban tantos días tapados que los sonidos me llegaban como desde una gran distancia. Mi madre me acompañó al otólogo, que, con unos aparatos espantosos, me introdujo aire por la nariz y agua por los oídos, dos procedimientos horribles por igual, que no dolían pero que me provocaban una sensación terriblemente molesta dentro de la cabeza, y contra los que me resistí entre lágrimas, aunque antes de salir de casa mi madre había guardado una chuchería en mi morral rojo y me había prometido que, si me portaba bien y no me movía, podría comérmela durante el camino de vuelta. Durante un rato volví a oír bien, hasta que los oídos se me llenaron otra vez de pus y los sonidos se fueron apagando de nuevo y se alejaron aún más.

2

De niño, incluso después de superar la otitis media, enfermaba a menudo. Constantemente sufría de bronquitis aguda febril, que me tenía en cama durante varias semanas.

Todavía recuerdo el silencio de mi habitación de enfermo y los sonidos sordos procedentes del resto de la casa y del exterior, retales de melodías del violín de mi hermana o del violoncelo de mi hermano, gritos de niños que jugaban en el jardín, el silbido de un camión en la calle. Recuerdo los juegos de sombras y luces que las ramas de los árboles hacían en el techo, y la luz amarillenta que los faros de los coches al pasar proyectaban en mi habitación oscura. Y recuerdo la soledad que sentía cuando estaba enfermo. Leía mucho y con gusto, y mi madre siempre encontraba algo con que entretenerme, desde aprender la escritura Sütterlin⁴ hasta deshilvanar viejos vestidos para coser prendas nuevas, e insistía en que revisara lo que más tarde estudiaría en el colegio. Pero lo que yo quería eran visitas, compañía y conversación.

No digo que mi madre y mis hermanos no se ocuparan de mí, pero mi madre estaba muy atareada con la casa y, además, como mujer del pastor protestante, colaboraba en varios círculos de mujeres y jóvenes. Mis hermanos, por su parte, tenían el colegio y clases de música y la orquesta y el coro y sus deportes respectivos. Venían, se sentaban un rato junto a mi cama y se marchaban. A veces incluso venía mi padre y, si no me apartaba a tiempo, se me sentaba encima de la pierna con todo su peso. Después de intercambiar unas palabras se perdía en sus pensamientos, sobre todo si era sábado y me visitaba a medio preparar su sermón. Quienes mejor satisfacían mi necesidad de conversación eran las diversas mujeres que entraban y salían de nuestra casa y que siempre estaban encantadas de sentarse a charlar conmigo.

Una de ellas era la asistente, que repetía una y otra vez que cuanto más conocía a los seres humanos más le gustaban los perros, pero que me llevó a la fiesta de consagración de la iglesia, montaba conmigo en el tren de la bruja y en las sillas voladoras y, cuando estaba enfermo, me leía los *Cuentos* de

Grimm, poniendo especial énfasis en las historias más monstruosas y crueles. Otra era la mujer del sacristán, que se encargaba del trabajo de su marido alcohólico y así le salvaba el empleo; nos visitaba a menudo para hablar de cuestiones eclesiásticas y relacionadas con la misa, no tenía hijos y, como yo le había caído en gracia, no perdía ocasión de sermonearme sobre la maldición que era el alcohol. La más misteriosa de todas era la pediatra, a quien llamaban o iban a buscar a menudo para que acudiera a mi cama de enfermo, la única judía a la que yo conocía, y que mantenía con su enfermera, a la que había escondido durante el Tercer Reich, una relación tan íntima como yo no había visto jamás entre dos mujeres. Un amigo de mi padre, un emigrado ruso, solía instalarse también en nuestra casa durante días y semanas, con la ligereza con la que los rusos ofrecen y disfrutan la hospitalidad, junto con su mujer y su hija, una chica mentalmente discapacitada pero bondadosa. La mujer se sentaba junto a mi cama de enfermo y me hablaba de la vida en San Petersburgo, de la revolución y del confuso viaje en el que, por encargo de su padre, unos cosacos la habían llevado de San Petersburgo a Odessa y, desde allí, en barco hasta Francia. A menudo venía también la hermana de la primera mujer de mi padre, que habría estado encantada de apoderarse de la herencia de su hermana fallecida y casarse con mi padre, y que durante sus visitas me martirizaba con sus historias sobre lavativas y ventosas de cristal, para luego aplacarme con su tierno relato de cómo Schumann había puesto música al romance de Heine sobre los soldados de infantería de Napoleón.

3

Si, estando en casa, la señorita Rinke se percataba de que no había nadie haciéndome compañía, se sentaba a zurcir junto a mi cama y me contaba cuentos de Silesia y de Pomerania, leyendas del Rübzahl y anécdotas sobre el viejo Fritz. Como a todos los niños, me encantaba oír las mismas historias una y otra vez.

Muchas de aquellas historias giraban alrededor de Federico II el Grande y su flauta. Yo quería tocarla tan bien como él. El amor que le profesaba a su flauta era para mí un acicate para estudiar de forma regular durante horas, tanto que durante una época mi flauta fue mi mejor amiga. De hecho, el viejo Fritz se había llevado la flauta a una de sus últimas campañas militares, pero sufría de gota en la mano y no había podido tocarla. De regreso a Potsdam lo había intentado de nuevo, con idéntico resultado. Entonces había ordenado que envolvieran la flauta y la guardaran, y se había lamentado en tono afligido: «Acabo de perder a mi mejor amiga.»

Ya de mayor, al ver que leía las aventuras de Robinson y de Gulliver y que viajaba con Sven Hedin a través de los desiertos de Asia y con Roald Amundsen al Polo Sur, la señorita Rinke empezó a hablarme de los viajes y aventuras de Herbert. Eso sí, sin mencionar nunca la guerra contra los herero: Herbert había viajado al África del Sudoeste Alemana empujado por el mismo impulso que más tarde lo llevaría a Argentina, Carelia, Brasil y tantos otros lugares. Me habló de los desiertos, los espejismos y los incendios en la estepa, de la mordedura de serpiente, de los cisnes que se elevaban majestuosos del agua dorada para volver a aterrizar sobre ella, y de las dificultades para avanzar a través de la nieve. Del viaje de Herbert a Spitsbergen y la Tierra del Nordeste no dijo nada. Cuando le pregunté qué había sido de él, respondió que no había regresado de su último viaje.

Contaba la historia de forma sumamente expresiva, y como además lo hacía mirándome fijamente a los ojos, por si yo quería preguntarle o comentar algo, la seguía con gran atención. No se sentaba en la cama, sino que acercaba

un taburete sobre el que se sentaba muy erguida, con las manos sobre el regazo.

Pero la señorita Rinke no se limitaba a contar historias. Si al llegar junto a mi cama veía que yo tenía fiebre, me cubría con una manta extra o me ponía un trapo húmedo y frío en la frente. Se movía con gestos circunspectos, olía a lavanda, tenía las manos cálidas y una presencia de lo más tranquilizadora; me gustaban su proximidad y su tacto, cuando me acercaba una chaqueta que debía acortar o ensanchar para que me la probara, o cuando tenía que coserme un parche de piel en el codo y buscaba el lugar preciso, guiando mis movimientos con una mano en la espalda o en el brazo, y me acariciaba la cabeza antes de dejarme marchar.

En una ocasión, debía de andar yo cursando el primer o segundo año de instituto, mi madre le pidió a la señorita Rinke que se instalara unos días en nuestra casa y me dejó bajo su cuidado. Mis hermanas estaban de viaje con el coro, mi hermano se había ido de colonias a una escuela rural, de las estudiantes de economía doméstica que pasaban medio año haciendo prácticas en nuestra casa justo acababa de marcharse una y la siguiente no había llegado aún, y mi madre iba a acompañar a mi padre a una conferencia en el extranjero. Ella hablaba inglés y francés, él no, y por aquel entonces los intérpretes todavía no eran habituales, de modo que la necesitaba. Además, la unidad de la iglesia, pues ese era el tema de la conferencia, le importaba tanto a mi madre como a mi padre.

Fueron unos días de silencio. Si tenía tiempo, mi madre solía tocar el piano, por la mañana algún himno y durante el día sonatas de Mozart y Beethoven y estudios de Chopin; mis hermanas practicaban regularmente con sus instrumentos, y todos tocábamos música de cámara y cantábamos juntos. Tras un largo periodo de vacilación, mis padres habían terminado por capitular ante el espíritu de los tiempos y habían comprado una radio, se habían abonado a un boletín radiofónico y de vez en cuando incorporaban algún concierto al programa de tarde familiar. Pero durante los días que pasé con la señorita Rinke no hubo nada de eso. Cuando tocaba la flauta, su sonido me resultaba demasiado estridente y desagradable y pronto renuncié a ello. Encender la radio sabiendo que la señorita Rinke no la oía y no podía disfrutarla me parecía una grosería. Así pues, nos dedicamos a hablar, si bien nuestra conversación no era el alegre toma y daca que solía darse en nuestra mesa, sino un intercambio concentrado de información. A menudo comíamos en silencio.

Y, sin embargo, no había día en que no notara el afecto de la señorita Rinke. Cuando volvía del colegio a casa, me había preparado la comida: albóndigas con salsa de alcaparras, rollos de col, huevos con mostaza o un suflé de pasta. ¿Cómo podía saber todo lo que me gustaba? Mi madre, que estaba en contra de malcriar a los hijos, nunca la habría animado a cocinarme mis platos preferidos. A lo largo de los años, la señorita Rinke, que durante las comidas compartía mesa con la familia, debía de haberse fijado en qué platos me gustaban más.

Por las noches nos sentábamos en el sofá y ella me contaba historias. Yo me volvía hacia ella, y de vez en cuando la señorita Rinke me pasaba un brazo por los hombros y me acercaba a ella, y yo sentía su cercanía, cálida y dulce.

Había empezado a hablarme de Herbert porque yo leía historias de viajes y aventuras y Herbert había viajado y había vivido aventuras. Más tarde me hablaba de Herbert porque yo tenía la misma edad que él, Viktoria y ella cuando se habían convertido en compañeros de juegos. Me habló de la vida en la finca y en el pueblo, de la escuela y de las clases de instrucción de catecúmenos, del perro de Herbert y de su pasión por correr, de los juegos compartidos, los paseos y las salidas en barca. Me habló de cómo el organista le dejaba tocar el órgano y de cómo el maestro había accedido a prestarle libros porque ella no lo dejaba en paz.

A medida que me fui haciendo mayor empezaron los conflictos con mis padres, y en particular con mi madre. Yo leía los libros equivocados y veía las películas equivocadas, mis amigos llevaban pantalones con remaches, fumaban y bebían alcohol, y yo quería salir con ellos y pasar el día ganduleando en la piscina o en la pista de hielo, no quería volver a misa los domingos y el colegio me iba cada vez peor. Yo les decía que tenían que entender que quisiera experimentar la vida y ellos respondían que era un desconsiderado y un irresponsable. No es que fueran particularmente estrictos, pero eran los años cincuenta y para ellos una película de Brigitte Bardot era sinónimo de vicio, una obra de Bertold Brecht sinónimo de comunismo y los pantalones con remaches eran no solo innecesarios, pues yo tenía pantalones perfectamente normales, sino propios de gamberros. Pronto empecé a desconfiar de las políticas de Adenauer, a quien mis padres habían votado unas elecciones tras otras, pero cada vez que quería hablar de ello mi padre se lo tomaba como un ataque contra el mundo que había ayudado a construir para ahuyentar los horrores del nacionalsocialismo. Mi madre intentaba reconciliarnos: él hablaba con buena intención y la mía tampoco era mala. Pero no nos reconciliábamos y nuestras discusiones terminaron por enquistarse. Mis hermanos mayores habían sido más listos y se habían ido distanciando en lugar de rebelarse.

A veces, en esas situaciones, puede resultar útil contar con abuelos que,

más serenos que los padres y libres de cualquier deber o responsabilidad educativa, saben por experiencia que no vale la pena enfadarse ni enzarzarse en conflictos. Mis abuelos vivían lejos, pero si la señorita Rinke estaba en casa siempre se mostraba dispuesta a aparcar un rato la costura y a escuchar con atención. Con lo del tabaco, el alcohol y los pantalones con remaches, se limitaba a menear la cabeza, sonriendo. En cambio, aunque seguramente mis ideas políticas le parecían también poco maduras, las escuchaba con suma seriedad, no solo porque ella votara a Ollenhauer en lugar de a Adenauer y siguiera afiliada al sindicato aun estando jubilada, sino porque, lejos de parecerle tan estable y compartimentado como a mi padre, para ella el mundo de los años cincuenta estaba lleno de incertezas. Además, los poemas de Brecht le gustaban casi tanto como los de Heine.

En cambio, no aceptaba que sacara malas notas en el colegio, y el hecho de que tolerara todo lo demás con suma comprensión o encogiéndose de hombros me impedía ignorar su disgusto en ese aspecto. Me contó que de joven habría querido estudiar en la escuela para chicas, pero que no había podido y había tenido que aprender por su cuenta. Estudiar era un privilegio. Y no aprender cuando uno podía era una estupidez y una impertinencia de niño mimado. No, las malas notas no se podían tolerar de ningún modo.

5

Cuando empecé a interesarme por las chicas mi madre también se mostró preocupada. Por el amor de Dios, no podía cometer el error de enamorarme y atarme demasiado pronto. Al ver las cosas que leía, comprendió que dormía en las camas de incontables mujeres con Felix Krull, que seducía a Madame de Rênal y Mathilde de la Mole con Julien Sorel y que junto al príncipe Nejlíúdv convertía a la joven campesina Katiusha en prostituta, y se llevó otra decepción.

A la señorita Rinke, en cambio, le gustaba que le contara qué chica me gustaba y por qué y qué hacía yo para gustarle a ella. Entonces me hablaba de cómo ella y Herbert se habían cortejado y se habían terminado encontrando. El cortejo requería tiempo. Para que dos personas pudieran acostarse no era necesario que estuvieran casadas, pero sí que se hubieran seducido y explorado mutuamente.

Me fijé en la señorita Rinke e intenté imaginarla cuando tenía la edad de Emilie, la chica de la que estaba enamorado. Me había contado que no se maquillaba, lo mismo que Emilie, que tampoco se maquillaba nunca. Se vestía con ropa sencilla, como Emilie. Tenía una figura más firme que la de Emilie, el rostro más plano, el cabello más claro... Ese era todo el vínculo que fui capaz de encontrar entre ambas, pero seguía sin formarme una imagen clara de Olga. La fotografía en la que aparecen ella, Herbert y Viktoria el día de la confirmación no la vi hasta más tarde.

Me gustaba que Olga y Herbert hubieran pasado tiempo rondándose. Emilie era una muchacha reservada y tuve que insistir mucho antes de que me dejara siquiera invitarla al cine. Al cabo de un año me dio el primer beso en la mejilla, rápido y discreto, antes de montar en el tranvía. Cuando volvimos a vernos, al salir del cine, la cogí por la cintura y ella apoyó la cabeza en mi hombro y estuvimos besándonos en la parada hasta que llegó el tranvía. Seguimos yendo al cine, a algún concierto y al teatro, pero lo más importante eran los besuqueos de después, en el patio vacío y oscuro de la escuela, en el

parque junto a la iglesia o a orillas del río. Nos besábamos hasta que nos dolía la lengua.

Mantuvimos nuestro amor en secreto ante nuestras familias, amigos y amigas: queríamos que fuera nuestro y de nadie más. Pero entonces Olga me habló de la celebración de Navidad a la que Herbert no la había invitado y de cómo ella había terminado renunciando a asistir, y de repente el secretismo que Emilie y yo nos traíamos entre manos me pareció una traición. Heidi Brühl cantaba: «*Wir wollen niemals auseinander geh'n, wir wollen immer zueinander steh'n*»,⁵ y yo la cantaba también, en voz baja, mientras regresaba a casa después de haber pasado la noche con Emilie. Presenté a Emilie a mi familia, ante la renuencia de mis padres y la curiosidad de mis hermanos, y también a mis amigos y a la señorita Rinke. Cuando dos años más tarde Emilie me dejó por un estudiante, encontré consuelo en todos ellos: era una buena chica, pero... Cada uno tenía sus motivos acerca de por qué no era la persona adecuada para mí. La señorita Rinke fue la única que no adujo razones, limitándose a decir que la vida era una cadena de pérdidas y que debía aprender cuanto antes a aceptarlo.

6

Durante el último año de instituto, si pasaba una tarde en casa y la señorita Rinke estaba también ahí cosiendo, preparaba café para los dos y me sentaba a su lado. Ella me hablaba del seminario para maestras, de su primera plaza en Pomerania y de la siguiente, en un pueblo junto al Memel, de la diferencia en el trato que se les dispensaba a las maestras durante la época del káiser y durante la república y de su participación en la unión de maestras. También me hablaba de los viajes de Herbert y de los días y semanas que habían pasado juntos.

—Éramos más pacientes que vosotros. En aquella época muchas parejas pasaban meses, incluso años, separadas, y solo se veían durante breves periodos. Tuvimos que aprender a esperar. Hoy todos vais en coche y en avión y habláis por teléfono y pensáis que el otro está siempre disponible. Pero, en el amor, el otro nunca está disponible.

A pesar de la resignación con la que la señorita Rinke rememoraba las ausencias de Herbert, el anhelo que la inmensidad interminable provocaba en él seguía contrariándola. Si pensaba en Herbert de joven, aquel anhelo le parecía conmovedor; pero cuando lo imaginaba convertido ya en un hombre, le resultaba absurdo.

—El desierto... Quería excavar fuentes y construir fábricas en el desierto de arena, y explorar un pasaje y conquistar el Polo en el desierto de hielo, pero era demasiado ambicioso, y además era todo hablar por hablar. No quería hacer nada en el desierto, más allá de perderse. Quería perderse en la distancia. Pero la distancia no es nada. Quería perderse en la nada.

—¿Le preguntó usted por qué...?

—Ay, hijo —me espetó, pues así era como me llamaba—, no hablábamos de asuntos espinosos. Cuando estábamos juntos, cuando finalmente podíamos estar juntos, a él lo consumía la inquietud. La inquietud, omnipresente, lo poseía por completo. Yo solo podía tratar de seguirle el ritmo, y, cuando quería decirle algo, hablaba siempre atropelladamente, casi sin respirar —

explicó, meneando la cabeza.

Para entonces ya no se callaba que Herbert había perdido la vida durante una expedición ártica tan mal planificada como ejecutada. Tampoco pasaba por alto la guerra contra los herero, y hablaba tanto de la primera guerra mundial, en la que Herbert habría buscado la muerte de no haberla encontrado ya en el hielo, como de la segunda. Según ella, la perdición había empezado con Bismarck: este había puesto Alemania a lomos de un caballo demasiado grande, que de todos modos no podía montar, y desde entonces a los alemanes los podía una ambición exagerada. Aunque Bismarck no había mostrado ningún interés por las colonias, la señorita Rinke lo responsabilizaba de los sueños coloniales que se le habían metido en la cabeza a Herbert, de sus patrañas árticas, de las fantasías de Eik sobre el *Lebensraum* y de las dos guerras mundiales. Incluso la reconstrucción y el milagro económico le parecían una exageración.

En clase de historia no nos habían explicado así la fundación del imperio alemán, y tampoco había oído nunca que en Alemania todo terminara adquiriendo dimensiones exageradas. En cuanto a aquello de que Herbert se había querido perder en la nada, tampoco sabía qué pensar. Conocía la sensación de que no hay nada que ambicionar, nada por lo que trabajar y en lo que creer, nada verdaderamente digno de ser amado. Aquella sensación convertida en filosofía era lo que yo imaginaba cuando hablaban de nihilismo. Pero el anhelo que Herbert sentía por la nada tenía que ser otra cosa.

En los últimos años, la señorita Rinke todavía venía a nuestra casa y cosía alguna prenda de vez en cuando, pero pasaba largos ratos sentada a la máquina de coser, sin trabajar. Arreglaba un dobladillo, pero al llegar al final de la tela no se detenía y terminaba con un embrollo de hilo que la dejaba triste y perpleja. Enhebraba una aguja, se reclinaba en la silla, apoyaba las manos en el regazo y miraba la calle a través de los cristales de la ventana, donde no había nada que ver, o se adormilaba con la cabeza sobre el pecho, hasta que le daba tortícolis y se despertaba. «Necesitan otra costurera», decía entonces.

Pero los arreglos eran ya cosa del pasado. Ya no había pantalones, chaquetas y camisas que le quedaran pequeñas a mi hermano y que yo pudiera aprovechar tras unas pequeñas alteraciones. La tacaña de mi madre encontró una tienda de segunda mano donde vendían ropa adecuada para mí, de modo que ya no necesitaba a la señorita Rinke. Además, mis hermanos pronto iban a marcharse de casa y yo hice lo propio al finalizar el bachillerato.

Al ver que la señorita Rinke se cansaba tanto cosiendo, pensamos que era normal, que estaba mayor y por eso se cansaba. Pero dejar de trabajar de costurera la revitalizó, como si fuera una liberación. Ya solo vivía para sí misma.

Tras años y años viviendo de alquiler, le concedieron un piso de propiedad en la cuarta planta de un edificio construido por una cooperativa de viviendas: dos habitaciones pequeñas, cocina, un baño y un balcón. Junto a su edificio empezaba la estación de mercancías, y ella se deleitaba en la vista de las vías y de la vieja estación de maniobras, con su depósito de aguas de otra época. En verano se sentaba en el balcón, donde hizo brotar un pequeño jardín en un tiesto alargado.

Finalmente, podía leer todo lo que siempre había querido leer: textos clásicos y modernos, novelas y poemas, libros sobre la historia de las mujeres, de los ciegos, de los mudos y los sordos, del imperio alemán y de la república de Weimar, partituras de música que había tocado al órgano y

también toda la música que tanto le habría gustado tocar más tarde. Iba al cine a ver películas, en las que se hablaba poco pero sucedían muchas cosas, películas de baile, de aventuras, del Oeste... Seguía votando a los socialdemócratas, el 1 de mayo acudía a las manifestaciones de los sindicatos y los domingos iba a la iglesia.

Cada tantas semanas, y también los domingos, mi madre la invitaba a comer y entonces yo iba a buscarla y luego la llevaba de vuelta a su casa. Un tío se había cambiado de coche y me había regalado su viejo Opel, que el vendedor no había querido aceptar en pago. Otras veces pasaba a recogerla y hacíamos algo juntos: íbamos al cine, visitábamos una exposición o algún monumento o comíamos en un restaurante. Mis abuelos, en cuya casa, siendo niño, había pasado las mejores vacaciones de mi vida y a quienes había querido mucho y solía visitar a menudo, habían muerto. Quedaba un rinconcito libre en mi vida.

A ella le gustaba mucho que la acompañara a diversos museos de ciudades vecinas, donde siempre insistía en ver las mismas obras. Se trataba de cuadros de cuando era joven y por sí sola había descubierto el arte: de Anselm Feuerbach y Arnold Böcklin, pasando por los impresionistas, hasta llegar a los expresionistas. Una de sus obras preferidas era *La ejecución del emperador Maximiliano*, de Édouard Manet.

—¿Por qué le gusta tanto este cuadro?

—El káiser, aunque frívolo y grotesco, goza de nuestra compasión, el pintor quiere criticar la aventura política de Napoleón pero solo consigue glorificarla, la obra es tan grande que cabemos en ella.

A veces, durante nuestros callejeos, nos topábamos inesperadamente con su pasado. Delante del escaparate de una tienda de artículos de papelería se acordó de su estilográfica Soennecken. «Me la robaron durante la huida, junto con el reloj y el anillo; no los rusos, sino los alemanes. Pero tuve suerte, a otras mujeres les robaron mucho más que eso.» Otro día, caminando por el mercado, vimos a un hombre que paseaba a un perro. Ella se quedó helada, incapaz de dejar de mirar al animal, un border collie negro con el cuello blanco y los ojos azules. «Es igualito al perro de Herbert.» Le ofreció la mano y el perro se la lamió y dejó que lo acariciara. En otra ocasión, al salir del cine, volvimos a casa bajo una luna llena particularmente grande que la hizo pensar en la escuela. «Solía cantar “Ya descansan todos los bosques” con los alumnos, aunque “Ha salido la luna”⁶ es más bonita. La canción me servía para enseñarles muchas cosas.»

Un día, tras una excursión a Ludwigshöhe, estábamos sentados en la terraza de un café cuando, de repente, dejó de hablar y se quedó mirando fijamente a una mujer y un hombre mayores que había un par de mesas más allá: ella era regordeta y con el pelo blanco, él, calvo y delgado, ambos iban bien vestidos. La señorita Rinke se levantó, dio dos, tres pasos hacia ellos y se detuvo. Se quedó muy erguida, como siempre, pero finalmente sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Me levanté enseguida, pero ella me hizo un gesto con la mano: solo quería marcharse de allí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en cuanto llegamos al coche, pero ella no me contestó hasta que aparqué delante de su casa.

—Esa mujer era Viktoria... La boca torcida, la mirada altanera...

A continuación me contó cómo en su día Viktoria había intentado separarlos a ella y a Herbert.

—¿Y cómo le fue después de eso?

—Ya la has visto. Ha sobrevivido a todo: las dos guerras, las bombas, la inflación... Es de esas que salen siempre airoosas.

8

A veces cogíamos el coche y nos íbamos a caminar por Odenwald o Hardtwald. La señorita Rinke tenía sus mapas y era la que decidía dónde dejábamos el coche y qué caminos cogíamos.

Para mí las caminatas habían sido siempre la oportunidad ideal para conversar. De niños, mi padre solía llevarnos a caminar dos domingos al año para preguntarnos qué hacíamos, qué estudiábamos, qué leíamos y qué pensábamos. Mi madre, para quien solo existían las cosas que eran objeto de alguna conversación y que con su monosilábico marido no tenía ocasión de hablar tanto como habría querido, aprovechaba cada vez que alguno de sus hijos la acompañábamos a comprar, a alguna visita o a la iglesia para charlar con nosotros. Pero las conversaciones durante las caminatas también tenían como protagonistas a amigos y amigas. La señorita Rinke y yo no podíamos hablar mientras caminábamos. Para entender lo que yo le decía, tenía que tenerme enfrente, mirarme a la cara y leerme los labios.

Así pues, avanzábamos en silencio, aunque a veces ella canturreaba a media voz. Me llevó un tiempo acostumbrarme, pero entonces descubrí que me gustaba. ¡La de cosas que se podían ver y oír sin la distracción que suponía conversar! La hierba y las flores, las hojas de los árboles, algunas verdes y otras rojas, los escarabajos, el canto de los pájaros, el viento entre las ramas... El olor de la madera resinosa y recién cortada y el de los troncos mohosos, caídos hacía tiempo; a finales de verano, el olor a setas y en otoño el de hojas descompuestas. También había muchas cosas en las que pensar, ya que, a pesar de todo, la señorita Rinke y yo conversábamos a nuestra manera. Nos sentábamos en los bancos, no para descansar ni para hacer un pícnic, sino porque queríamos decirnos algo, y a veces no nos saltábamos ni uno. La señorita Rinke se sentaba de costado, más o menos como solían montar a caballo las señoras de antaño, yo a horcajadas frente a ella, y retomábamos nuestra conversación en el punto en el que la habíamos dejado en el banco anterior.

Cuando estaba cansada y no le apetecía andar, subíamos en coche al Königstuhl, la montaña que señorea la ciudad, llena de caminos llanos y espléndidas vistas al oeste. Desde allí veíamos las ciudades vecinas a ambos lados del Rin, las chimeneas humeantes y las torres refrigerantes de la fábrica de sosa y anilina de Baden, hasta las montañas del lado opuesto del llano. En aquella época, la llanura todavía contaba con numerosos frutales que en primavera teñían el paisaje de blanco y rosa. En otoño, el colorido de las hojas era un verdadero espectáculo y en invierno quedaba todo blanco. Una tarde, la niebla lo envolvió todo, las ciudades y la fábrica, y cubrió la llanura entera, desde la montaña donde nos encontrábamos hasta las montañas más lejanas, tras las cuales se ponía el sol rojizo, tiñendo lentamente de rojo las nubes. Hacía frío, estaríamos a finales de otoño o a principios de invierno, y nos helábamos, pero no pudimos separarnos de aquella imagen hasta que se extinguió.

En cambio, nunca estaba demasiado cansada para ir a pasear por los cementerios de la ciudad. Había aproximadamente una docena y la señorita Rinke los conocía todos, aunque algunos le gustaban más que otros: el cementerio de la montaña, el cementerio militar, el cementerio judío y el cementerio campesino, que se extendía ante las puertas de la localidad. Del cementerio de la montaña, el más grande de la ciudad, le gustaba la diversidad de los caminos, monumentos fúnebres y mausoleos; del cementerio militar, el terreno, que primero ascendía y luego descendía, de tal modo que parecía dirigirse hacia el cielo a través del campo cubierto de cruces de hierro; del cementerio judío, la sombra bajo los árboles antiguos, altísimos, y del cementerio campesino, las amapolas y los acianos que crecían en los márgenes de los campos vecinos. Las flores del cementerio de la montaña también le gustaban mucho, pero todavía le gustaba más la nieve que en invierno cubría los caminos y las tumbas y que se posaba sobre la cabeza, los hombros y las alas de las estatuas de ángeles y mujeres.

Allí no hablábamos demasiado, o mucho menos, en cualquier caso, que en nuestras caminatas por otros entornos. Ocasionalmente la señorita Rinke se detenía, comentaba algo acerca de una lápida, un nombre, una planta, me miraba y yo le contestaba. Pero por lo general solo se oían nuestros pasos, los pájaros y de vez en cuando el tintineo de alguna herramienta de jardín, el zumbar de la máquina que utilizaban para trasplantar las tumbas o las palabras discretas y los cantos de algún grupo de dolientes.

Yo creía saber por qué a la señorita Rinke le gustaban los cementerios. A lo largo de su vida había perdido a tantas personas cuyas tumbas le resultaban inaccesibles o desconocidas que paseando por entre tumbas de extraños tenía ocasión de hablar con sus muertos, con Herbert, con Eik, con su vecina de la región del Memel, con su abuela y con sus padres, de quienes apenas hablaba, pero que aún recordaba. Y no me costaba nada entenderla: a mí también me gustaba visitar la tumba de mis abuelos para recordarles todo lo que les debía y decirles que los echaba de menos. Pero cuando le conté todo esto a la

señorita Rinke, resultó que para ella los cementerios eran otra cosa.

Resultó que no conversaba con sus muertos entre las tumbas de los extraños. Si le gustaban los cementerios era porque allí todos eran iguales, los poderosos y los débiles, los pobres y los ricos, los queridos y los desatendidos, los que habían triunfado y los que habían fracasado. Y eso no lo cambiaban ni los mausoleos ni las estatuas de ángeles ni las lápidas suntuosas. Todos estaban muertos y nadie podía ni quería ser más grande de lo que era: allí las ambiciones exageradas ya no existían.

—Pero el cementerio militar...

—Sí, ya sé qué me quieres decir. Es demasiado grande y distinguido, y además todos deberían descansar juntos: soldados, judíos, campesinos y todos los demás que descansan en el cementerio de la montaña.

Deberían descansar juntos y recordarnos que éramos todos iguales, lo mismo en la muerte que en la vida. Si, en lugar de ser una fuerza cruelmente igualadora tras una vida de diferencias, preferencias y privilegios, la muerte se convertía simplemente en una continuación de la vida en la que todos éramos iguales dejaba de dar miedo.

Cuando le pregunté si las almas que hubieran vivido así migrarían a una nueva vida a través de la muerte, se encogió de hombros. Muchos decían que la idea de la transmigración de las almas hacía que los hombres le perdieran el miedo a la muerte, pero la muerte no daba ningún miedo si uno había abrazado ya la realidad de la igualdad entre los seres humanos.

Me contó todo eso mientras estábamos sentados en un banco, bajo los altísimos robles del cementerio campesino. Entonces soltó una carcajada.

—Hablando de igualdad... Tendrías que tutearme, como yo te tuteo a ti, y llamarme Olga.

10

Pero, más que las actividades en sí, lo que realmente le importaba era la conversación. Salir a pasear o ir a ver una exposición o al cine eran cosas que podía hacer sola. Intercambiar pareceres, en cambio, era algo que solo podía hacer hablando con nosotros, con mi madre, con mis hermanos y, sobre todo, conmigo.

Nuestras conversaciones nunca se producían al mismo tiempo que hacíamos otra cosa. Como durante las excursiones, siempre que íbamos a alguna parte solíamos caminar en silencio. Después de ver una película, no nos poníamos a hablar hasta después de salir del cine, caminar un rato, encontrar algún local y sentarnos frente a frente. En casa de Olga las cosas también eran distintas que en nuestra casa o en la de mis amigos. Si cocinar, poner el mantel y la mesa, recoger y fregar los platos era habitualmente motivo de ruidosas y animadas conversaciones, en casa de Olga todo eso sucedía en silencio. Olga habría podido hablar, pero no le gustaba hacerlo sin poder ver a la persona con la que hablaba, sus reacciones y objeciones. Cualquier cosa que tuviéramos que decirnos debía esperar a que estuviéramos de nuevo sentados a la mesa, frente a frente.

Lo que más le apetecía era hablar de política y sociedad. Leía el periódico a diario y era una lectora atenta y crítica.

Seguía devotamente todo lo que se publicaba acerca del África del Sudoeste Alemana. No era mucho, hasta que surgió la tesis de que los alemanes habían cometido un genocidio contra los herero. Ya fuera porque no quería que mancillaran el recuerdo de Herbert o porque había investigado por su parte, reaccionó con vehemencia. «¿Genocidio? ¿No basta con que los alemanes libran una espantosa guerra colonial, como todos los demás? — Levantó las manos—. No, tiene que ser algo más gordo, ¡el primer genocidio!»

Poco a poco la política de apertura hacia el Bloque del Este fue tomando cuerpo y Olga se mostró favorable. Al mismo tiempo, sin embargo, no podía olvidar que la tierra donde había crecido, donde había aprendido y enseñado,

donde había amado a Herbert y se había ocupado de Eik, estaba perdida. No se ha perdido, le respondía yo, siempre cabrá la posibilidad de regresar y tal vez vivir allí un día. Pero ella negaba con la cabeza, en silencio.

Siguió las protestas estudiantiles primero con simpatía, aunque esta pronto se tornó en sarcasmo. Le gustaba que alguien pusiera a prueba las tradiciones, confrontara los grandes conceptos, como *educación, libertad o justicia*, con la realidad social, desenmascarara a viejos nazis y advirtiera a la población acerca del derribo de edificios o el aumento de las tarifas de transporte. Pero que, además, los estudiantes pretendiéramos cambiar al ser humano y crear una sociedad nueva, liberar al tercer mundo y poner fin a la guerra de Estados Unidos en Vietnam ya le parecía pasarse.

—No sois mejores —nos reprochaba—, pero en lugar de solucionar vuestros problemas pretendéis salvar el mundo. También a vosotros os puede una ambición exagerada, ¿no te das cuenta?

No, no me daba cuenta, y le replicaba:

—¿Exagerada? Tal vez la tarea en su conjunto lo sea, ¡pero no el primer paso! El colonialismo y el imperialismo son horribles, injustos e inmorales.

—Os preocupa la moral, ya lo veo —respondía ella, con una mirada colérica—. Quien moraliza quiere grandeza y, al mismo tiempo, comodidad. Pero nadie es tan grande como la moral que va preconizando, y ser un ser moral nunca ha sido fácil.

Esa ambición exagerada, aseguraba Olga, era lo que les había costado la vida a Herbert y a Eik, algo de lo que culpaba a Bismarck y que ahora también tentaba a mi generación. Yo protestaba y le reprochaba que se dedicara a dar pábulo a minucias, a ideas fútiles y provincianas, en lugar de distinguir entre ideas verdaderas y falaces, buenas y malas. Pero nunca logré convencerla.

11

Desde que la tuteaba me atrevía también a hacerle preguntas más directas y personales. Las historias de su infancia habían acompañado la mía, y a medida que yo me hacía mayor había empezado a contarme también cosas sobre el resto de su vida. Pero a menudo se trataba tan solo de hechos superficiales, si quería detalles acerca de la vida interior de Olga tenía que preguntar.

Quería saber más cosas acerca de su amor por Herbert. Quería saber cómo casaba eso de que lo amara y, al mismo tiempo, rechazara sus fantasías, y descubrí que el amor no es la suma de las cualidades positivas y negativas del otro.

—Pero ¿no importa que el otro congenie con uno?

—Ay, niño, lo que hace que dos personas congenien no son sus cualidades, sino el amor.

A continuación quise saber cuánto tiempo duraba el amor, cuánto tiempo podía sobreponerse a la muerte y de qué se alimentaba su pena por Herbert pasados cincuenta años.

—No siento pena por Herbert, sino que vivo con él. A lo mejor se debe a que desde que perdí el oído no he conocido a muchas personas. Todas las que hasta entonces había sentido próximas siguieron a mi lado: mi abuela, Eik, mi amiga del pueblo vecino, un colega, algunos alumnos y alumnas... Y me vienen a la mente otras: el inspector de Educación, las muchachas del seminario, los padres de Herbert, el cura que me dejaba tocar el órgano de la iglesia. Pero con estos no hablo. Tras la muerte de Herbert, durante mucho tiempo, tampoco quise saber nada de él. Pero al ver que, a pesar de no hacerle caso, seguía llamando a mi puerta, le volví a abrir.

Entonces le pregunté por qué tras la muerte de Herbert no había tomado a otro hombre.

—¿Tomado? Como si los hombres fueran manzanas que cuelgan de un árbol. Y como si los hombres buenos abundaran tanto como las manzanas buenas. ¿A quién iba a encontrar, en mi pueblo? Habría podido ir a Tilsit,

apuntarme al coro o participar en el comité que organizaba las festividades de Ännchen von Tharau con la esperanza de encontrar a alguien. Pero muchos no habían regresado de la guerra y los pocos que sí lo habían hecho estaban rodeados de un cortejo de mujeres. Si me hubiera caído una manzana en el regazo... —Se rió, y entonces asintió en silencio—. Así es la vida, hijo. Nunca le sacarás todo el partido a lo que te ha tocado si no lo aceptas.

12

Pasados unos semestres, me mudé de ciudad y me cambié de universidad. También cambié de carrera: después de estudiar Teología y Medicina, me decidí por Filosofía.

A mis padres les preocupaba la falta de perspectivas profesionales, pero me apoyaron de todos modos. Sin embargo, con cuatro hijos su ayuda tampoco daba para mucho, de modo que encontré trabajo como camarero en un bar del barrio donde vivía. Me gustaban los clientes, que agasajaban a los estudiantes que les servían con afable admiración y generosas propinas, y me fascinaba mi capacidad de mantener cada vez más platos y vasos en equilibrio. A veces alguien intentaba largarse sin pagar, estallaba alguna pelea o nos visitaba la policía. Lo más excitante que presencié como camarero fue cómo un hombre se abalanzaba, cuchillo en mano, contra el amante de su mujer. Corrió la sangre y el bar tuvo que cerrar un día entero. Unas semanas más tarde, agresor y agredido estaban sentados ante sendas cervezas: la mujer no había querido saber nada más de ninguno de los dos. Trabajaba allí tres noches a la semana, y con eso, la carrera y la orquesta no me quedaba tiempo para mucho más.

Además de para su cumpleaños, visitaba a Olga cada dos o tres meses. El viaje en tren entre la ciudad donde estudiaba y mi ciudad natal era largo, y una vez allí eran muchas las personas que requerían mi tiempo: padres, viejos amigos y amigas, los del cuarteto donde había tocado la flauta durante años... Aun así, siempre procuraba que Olga y yo dispusiéramos de una tarde entera para nosotros. A veces salíamos a hacer algo juntos. Olga seguía conservando toda su energía y curiosidad. Otras veces pasábamos la tarde en su casa y al caer la noche la llevaba a un restaurante. En invierno nos instalábamos en la salacomedor, en la esquina del sofá, bajo una acuarela con unos pinos, un cañaveral y el mar que había encontrado en un mercadillo y que le recordaba Pomerania. En verano nos sentábamos en el balcón, donde cabían dos sillas justas. En la estación de mercancías traqueteaban los vagones de tren y silbaban las locomotoras, el jardín oloroso atraía a las abejas. A mí me parecía idílico, pero en mi última visita Olga mostró su descontento con la

vista: habían derribado el depósito de aguas.

Siempre que me despedía me daba algo para el camino, una torta marmolada cubierta de chocolate que había hecho ella misma, mermelada de elaboración propia o trozos de manzana que había deshidratado en casa. Aquel gesto siempre me conmovía, pero cada despedida se me hacía más difícil. A pesar de su energía y vitalidad, Olga rondaba ya los noventa años; cualquier día podía caerse o podían fallarle el corazón o el cerebro. Cada despedida podía ser la última. No nos abrazábamos ni al reencontrarnos ni al despedirnos: esa no era nuestra costumbre. Ella me pasaba la mano por el pelo, tal como solía hacer cuando yo era niño. Y así seguía llamándome: niño.

13

Un lunes de primavera me llamó mi madre. Olga estaba en el hospital, a punto de morir, tenía que ir enseguida. Mi madre mencionó una explosión y heridas graves, pero dijo que en aquel momento no podía entretenerse con detalles y que me comprara el periódico en la estación.

Era el titular de primera página. La noche del sábado al domingo había habido un atentado con bomba en un parque de mi ciudad. La explosión no había causado daños en el objetivo, un monumento dedicado a Bismarck, pero había herido de gravedad a una transeúnte, que, probablemente sin saberlo, había interferido en la colocación del artefacto y había desencadenado su precipitada explosión. Tras sendos ataques contra el monumento a las víctimas de la guerra en Hamburgo y el monumento al káiser Guillermo II en Ems, se trataba del tercer atentado de las mismas características. En cambio, era la primera vez en que alguien resultaba herido. El editorial afirmaba que los estudiantes habían tomado la vía de la radicalidad y el terrorismo: cuando se perdía el respeto por el ser humano y por la vida había que estar preparado para lo peor, y la única forma de responder era con toda la severidad y la fuerza del Estado de Derecho.

Mi primer pensamiento fue para Olga y Bismarck. Precisamente Bismarck, al que Olga responsabilizaba de tantas cosas, iba a ser ahora responsable también de su muerte. Había algo cómico, irónico, absurdo en aquel asunto, y me pregunté si, de haber podido, Olga se habría reído. Entonces me pregunté qué haría en la calle a esas horas de la noche. Me pregunté si su sordera le habría impedido oír y evitar a los autores del atentado. Me pregunté qué tipo de heridas tendría, si sentiría dolor, si le estarían dando morfina y si íbamos a poder hablar. Solo entonces recordé lo que mi madre había dicho por teléfono: Olga iba a morir.

El tren atravesaba un paisaje primaveral bajo el cielo azul: bosques verdes, frutales con flores rosadas, el entorno perfecto para salir de paseo o de excursión. Olga deseaba que llegara la primavera. Tenía pensado ir a

visitarla tres semanas más tarde.

Sabía que Olga no temía a la muerte. Y sabía también que, de todos modos, tarde o temprano iba a perderla. Estaba ya muy mayor. Pero la comprensión, la curiosidad y la paciencia con la que me trataba, el amor con el que me agasajaba, sin necesitarme ni exigirme nunca nada, era algo que conocía acaso de mis abuelos, pero que no había experimentado con nadie más, ni con mis padres, ni con mis amigos, ni con mis amantes. Acababa de perder algo que no iba a encontrar nunca más. Acababa de perder también las conversaciones con ella, su rostro y su figura, sus manos cálidas y su olor a lavanda. Tras su muerte ya nunca viajaría del mismo modo a mi ciudad natal, mis llegadas ya nunca serían iguales.

Mi madre me recogió en la estación y me llevó directamente al hospital. Me preparó para lo que me esperaba: la explosión le había desgarrado el costado y el vientre y le había provocado tales daños en los órganos vitales que ya solo cabía mitigar el dolor y esperar la muerte. Se encontraba bajo los efectos de la morfina, estaba dormida y aletargada, muy de vez en cuando respondía a lo que le decían, sabía que iba a morir pronto y parecía tranquila. Esperaba ansiosa mi visita, pero seguramente la encontraría dormida y debía prepararme para la posibilidad de que ya no despertara.

Una enfermera me acompañó hasta la cama de Olga. Estaba en una habitación individual, el sol brillaba en el ventanal, a través del cual se veía un aparcamiento, un pequeño prado y una alameda. Le habían puesto un gotero y, tras asegurarse de que el líquido transparente pasaba regularmente a las venas de Olga, la enfermera se marchó.

Olga estaba dormida. Junto a la mesita de noche, sobre la que había un gran ramo de flores y una tarjeta en la que el alcalde le expresaba su consternación y su solidaridad y le deseaba una pronta recuperación, había una silla. La acerqué a la cama, me senté, tomé la mano de Olga y la miré.

Tenía algunos arañazos en la cara; producían un efecto extraño, pues se los habían pintado con mercromina, pero no parecían graves. Tenía la piel seca y macilenta, roncaba con la boca abierta y le temblaban las aletas de la nariz. Parecía alguien que hubiera pasado la noche en blanco o que estuviera extenuado tras un gran esfuerzo, pero desde luego no que acabara de sufrir un atentado criminal. Como si le hubieran bastado apenas un día al sol, una buena comida y un sueño reparador para volver a estar como nueva.

Sopesé su mano, tan ligera. Me fijé en las manchas de vejez, las venas marcadas, los dedos delgados y los nudillos huesudos, las uñas cortas y cuidadas. Era la mano derecha, con la que solía acariciarme el pelo. Se la cubrí con mi otra mano, como si así pudiera protegerla.

Entonces abrió los ojos. Su mirada vagó durante un instante, pero entonces encontró la mía y el rostro se le iluminó con tanto amor, tanta felicidad, que me puse a llorar. No podía comprender que aquella expresión reluciente se debiera a mi presencia, que me quisiera tanto y que se alegrara tanto de verme, que alguien pudiera quererme así, de hecho, y alegrarse así de verme.

—Ay, niño —dijo—. Ay.

Intercambiamos algunas frases.

—¿Te duele?

—No, no me duele.

—¿Te tratan bien?

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí.

—¿Te ha contado tu madre por qué estoy aquí?

—¿Qué pasó la noche del sábado al domingo?

—¿No da lo mismo?

—Pero tú no querías morir así...

—No me parece una mala forma de marcharme.

Entonces se le cerraron los ojos, y seguí sujetándole la mano y mirándola fijamente. También ella había llorado; tenía lágrimas en las mejillas.

Me quedé hasta que pasó el médico. Este le echó un vistazo a Olga, que seguía durmiendo, me saludó con la cabeza, le hizo un gesto a la enfermera y continuó con su ronda. La enfermera colocó una bolsa nueva en el gotero, me preguntó cuánto tiempo llevaba dormida y me aconsejó que regresara más tarde o a la mañana siguiente: si Olga no se había despertado durante la visita del médico, no iba a despertarse durante un buen rato.

Paseé por la ciudad, de puente a puente, recorriendo una orilla y de vuelta por la otra, tomé un camino y me adentré en los campos. Me senté junto al canal, a contemplar el agua y las barcas. Entonces mis pasos me guiaron hasta el parque y el monumento a Bismarck. Estaba cerrado, pero no había nadie hurgando en la gravilla ni en el césped, buscando pistas sobre los autores del atentado, y el busto de Bismarck descansaba con firmeza sobre el pedestal. Lo conocía desde pequeño, arenisca clara sobre granito oscuro, brillante; la calva y el bigote de la estatua idénticos a la calva y el bigote de mi abuelo. Pero, en realidad, nunca le había prestado atención al monumento. ¿Estaba un poco ladeado? ¿O me lo estaba imaginando? Y, en caso de que así fuera, ¿se debía al atentado? ¿O había sido así desde siempre?

A las ocho volvía a estar en el hospital. Olga dormía, como antes. Me senté junto a la cama y le cogí otra vez la mano. A veces abría un instante los ojos o negaba con la cabeza. Otras veces algún sonido escapaba de sus labios, como si quisiera decir algo, pero no eran palabras completas y yo no entendía nada. A veces le temblaba la mano dentro de la mía. Poco a poco, el líquido del gotero se fue acabando. Poco a poco, afuera fue oscureciendo.

En algún momento me dormí. Cuando desperté, la mano de Olga estaba fría dentro de la mía. Entonces me di cuenta de que la enfermera del turno de

noche estaba también junto a la cama. Sí, Olga estaba muerta.

La enterraron en el cementerio de la montaña. Un periodista que quería escribir sobre Olga dio conmigo y me preguntó por su vida. Le hablé de su amor por aquel cementerio, un detalle que mencionó en el artículo. Como víctima de un ataque terrorista, era lo bastante conocida como para que la enterraran por orden del alcalde en un cementerio al que no todo el mundo tenía acceso.

Anteriormente, yo había asistido tan solo a los entierros de mis abuelos, acontecimientos a los que habían acudido un número considerable de parientes, amigos y amigas, que habían intercambiado historias sobre ellos y habían rememorado sus vidas. Al principio, en el entierro de Olga estábamos tan solo mi madre y yo, pero luego vinieron un representante del ayuntamiento con una gran corona, el periodista que me preguntó por Olga y otro señor al que no conocía. Solos en la capilla, oímos al vicario repetir lo que mi madre le había contado acerca de Olga, y más tarde, junto a la tumba, echamos un ramo de rosas rojas y un puñado de tierra sobre el féretro.

De vuelta al aparcamiento, el caballero desconocido se dirigió a mí.

—Comisario Welker. ¿Tiene un momento? No hace falta que me acompañe a la comisaría, solo quiero hacerle un par de preguntas.

Me detuve.

—El atentado tiene varios detalles incomprensibles. El resultado de la explosión, la naturaleza de las heridas... Casi se podría sospechar que la víctima fue en realidad la autora del ataque, aunque imagino que eso le parecerá tan raro como a nosotros. Por eso quería preguntarle, ¿está al corriente de alguna trama peligrosa en la que la fallecida pudiera haber estado involucrada, de forma voluntaria o involuntaria?

No pude evitar una carcajada.

—Creo que se habría alegrado de que la policía la creyera capaz de hacer algo peligroso. Pero no, es totalmente imposible. Saben que era sorda, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—¿Y se le ocurre qué podía estar haciendo en el parque la noche del sábado al domingo, entre las dos y las tres de la madrugada?

—Se lo pregunté, pero no quiso contestar. Apenas le quedaban fuerzas para hablar y no le dio importancia. Le gustaba mucho caminar, a lo mejor no podía dormir. Nunca habló de ello, pero no me cuesta nada imaginármela paseando de noche por las calles de la ciudad. No le tenía miedo a nada.

El comisario Welker me dio las gracias y se marchó.

—Si de verdad hubiera tenido ese hábito —me dijo mi madre, que había oído la conversación—, lo habría mencionado en algún momento.

Me encogí de hombros.

—Yo también lo creo, pero ¿acaso puedo estar seguro de que no fuera esa su costumbre?

Creía que la conocía, pero aquel paseo nocturno por el parque era un misterio para el que un supuesto hábito de salir a caminar de noche por la ciudad era la explicación más plausible.

Aquel día dormí en casa de mis padres y a la mañana siguiente me marché de nuevo a la universidad. A continuación tocó vaciar su casa y cancelar sus cuentas bancarias, seguros, afiliaciones y suscripciones varias. Yo era quien debía hacer eso por Olga, pero estaba de exámenes, de modo que fue mi madre quien se encargó de ello. Una mañana fuimos juntos a casa de Olga e hicimos una lista con todas las cosas que yo quería conservar: la acuarela de los pinos, el cañaveral y el mar, algunos libros y cartas y las joyas que le quedaban bien a Olga. Mi madre se encargaría de todas las cuestiones relacionadas con la herencia.

Unas semanas más tarde recibí una carta del tribunal de sucesiones. Olga me había nombrado único heredero. En su cuenta bancaria había doce mil marcos. Prefería no tocar el dinero, de modo que puse la cuenta a mi nombre, guardé la libreta junto a la partida de nacimiento, el certificado de confirmación y demás certificados y me olvidé de ella.

Culminé mis estudios con un doctorado sobre la novela filosófica y pedagógica *Émile*, de Rousseau. La evaluación no incluía ninguna invitación a convertirme en profesor, algo que me habría gustado de verdad. Pero resultó que con la reforma los ministros de cultura no solo buscaban maestros y juristas para sus equipos, sino también *outsiders*, y así fue como empecé a trabajar en el ministerio. Allí conocí a mi mujer. Cuando finalmente accedí a una plaza de funcionario, nos casamos, y pronto llegaron los niños y construimos nuestra casa. Los momentos fáciles y difíciles de nuestro matrimonio, las alegrías y también las preocupaciones que dan los hijos... La vida fue siguiendo su curso. El destino nos había ahorrado sus azotes y nunca tuvimos que preocuparnos por lo que pudiera traer el día de mañana.

Seguí trabajando en el ministerio y, a lo largo de los años, fui responsable de estadística escolar, planificación de necesidades y tareas, planificación de personal y desarrollo, regulaciones, traslados y escuelas comunitarias, hasta que me jubilé siendo subsecretario ministerial. A veces he lamentado no haber sido nunca maestro y tratar de forma más directa a los niños, pero me consuela pensar que siempre trabajé indirectamente para ellos. Y siempre me gustó mi lugar de trabajo, al que llegaba feliz cada mañana, donde sabía en cada momento qué se esperaba de mí, y que abandonaba satisfecho cada noche. Tras la jubilación, nadie me necesitaba. En ese sentido, los médicos y abogados que, tras retirarse, todavía echan una mano a sus sucesores, y los gestores e ingenieros, a los que todavía consultan como asesores, lo tienen mejor.

Como mi mujer seguía trabajando, pasé a encargarme de cosas que nunca había tenido que hacer: la compra, cocinar y lavar los platos, la colada y el jardín. Al principio, ella celebraba visiblemente mis tardías dotes culinarias y el hecho de que la ropa conservara sus colores, los jerséis no encogieran y las blusas no salieran todas arrugadas. Pero cuando se acostumbró y empezó a sentarse a la mesa agotada y taciturna tras la jornada laboral y a dar por descontado que encontraría la ropa limpia en el armario, tal como yo había

hecho durante décadas, perdí el interés. Seguí encargándome del jardín: ver cómo plantas y arbustos crecían, florecían y daban frutos era la única recompensa que necesitaba como jardinero, al que su agotada y taciturna mujer tampoco se acordaba de alabar. Pero esperaba con ansia el día en el que ella dejaría también de trabajar, nos repartiríamos el trabajo en casa y en el jardín y finalmente haríamos aquel viaje por el norte con el que tanto habíamos soñado: las islas Hébridas, Escocia, Escandinavia, Canadá y Alaska.

Pero no fue así. Un día, pocos meses antes de jubilarse —esa misma mañana, en el periódico, habíamos leído con espanto una noticia sobre el incendio de una residencia para refugiados—, mi esposa cogió el coche, tuvo un accidente por culpa del granizo y murió de camino al hospital. No pude despedirme de ella.

Desde entonces vivo solo. La casa es demasiado grande, pero le tengo apego y, además, aquí sé dónde está todo. Mi hijo es arquitecto, construye edificios en China y cuando viene a Alemania se instala aquí conmigo. Mi hija es maestra en la ciudad vecina, está casada y tiene tres hijos. Uno de ellos me visita siempre que tiene vacaciones. Me sobran motivos para estarle agradecido a la vida, a pesar del dolor por la pérdida de mi mujer. Les cojo cariño a personas y lugares, necesito estabilidad, detesto las rupturas y mi vida es monótona.

Y a todas horas me acuerdo de Olga.

No solo porque en la pared, junto a mi escritorio, tenga colgadas fotografías de mis seres queridos, incluida la que se mandó sacar Olga al final de la huida. La encontré junto con las fotografías donde aparecen Viktoria, Herbert y ella misma la víspera de la confirmación, entre sus papeles: un diploma del seminario de enseñanza, otro de la escuela para sordos, un esbozo firmado por Eik de la vista y la planta de una escuela y un hatillo de cartas que Herbert le había enviado desde el África del Sudoeste Alemana.

Siempre que regreso a mi ciudad natal —algo que desde la muerte de mis padres ya no hago de forma regular, pero sí para reunirme con antiguos compañeros de clase y amigos—, paso por delante del monumento a Bismarck. Tras estudiarlo en numerosas ocasiones y con detenimiento, finalmente me he convencido de que sí, está ligeramente ladeado. Sigue siendo el monumento a Bismarck, pero para mí, con aquella inclinación, es un monumento a Olga.

Cada vez que salgo a pasear o a caminar con alguien y nos mantenemos en silencio o si voy con alguien al cine y nos damos un tiempo antes de empezar a hablar sobre la película, pienso en Olga. También pienso en ella si alguien explica con felicidad que ha encontrado a una persona con quien puede estar en silencio. Es agradable sentirse unido a otra persona sin necesidad de mostrarse cortés ni deferente, ni de darle conversación. Aunque en el fondo no es algo que unos posean y otros no, que una a determinadas personas y separe a otras. El silencio es algo que se puede aprender y, con él, la paciencia que acompaña el no decir nada.

De Olga me ha quedado también la afición por pasear por los cementerios, y si alguna vez me encuentro en un cementerio especial, especialmente antiguo o especialmente bonito, encantado o inquietante, ella siempre está presente en mi pensamiento. La vez que más próxima la sentí fue en un cementerio que me gustó particularmente y que visité durante unas vacaciones en una zona rural de Estados Unidos. Estaba en medio de un

bosque solitario: una pradera y varias colinas cubiertas de hierba y arbolitos donde primero los indios nativos y luego los pobladores de los siglos XVIII y XIX habían enterrado a sus muertos, antes de pasar a enterrarlos en la pradera. No había parcelas, tan solo lápidas, grandes para los adultos y pequeñas para los niños. Muchas llevaban los mismos nombres: ingleses, holandeses, alemanes... Algunas incluían también las profesiones y las mejores cualidades de los muertos; en una, la de un esclavo que había huido del sur al norte, constaba el año de su libertad, y en muchas otras ondeaban banderitas americanas, que indicaban la presencia de veteranos de guerra. Todos descansaban juntos, desde los indios nativos del pasado hasta los que habían muerto hacía nada. Era un lugar de igualdad, donde la muerte no daba ningún miedo.

Tampoco puedo ver una película en DVD o descargada de internet sin pensar en lo feliz que habría sido Olga de poder ponerle subtítulos a todas las películas. A pesar de lo bien que se le daba leer los labios y, a partir de ahí, deducir lo que sucedía en la pantalla, lo que más le gustaba eran las películas extranjeras con subtítulos en alemán. No puedo contemplar un cuadro de Feuerbach, de Böcklin o *El fusilamiento del káiser Maximiliano*, ni ver una pluma estilográfica o una máquina de coser, en especial si es antigua, sin pensar en ella.

Me viene asimismo a la mente siempre que sucede algo que sé que le habría parecido el fruto de una ambición exagerada. Los estudiantes le parecíamos presuntuosos, con nuestro discurso moralizante. Hoy se burlaría de los medios, que olvidan la investigación y la sustituyen por escándalos moralizantes. La Cancillería Federal, el edificio del Bundestag y el monumento del Holocausto le parecerían demasiado grandes. Se alegraría de la reunificación, pero esta Europa cada vez más grande le parecería también un exceso, lo mismo que el mundo globalizado.

A veces me acordaba también de Herbert.

Un domingo, hace ya tiempo, mi mujer y yo llevamos a los niños, que eran aún pequeños, a un mercadillo, y entre platos y cubiertos, candelabros de latón y plumas estilográficas de baquelita, bolsos y toallas, encontré una caja con viejas postales de la serie *Soldados de caballería alemanes en el Sudoeste*, con imágenes coloreadas de miembros de las tropas coloniales a caballo y a pie, algunos apostados en una colina, mirando en lontananza, otros protegiéndose bajo la cresta de una duna, otros empuñando un cañón o una metralleta, a menudo cargando con el sable levantado o empuñando la bayoneta y, finalmente, cantando villancicos con la boca abierta, bajo un árbol africano cubierto de adornos de metal. En dos de las estampas aparecen en plena acción de combate. En una, están echados en un altiplano pedregoso, disparando, con penachos de humo que salen de los cañones de sus armas; en la otra cabalgan hacia un grupo de herero, que huyen entre caídas y tropezones. Los soldados alemanes del Sudoeste son de lo más apuestos, con sus uniformes marrón grisáceo y la piel oscura, el ala derecha con cucarda roja y negra audazmente levantada, los bigotes ensortijados y puntiagudos. Comprendí de inmediato que no pocos corazones alemanes debían de haber latido desbocados al verlos.

Pensé también en Herbert cuando leí sobre la lucha de liberación de los ovambo y la independencia de Namibia, cuando los submarinos estadounidenses y soviéticos atravesaron el hielo del Polo Norte o cuando un rompehielos soviético realizó el viaje a través del Pasaje del Nordeste en apenas dieciocho días. ¿Se habría enfadado Herbert (y se habría alegrado Olga) al constatar que la historia confirmaba la inutilidad de su expedición?

Entonces leí en el periódico que una expedición había partido hacia la Tierra del Nordeste para descubrir qué había sucedido con Herbert en su día. Fue la oportunidad perfecta para recordar la vida de Herbert, sus años de soldado en África y sus ambiciones árticas, la locura de aquella expedición a

la Tierra del Nordeste, que aparte de estar mal planificada empezó demasiado tarde, su ulterior fracaso y los intentos fallidos de varias expediciones de rescate, que pretendían encontrar a Herbert y a sus tres camaradas, desaparecidos mientras intentaban atravesar la isla. Los medios sacaron también a colación varios instrumentos aparecidos a lo largo de los años: un cazo de aluminio que un cazador de focas noruego había encontrado en 1937 y unos platos de aluminio con los que unos soldados alemanes se habían topado en 1945.

La expedición no encontró rastro alguno de Herbert. Como aquel que ha perdido las llaves pero tan solo puede buscarlas debajo del farol, pues es el único lugar donde hay suficiente luz, la expedición pudo buscar tan solo allí donde el terreno se lo permitía, pero no así en el casquete polar ni en los glaciares, donde es posible que Herbert se extraviara. El informe de la expedición hablaba de módulos solares eficientes, de encuentros con renos y osos polares y de paseos en trineo, pero sobre todo de tortuosas travesías por masas de hielo y marismas de fango helado, a menudo con desigual fortuna. Las imágenes mostraban básicamente nieve blanca y cielos azules, tiendas rojas, trineos cargados con bultos rojos, huskies con la lengua roja y unos expedicionarios alegres y abrigadísimos.

Yo siempre me había imaginado el Ártico de otra forma, como un abismo de oscuridad, como un agujero por donde se habían despeñado los anhelos de Herbert. En la biblioteca de la universidad encontré varios libros sobre la expedición de Herbert y, en ellos, fotografías en blanco y negro en las que todo tiene un aspecto sombrío: la nieve y el cielo grises, hombres y perros como espectros oscuros, paisajes inhóspitos, abruptos, confusos. Uno de los miembros de la expedición que había logrado regresar terminaba su narración lamentándose por los oscuros designios de aquella naturaleza inhumana, ante la que se postraba con silenciosa y consternada veneración.

19

Una expedición que no encontró lo que buscaba y un puñado de postales creadas en su momento como instrumento de inspiración nacional y que hoy son poco más que curiosidades: ¡qué caprichosos giros puede tomar nuestro destino!

Medio año después de la noticia sobre aquella nueva expedición recibí una carta de Berlín, en la que una tal Adelheid Volkmann me pedía una cita. Su padre le había hablado de Herbert Schröder y de Olga Rinke, y una noticia en el periódico la había empujado a retomar la búsqueda de Olga (que ya había abandonado en su momento por infructuosa), en esta ocasión con ayuda de un detective, que la había conducido hasta mí, su heredero.

Al mismo tiempo recibí un correo electrónico de Robert Kurz desde Sinsheim, otro coleccionista de postales: aquellas estampas de los soldados alemanes en el Sudoeste habían despertado mi vieja pasión por el coleccionismo. A mi mujer le encantaban los mercadillos, y mientras ella buscaba, abierta a todo, yo rebuscaba en los cajones de viejas postales. Poco a poco he ido familiarizándome con el mundillo del coleccionismo de postales, que se especializa por temas, acontecimientos y lugares, domina a la perfección sus revistas, reuniones, bolsas, páginas web y conversaciones de chat y conoce al dedillo los criterios que determinan el valor y el precio de cada postal. No me he convertido en un coleccionista serio. Los coleccionistas serios se especializan y los más ambiciosos aspiran incluso a la integridad, a conseguir todas las postales, por ejemplo, del monumento Kyffhäuser o del Golden Gate Bridge. Yo me fijo también en lo que hay escrito en el reverso. Los coleccionistas serios lo consideran irrelevante, pero a mí me gustan las postales que cuentan una historia.

Mi colección incluye una postal con el faro de Boston, conocido como Boston Light, en la que, en septiembre de 1918, una madre advierte a su hijo, que se encuentra en Casablanca, de que se ha declarado una gripe letal y le pide que regrese a Boston. En octubre de 1926, Gilbert, de Belfast, le mandó a

su amigo Haakon, de Oslo, la imagen de una copa de vino llena y le pidió que no dejara de votar por el hecho de estar de vacaciones: tan solo iría a visitarlo a Noruega cuando se levantara la ley seca en el país. Una postal de junio de 1936 muestra a Napoleón en Santa Helena; en el reverso, James, desde Santa Helena, saluda a su hermano Phil, que está en Oxford, y le cuenta que ha encontrado restos de arsénico alrededor de la tumba donde enterraron a Napoleón antes de trasladarlo a París. Tengo también una vieja postal del monumento a Bismarck en la que pedestal y busto aparecen rectos. Pero estoy divagando.

Hace tres años encontré una postal de mayo de 1913 con una imagen del Reichstag alemán dirigida a Peter Goldbach, Tromsø, *poste restante*. El tipo del mercadillo no sabía de dónde había salido. Publiqué mensajes en todos los medios que leen los coleccionistas de postales: ¿alguien sabía dónde podía conseguir postales enviadas entre 1913 y 1914 a Tromsø *poste restante*? No recibí ninguna pista útil, pero no me di por vencido y seguí publicando el mensaje de forma regular. Unos días después de recibir la carta de Adelheid me llegó el correo electrónico de Robert Kurz: su hijo acababa de volver de un crucero por Noruega y le había llevado un montón de postales que había encontrado en un anticuario de Tromsø, todos con destinatarios en Tromsø, *poste restante*. Su hijo no recordaba el nombre del anticuario.

En internet encontré un anticuario de Tromsø: llamé, pregunté en inglés y me respondieron también en inglés. No, el hijo de mi remitente no había comprado las postales allí. ¿Había otros anticuarios en Tromsø? Sí, uno, pero el propietario estaba de traslado y reforma, y el negocio todavía no estaba operativo. Lamentablemente, no podían proporcionarme ningún nombre, dirección ni número de teléfono.

Le escribí a Adelheid Volkmann, le propuse una reunión al cabo de dos semanas y le di mi número de teléfono y mi dirección de correo electrónico. Entonces compré un billete de avión y dos días más tarde volé a Oslo y, desde allí, a Tromsø.

Cuando desperté por la mañana en Tromsø todavía estaba oscuro y comprendí que en enero no podía esperar más que un atisbo de luz mate al mediodía. Me acerqué a la ventana y me topé con una vista de un puerto con las farolas encendidas, barcos grandes y pequeños, otros hoteles con tejados planos y fachadas lisas y una plaza cubierta de nieve sucia. La noche anterior, un autobús me había llevado del aeropuerto a la ciudad atravesando un paisaje nevado, un largo túnel y una avenida iluminada con tiendas y restaurantes, hasta mi hotel situado en una calle lateral. La avenida iluminada debía de ser la calle principal. Allí iba a encontrar alguna librería donde comprarme un plano de la ciudad e informarme sobre el anticuario en cuestión.

Si todavía existía, se encontraba en una de las calles que subían hacia la montaña. Las recorrí y vi una iglesia, el campus de una universidad, bloques de oficinas, viviendas, la floristería de un centro de jardinería y una tienda tras cuyo escaparate, en lugar de productos, había varias mujeres y hombres trabajando con ordenadores. Al mediodía comí en un restaurante de la calle principal y a continuación volví a recorrer las calles de la cuesta. Nevaba y yo caminaba con paso precavido por la acera helada.

Encontré el anticuario cuando la luz grisácea del mediodía se tornaba de nuevo en oscuridad. Estaba situado en el sótano de una casa, unos escalones conducían hasta la puerta y las ventanas quedaban a la altura de la acera. En la puerta, escrito con letras impresas sobre folios blancos, podía leerse «ANTIKVARISKE», y entre las letras atisbé al propietario, que ordenaba los libros de una estantería. Al entrar lo saludé y me devolvió el saludo, nada más. El anticuario no tenía ningún otro cliente, pero no se volvió hacia mí ni me preguntó si buscaba algo en concreto o si podía ayudarme. Me dirigió una mirada interrogante, con expresión entre reservada y desconfiada, y volvió a concentrarse en los libros.

Me dediqué a recorrer los estantes. De vez en cuando reconocía el nombre de algún autor y entonces intentaba adivinar el título. Comprendía

palabras como *geografisk* e *historisk*, pero por lo demás tuve que rendirme ante aquella lengua desconocida. Encima de una mesa encontré varias cajas con postales viejas de todo el mundo, ordenadas por países. Saqué una y leí la dirección: «Tromsö, *poste restante*.»

No sabía cómo proceder. ¿Debía preguntarle directamente de dónde había sacado tantas postales enviadas a la oficina de correos de Tromsö? ¿Preguntar si además de postales tenía también cartas remitidas de la misma forma? ¿Preguntar si podía echarles un vistazo a las postales? ¿O cuánto me cobraría por cada postal? ¿Íbamos siquiera a entendernos?

Le pregunté al anticuario en inglés si tenía libros en alemán y en inglés, me indicó que en la sala contigua había una estantería con literatura alemana. Encontré libros especializados en geografía, geología y biología, y novelas de los años treinta y cuarenta; era posible que los libros hubieran quedado ahí tras la ocupación. En medio de la sala había una mesa con dos sillas y encima de la mesa había más cajas. En esta ocasión no se trataba de viejas postales, sino de viejas cartas, y en la dirección aparecía de nuevo aquel «Tromsö, *poste restante*».

Volví donde el anticuario.

—Tiene muchas cosas interesantes.

—Me alegro de que se lo parezcan. Ojalá dispusiera de más surtido, pero acabo de empezar.

—Veo que dispone de un gran número de cartas y postales antiguas.

—Sí. A menudo me visitan clientes tan solo por las cartas. No sé qué haría sin el placer voyeurista que alguna gente parece experimentar al leer cartas del pasado y descubrir a personas desconocidas.

—¿De dónde las saca?

El tipo se rió.

—Ese es mi secreto.

—¿Y tiene más?

—Suficientes para llenar varias cajas durante años.

La conversación se iba acercando a las cartas de Olga, pero el hombre había hablado de su secreto y yo quería antes darle un par de vueltas a todo aquello. En cualquier caso, ya había averiguado que tenía cartas y que podíamos entendernos en inglés.

—Volveré más tarde —le dije, y me marché. «APNINGSTIDER 14.00—20.00», ponía en la puerta.

Al día siguiente esperé hasta la tarde. Estuve paseando por las calles del casco antiguo, con sus casas e iglesias de madera, y por el muelle, contemplando el brillo grisáceo del mar y el puente gris que, describiendo un elevado arco, conecta la isla de Tromsö con tierra firme. Les eché pan a las gaviotas, que lo pescaban al vuelo y se lo llevaban consigo. Crucé el puente gris, con el viento soplando a través de la barandilla, subí en funicular a una montaña y, de pie entre la nieve, contemplé la ciudad y el mar.

Suficientes cartas enviadas a Tromsö *poste restante* para llenar varias cajas durante años: allí había algo que no cuadraba. Mi experiencia como funcionario me decía que el correo no entregado tenía que terminar en el archivo postal o destruido. Cualquier otra posibilidad habría sido considerada sencillamente irregular en el pasado y, en la actualidad, incompatible con las leyes de protección de la intimidad y los datos personales.

Entré en el anticuario poco antes de las ocho. El propietario estaba ya poniéndose el abrigo.

—¿Se marcha ya? Tengo que hablar con usted.

Vaciló un instante, me dirigió una mirada malhumorada y volvió a quitarse el abrigo.

—Supongo que puedo concederle un momento.

—Cierre la tienda y vayamos a la otra sala.

Me senté en una de las sillas, saqué del bolsillo la botella de bourbon y los dos vasos que había comprado y los llené. Cuando el anticuario se hubo sentado, levanté mi vaso.

—¡Por los buenos negocios!

—Es que no sé...

—¡Beba, hombre!

Bebimos y en su rostro vi de nuevo la expresión desconfiada y reservada que ya había detectado el día anterior, mezclada ahora con un atisbo de codicia.

—No sé si tendrá lo que ando buscando. A lo mejor lo tenía y ya lo ha vendido. Pero a lo mejor lo encuentra entre su botín de cartas enviadas a Tromsø *poste restante*.

Le hablé de Olga Rinke y de Herbert Schröder.

—¿Qué valor tienen esas cartas para usted?

—¿Las tiene?

—No lo sé. Tendría que buscar a fondo en lo que usted llama mi *botín*. Es mucho trabajo, me llevaría mucho tiempo. Así pues, repito: ¿qué valor tienen esas cartas para usted?

—Cien euros cada una.

—¿Cien euros? —preguntó él, y negó con la cabeza, riendo—. Si no puede pagar mil por cada una...

—En ese caso prefiero acudir directamente al archivo postal con la esperanza de que me dejen echarle un vistazo a su tesoro después de recuperarlo.

—¿Y si no le dejan?

—Pues mala suerte. Por eso prefiero hacer negocios con usted. Pero tiene que ser justo para los dos.

—Quinientos.

—Doscientos.

Nos pusimos de acuerdo en trescientos y él me confesó cómo había terminado echándole el guante a aquel tesoro.

—¿Conoce la antigua oficina de correos? ¿Lo que pronto será la nueva biblioteca? El edificio contaba con un enorme almacén, y en lugar de mandar al archivo las cartas y postales que no habían sido entregadas, como deberían haber hecho, los funcionarios de correos se dedicaron a amontonarlas en el almacén. Era lo más fácil, y siempre había cosas más importantes que hacer antes que empaquetar y enviar todas aquellas cajas. Cuando la nueva oficina estuvo a punto y llegó el momento de vaciar y abandonar el edificio viejo, era ya demasiado tarde. De modo que decidieron deshacerse de aquellas antiguas cartas y postales. En secreto, naturalmente. Un amigo mío que trabajaba en correos prometió encargarse de ello y eso hicimos entre los dos: nos dedicamos a vaciar el almacén.

Se levantó y abrió una puerta que daba a una habitación contigua: una bodega llena de cartas, solitarias y en legajos, con sobres grandes y pequeños, además de postales y paquetes de todos los tamaños.

Me coloqué ante él.

—¿Quiere que las busque yo? Usted tiene mejores cosas que hacer.

—Sí, claro. Para que, después de encontrar veinte cartas, se meta diez en el bolsillo y me enseñe solo diez. ¿Me toma por idiota?

—Podríamos...

—No podríamos nada. Tendría que cachearlo cada día antes de salir. Ni hablar, me encargo yo. Y si encuentro algo, usted me manda el dinero y yo le mando las cartas. De hecho, preferiría que me pagara ahora mismo mil euros, para compensarme por el tiempo invertido buscando incluso si no encuentro nada. Y si encuentro algo, ya lo deduciremos luego del precio.

—¿Cuánto tiempo va a necesitar?

—Unas semanas, uno o dos meses, tal vez tres... Como usted mismo ha dicho, tengo otras cosas que hacer. Pero prometo darme prisa.

—Dos mil euros y no más de dos meses.

Él asintió, volví a llenar los vasos y brindamos de nuevo.

Al día siguiente saqué dos mil euros del banco, se los llevé y cogí un avión de regreso.

Todavía no había logrado nada, pero el viaje, encontrar al anticuario y el ulterior regateo, además del hecho de haber puesto en marcha la búsqueda de las cartas a un precio razonable, me había infundido ánimos renovados. ¿Llevaba una vida demasiado prudente? ¿Debería ser más atrevido, en general?

Me acordé del zorro que había visto de niño en el zoológico de mi ciudad. Era un zoológico pequeño, como pequeña era también la jaula con techo de alambre por la que el zorro daba vueltas de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, sin parar, poniendo en cada giro la misma pata sobre la misma mancha oscura y brillante, bruñida, de la base de hormigón sobre la que estaba montada la reja. ¿Era posible que también yo dejara apenas una mancha oscura y brillante? ¿O ni siquiera eso?

Lo cierto es que soy un hombre corriente con una vida corriente. Nunca he logrado nada de importancia. Tengo buen ojo para las cosas importantes y habría sido un buen cronista de algún amigo ambicioso o de algún otro que hubiera sabido encaramarse al árbol de la vida. Nunca conté con ningún amigo así, pero sí tuve a Olga. Seguía llevando en el corazón los recuerdos que conservaba de ella y me bastaba con ser su cronista.

Eso era justamente lo que me había empujado hasta Tromsø y también lo que me había deparado aquella cita con Adelheid Volkmann.

Nos llamamos un par de veces. ¿Debía venir en avión o en tren, alojarse en el hotel junto al río o en una pensión cerca de mi casa? Se decidió por el tren y la pensión, y yo me pregunté por qué. ¿Apreciaba el relajado trayecto en tren y los desplazamientos cortos una vez en la ciudad? ¿Tenía poco dinero? ¿Era moderada en sus gastos o directamente tacaña? El billete de tren con descuento era más barato que el de avión y la pensión era más barata que el hotel. Y ¿cómo sería, por lo demás? Por la voz parecía joven, pero hay mujeres mayores con voz de jóvenes. Y por su forma lenta de hablar podía ser una persona relajada, pero también apática o aburrida.

La recogí en la estación y como, a pesar de ser un día de febrero, la primavera se insinuaba ya en el aire y había gente en mangas de camisa sentada en las terrazas de cervecerías y cafés, la llevé a un restaurante con jardín junto al río. Todavía quedaba una hora de sol, suficiente para tomar un té.

Nos sentamos y la estudié: las patas de gallo y las arrugas alrededor de la boca, el pelo pajizo, los ojos verdes, la boca ancha... Tendría unos sesenta años y la piel apergaminada, como si fumara o lo hubiera dejado hacía poco, y no llevaba ni maquillaje ni lápiz de labios. Mientras caminábamos de la estación al coche y del coche al restaurante, yo un poco más alto que ella, ella un poco más gruesa que yo, me gustó su paso seguro y decidido. Y así, segura y decidida, fue como tomó asiento ante mí.

—¿Ha dejado de fumar hace poco? Después de sacar un pañuelo de papel me ha ofrecido el paquete, como hacen los fumadores con el paquete de cigarrillos.

Ella se rió.

—¿De verdad? Sí, he dejado de fumar. Temía no poder escribir sin tabaco, pero sí puedo. En el periódico nunca escribía sin un cigarrillo, aunque a veces me olvidara de él y se consumiera entero en el cenicero. Cuando sucedió lo que ha sucedido en todas partes, el descenso de las tiradas, la caída en picado de los ingresos por publicidad y los despidos, decidí dejar no solo el periódico, sino también el tabaco. De eso hace cinco semanas. Desde entonces escribo por libre y tengo la esperanza de poder vivir de ello.

Seguí haciéndole preguntas y, cuando nos separamos, además de saber que había dejado el tabaco, sabía también que escribía sobre jardinería, alimentación y salud, que tenía un pequeño jardín en las afueras de su ciudad, que estaba divorciada, que tenía una hija y una nieta que vivían en Estados Unidos, que traducía poesía del inglés al alemán y que le gustaba vivir sola. Ella también me hizo algunas preguntas y se formó una idea bastante clara de mis circunstancias vitales.

—¿Puedo invitarla a cenar a mi casa? Los buenos restaurantes están tan llenos y son tan ruidosos que resulta difícil conversar. Y cocinar no se me da nada mal.

Aceptó, la acompañé a la pensión y le expliqué cómo llegar hasta mi casa, aunque no tenía pérdida.

—¡Nos vemos a las ocho!

La cena estaba ya preparada —sopa de coliflor, lomo Strogonoff y manzana al horno—, y como no tenía que cocinar, me senté a pensar. ¿A quién me recordaba Adelheid Volkmann? ¿Qué había en ella que me resultaba familiar? ¿Su cara, su voz joven, su forma lenta de hablar, su actitud segura y decidida? En cualquier caso, ahora entendía por qué prefería no gastar.

Yo creía que primero cenaríamos y luego hablaríamos, pero empezó a contarme su historia ya durante el aperitivo.

—Mi padre estuvo en una prisión de guerra rusa y volvió en 1955, uno de los últimos en hacerlo. Se había casado en 1939, mi madre tuvo a mi hermano en 1940 y en 1956 todavía era lo bastante joven para tenerme a mí. La relación entre mis padres no era buena, ella había salido adelante durante quince años sin él y él había pasado quince años sin relacionarse ni acostarse con ninguna mujer y quería recuperar el tiempo perdido. En cuanto a mi hermano, que había abandonado su nombre, Adolf, y lo había sustituido por Dolf, mi padre no sabía ni por dónde empezar. Total, que se concentró en mí. Me explicaba historias sobre la guerra y la prisión, me contaba por qué se había enamorado de mi madre y por qué no debería haberse enamorado de ella y por qué ahora no la soportaba y tenía una relación con la vecina. Me ensalzaba y yo me sentía querida, tenía la impresión de que me tomaba en serio. No me di cuenta de que me había utilizado hasta después de su muerte. No me hizo ningún bien. Por cierto, fue agente de la policía, se jubiló como director de la brigada y murió en 1972 de cáncer de pulmón —dijo, y se rió—. Incluso empecé a fumar por él.

Bebió un trago, sacudió la cabeza y clavó la vista al frente. Cuando iba a proponer que empezáramos a cenar, siguió hablando:

—Mientras todos se rebelaban contra sus padres, yo me rebelé contra un padre muerto, su egoísmo, su estrechez de miras, su fanfarronería y su actitud hacia su mujer y sus hijos. Vamos, que me sobraban los motivos. Sabía que había mentido sobre su pasado, había demasiados detalles que no encajaban.

Aseguraba que había querido estudiar arquitectura y, en cambio, terminó en la brigada de investigación criminal, decía que...

—¿Se llamaba Eik?

—Ah, bien, veo que sabe algo sobre él. Al parecer, sus padres y hermanos murieron durante la desbandada, al terminar la guerra. Preguntó en el servicio de localización de desaparecidos, pero no obtuvo respuesta. Pero todavía quedaba una tía, Olga Rinke, que sentía mucho cariño por él y a la que él también estaba muy unido, con la que había vivido durante un tiempo, de niño, después de la guerra, y que le había contado muchas cosas de su amigo Herbert Schröder, cosas que él a su vez me contó a mí.

—¿Y no murió hasta 1972? Olga Rinke todavía vivía entonces.

—Pero no parece que los dos tuvieran ningún tipo de contacto. ¿Por qué? ¿Y contiene su herencia algo sobre mi padre? ¿Sabe usted cómo era de niño y de joven? ¿Es verdad que quería estudiar arquitectura? ¿Qué sucedió con eso y cómo terminó en la policía? ¿Son ciertas las cosas que me contó acerca de la chica de diecisiete años con la que se casó?

Me dirigió una mirada interrogante. La hija de Eik. Lo último que me había contado Olga sobre Eik era que solía visitarla después de que ella perdiera el oído. A partir de ahí, aquel nombre desaparecía de sus historias. ¿Por qué no me había extrañado?

—¿Sabe qué aspecto tenía Olga Rinke?

Fui a mi despacho y le mostré la fotografía. Ella la estudió detenidamente y acto seguido hizo lo mismo con las fotos que había colgadas en la pared.

—¿Es su mujer? ¿Y estos son sus hijos? ¿Y quién es este?

Le presenté a mi mujer y a mis hijos, a mis padres y hermanos, a mis amigos y amigas y también al gato negro con patas blancas que le habíamos regalado a mi hija cuando tenía doce años y que había vivido diecisiete años con nosotros.

—¿Cenamos? Tengo muchas cosas que contarle y puedo hacerlo mientras comemos.

Empecé contándole todo lo que sabía acerca de Eik, sus padres, su trayectoria vital desde la casa del pueblo hasta Tilsit, Berlín e Italia, su ingreso en el Partido y en las SS, el papel de Olga en su vida y que él solía visitarla. Entonces quiso que le hablara de Olga y Herbert, de su infancia y su amor, los sueños coloniales y árticos de él, sus expediciones a la Tierra del Nordeste, las cartas que ella le había mandado a la oficina de correos. Finalmente quiso saber cómo nos habíamos conocido Olga y yo y cómo nos habíamos hecho tan amigos.

Estuve contándole cosas durante el primer plato, el segundo y la sobremesa. Al final me disculpé por haber hablado tanto.

—No se disculpe, soy yo quien no ha parado de hacer preguntas —dijo, trazando círculos con la copa de vino sobre el mantel—. Así que mi padre estuvo en el Partido y en las SS... Habría preferido que fuera de otro modo, pero ya lo sospechaba. Encaja. En cambio, lo que me ha contado sobre él y Olga... no lo entiendo. Le tenía mucho afecto y se preocupaba por él, pero ¿por qué mintió mi padre con lo de que había vivido mucho tiempo con ella? ¿Tuvieron contacto después de la guerra y no lo sabemos? ¿Y por qué lo mantuvieron en secreto?

—No lo sé. —Me llevé los platos a la cocina. Cuando volví al comedor, ella seguía jugando con la copa de vino—. ¿Qué decía su madre?

—¿Mi madre? —Aquella pregunta la sacó de su ensimismamiento—. Nunca mencionó a Olga. De nuestro padre, mientras todavía estaba preso, hablaba poco, y en cuanto salió solo decía cosas desagradables. Poco antes de que mi padre muriera ella sufrió demencia. Tendría que haberlo dejado, cuanto antes mejor. Trabajaba como enfermera y no lo necesitaba económicamente. Pero mi madre ni siquiera se planteaba el divorcio.

Se levantó y contempló la noche a través de la ventana. Entonces recorrió la sala, examinó con la mirada mis libros y mis cedés, y finalmente se fijó en un cuadro que había entre las estanterías: Jean-Jacques Rousseau con gorra de

piel y caftán, una litografía de finales del siglo XVIII.

—Entonces, ¿rompieron relaciones? ¿Por qué?

—A mí no me pregunte, yo de rupturas no entiendo.

—No hay nada que entender: cuando no funciona, no funciona, y la gente se separa.

—Sí, ya me ha contado que está divorciada.

Entonces respondió a la pregunta que no me atrevía a hacerle.

—Era pintor, tal vez un genio, no lo sé. Al principio me gustaba su obsesión, pero pronto me di cuenta de que no le preocupaba nada que no fuera su arte, y yo tenía que ocuparme del dinero, de Jana y de la casa, una finca antigua junto al bosque de Teutoburgo que él había heredado y que se caía a pedazos. Al cabo de unos años ya no podía más. No soportaba a aquel niño enamorado de sí mismo, mayor que Jana pero mucho más cargante. No me costó nada romper con él.

—Pues yo no tolero las rupturas. Sigo manteniendo el contacto con todos aquellos con quienes alguna vez he estado unido a lo largo de mi vida, y a pesar de los baches de mi matrimonio, yo tampoco me planteé nunca el divorcio.

—¿Y cómo llevaba las rupturas Olga Rinke? ¿Le costaban? ¿Le resultaban sencillas?

—No lo sé. Creía que la conocía, pero no supe nada de sus paseos nocturnos hasta el momento de su muerte. Y hasta que usted me ha contado su historia, sabía de su cariño por Eik, pero no que él hubiera vivido con ella durante años. Imagino que sería durante los años en los que el pueblo en el que vivían sus padres se encontró bajo ocupación italiana o lituana y él fue a estudiar al instituto de Tilsit. Nuestra relación, en todo caso, no conoció rupturas y yo siempre creí que Olga era tan fiel como yo. Pero al parecer no era así.

Ella asintió en silencio: ya sabía que los demás son distintos a lo que uno cree.

—Le agradezco esta velada, la cena y todo lo que me ha contado. Mañana voy a la feria de jardinería del estado federado, así me puedo desgravar el billete de tren. ¿Le apetecería acompañarme?

Le prometí que pasaría a recogerla en coche a las nueve y la acompañé hasta su pensión, a dos esquinas y dos calles de mi casa.

Siempre que conozco a una persona segura y decidida como ella y me doy cuenta de lo poco que le cuesta formar y romper vínculos, de entrada me resisto a trabar amistad, pues sé que tarde o temprano me dejará atrás. Pero durante el viaje a la Selva Negra seguimos intimando y hablamos cada uno de sí mismo, como si quisiéramos mostrarnos abiertamente ante el otro; nos tuteábamos, y cuando callábamos no echábamos de menos las palabras.

En una ciudad que, después de haber visto épocas mejores, había perdido su industria y a muchos de sus habitantes más ricos, el alcalde aprovechó la feria de jardinería para darle un brillo renovado, con un parque alrededor de los restos del viejo castillo, un nuevo cauce para el arroyo, que llevaba tiempo remansado tras una presa, y un nuevo paseo que bordeaba la orilla. Los ciudadanos también participaron y decoraron las ventanas con unas jardineras que prometían una magnífica floración en verano, y el sol iluminaba no pocas fachadas recién revocadas. En las esquinas oscuras languidecían los últimos restos de nieve. Adelheid llevaba una cámara consigo e iba sacando fotos.

«Una mirada al invierno posterior a la feria de jardinería» era el título del artículo que estaba escribiendo para *Park und Garten*. Había concertado varias entrevistas, con el alcalde, el director de la feria y el redactor jefe del periódico local. Acompañándola me di cuenta de lo buena que era haciendo su trabajo. Estaba bien informada, era amable y, al mismo tiempo, insistente y tenaz cada vez que alguien eludía sus preguntas sobre los costes y las deudas que se contraerían tras el acontecimiento. El alcalde insistió en invitarnos a cenar al Goldenen Schwan. El restaurante, nos dijo, contaba con un nuevo gerente y un nuevo cocinero de cara a la feria, que serviría para impulsar la ciudad también en el ámbito culinario.

Nos retiramos más tarde de lo previsto. El día había empezado cálido, igual que el anterior, pero a mediodía el tiempo había dado un giro, las temperaturas habían bajado y el cielo azul se había vuelto gris. Por la noche, cuando salimos del Goldenen Schwan y subimos al coche, caían copos

aislados.

Me puse en marcha de inmediato. Me dije que, con nieve, sería mucho mejor conducir por la autopista y quería tomarla antes de que la nevada empeorase. Pero al cabo de unos pocos kilómetros la nieve caía con tanto ímpetu que los limpiaparabrisas se movían pesadamente y también yo me veía obligado a conducir despacio. Apenas veía nada. La carretera blanca, los arcones blancos y los taludes blancos se confundían, la luz de los faros se reflejaba en los copos de nieve y no distinguía los coches que circulaban en dirección contraria hasta el último instante. A veces las ruedas resbalaban y derrapaban un momento antes de recuperar el agarre. Pasamos junto a un coche atascado en la cuneta, pero el conductor nos indicó por señas que siguiéramos adelante. La carretera ascendía y, ciertamente, si nos hubiéramos detenido no habríamos podido volver a arrancar.

Adelheid y yo no hablábamos. Yo estaba tenso, tenía la vista fija en la ventisca y agarraba el volante con más fuerza de la necesaria. Entonces Adelheid me puso una mano sobre el hombro.

—Me gusta —dijo—. El frío exterior, el calor interior, la lentitud... Si no llegamos hasta pasada la medianoche, no pasa nada.

Yo asentí con la cabeza, pero todavía tardé un rato en relajarme lo suficiente como para preguntarle:

—¿Qué te contó Eik sobre Olga? ¿Cómo era? ¿Severa? ¿Paciente? ¿Intentó educarlo o dejó la tarea en manos de sus padres?

—Durante años se lo perdoné todo a mi padre. Pensaba que, después de quince años de guerra y prisión, uno sencillamente quería vivir y que si su mujer lo rechazaba, necesitaba una amante. Solo mucho más tarde, cuando mi madre sufría ya de demencia, confesó que la había engañado incluso de recién casados, cuando ella estaba embarazada, y que ni siquiera se había tomado la molestia de ocultárselo —dijo, y soltó un suspiro—. Aunque mamá, con su demencia, me resultaba tan ajena que le perdoné incluso eso. Solo después de su muerte fui capaz de empatizar con aquella chica, comprender lo mal que se había portado él y cuánto la había hecho sufrir. —Volvió a suspirar—. Pero tú me has preguntado por Olga. A partir de las historias de mi padre, siempre me la he imaginado como una mujer decidida y cariñosa, con una capacidad extraordinaria para contar unas historias que siempre encerraban una moraleja. La historia de Herbert y los indios giraba en torno a las heridas y la confianza, o algo así. En la de Herbert y los herero, este no había prestado toda la atención que hay que prestar a los demás, que es mayor cuanto más diferentes

son. Herbert en el Ártico: las grandes empresas hay que planearlas y prepararlas bien. No sé si la moraleja la ponía siempre Olga o si a veces era cosa de mi padre.

Llegamos muy pasada la medianoche. Esa mañana a Adelheid no se le había ocurrido pedir la llave de la pensión, y como esta no contaba con portero de noche le ofrecí mi habitación de invitados. Ella aceptó. Tenía hambre, de modo que recalenté el lomo Strogonoff, preparé una ensalada y cenamos casi en silencio.

—Muchas gracias por todo —dijo. Nos levantamos, se acercó a mí, me rodeó el cuello con un brazo y apoyó la cabeza en mi pecho. Yo la abracé—. Mañana tengo que salir a las seis. Será una noche corta. ¿Quieres dormir conmigo?

Levantó la cabeza y me miró, pero al ver que no respondía de inmediato volvió a apoyarla en mi pecho.

—Es que... si es bonito, no soportaré que te marches por la mañana. Y si no es bonito, prefiero ahorrármelo.

—Lo entiendo —dijo, y se rió en voz baja—. A lo mejor vuelvo otro día y me quedo más tiempo. O vienes tú a Berlín —añadió, y se apartó delicadamente—. Que duermas bien —dijo, y se marchó a su habitación.

No tuve noticias de Tromsö en todo el mes de marzo. Me planteé llamar y preguntar, pero finalmente no lo hice. Si la perspectiva de cobrar no motivaba al anticuario a buscar, una llamada tampoco lo haría.

Adelheid y yo nos escribíamos y nos llamábamos por teléfono. Ella me envió un borrador de su artículo y yo respondí con un esbozo de la reforma que quería hacer en mi jardín. Ella me envió fotografías de Eik y de su madre y también de ella de niña y de joven. Nos recomendamos mutuamente libros, música y películas y descubrimos que ella prefería pasar las vacaciones en el sur y yo en el norte y que ella habría querido volver a tener un perro y yo un gato.

También de niña y de joven, Adelheid me recordaba a alguien. ¿A mi hermana? ¿A Emilie? ¿A mi mujer, a la que no había conocido ni de niña ni de joven, pero de quien había visto fotografías? ¿A alguna de las niñas o chicas con las que había jugado o bailado o de las que me había enamorado? En el sótano tenía una caja llena de fotografías y me planteé la posibilidad de recuperarlas y comparar, pero nunca encontré el momento de hacerlo.

A mediados de abril recibí una carta de Tromsö. El anticuario había encontrado treinta y una cartas y una postal dirigidas a Herbert Schröder. Tras deducir el anticipo, me requería el pago de siete mil seiscientos euros, que debía transferir a su cuenta de un banco londinense. Recibido el dinero, pondría en marcha el asunto. Si prefería que pusiera el envío en manos de un servicio de mensajería, debía transferirle ciento veinte euros más.

En aquel momento no disponía de ese dinero. Pensando de dónde podía sacar esa cantidad me acordé de la libreta de ahorros de Olga. La llevé al banco y resultó que los doce mil marcos se habían convertido en algo más de dieciséis mil euros, más que suficiente para la transferencia.

Pasaron aún dos semanas hasta que, un miércoles a las once de la mañana, un mensajero me entregó un sobre de grandes dimensiones. Dentro había más sobres y una carta del anticuario, eso sí, sin fecha, ni

encabezamiento, ni saludo, apenas con una firma al pie:

Siento haberlo hecho esperar. No es solo que tuviera mucho trabajo. Al principio, no podía examinar la montaña de cartas sin abrir alguna de vez en cuando y leerla. Al poco se convirtió en una obsesión. Encontré una que relataba una historia de celos y otra sobre una desavenencia entre hermanos. Yo estaba fascinado y quería más. Una carta de la época de la ocupación describía un drama de infamias y traiciones, y en otra del tiempo de la liberación el autor, un colaboracionista, anunciaba su suicidio. Tiene que saber que en su día estudié Historia y que de pronto tenía la sensación de estar siendo testigo de la historia tal como había sucedido realmente. Pero treinta o cuarenta cartas más tarde, mi ávida invasión de aquellas vidas ajenas empezó a repugnarme. La historia no es el pasado tal como fue realmente, sino la forma que le damos. Espero que disfrute de sus cartas más de lo que yo he disfrutado de las mías.

AKSEL HELLAND

En la parte superior del sobre había un hatillo con las cartas de Olga a Herbert. Sin ni siquiera apartar el delgado cordón azul, las conté y vi que eran veinticinco, escritas entre 1913 y 1915 y ordenadas cronológicamente, con la más antigua al final y la más reciente enfrente. Para mi asombro encontré también cartas que Olga le había mandado a Herbert en los años de 1930, 1950 y 1970. Había una carta del padre de Herbert fechada el 10 de agosto de 1913, y una postal de un amigo de enero de 1914 con una foto del Palacio Imperial de Hofburg, en Viena:

Amigo mío:

Me cuenta Erwin que andas correteando por la nieve y el hielo. ¡Caramba! A mí me han trasladado a Viena. Va a empezar el baile y necesitan a todos los bailarines. ¡Tráete a un par de jovencitas esquimales y baila con nosotros!

Tu viejo amigo, MORITZ

La carta del padre, con sobre y pliego de papel grueso con el nombre estampado, era la viva expresión de la impotencia:

Hijo mío:

Desde que nos dejaste y te marchaste a Berlín tu madre está enferma. Siempre tuvo los pulmones delicados y no es la primera vez que se le inflaman, pero nunca antes su fiebre, sus ahogos, esputos y dolores fueron tan graves. Temo que vaya a morir, no me atrevo a apartarme de su cama.

Cuando habla solo tiene palabras para ti. Vuelve. Hazte cargo de la casa y de la fábrica, cástate, ten hijos. Estamos deseosos de ver nuevas vidas por aquí. A veces un golpe ayuda a entender las cosas. Nos hemos dado cuenta de que lo importante no es lo que nosotros queramos, sino lo que quieres tú.

Vuelve pronto.

Tu padre

La carta estaba escrita con una letra negra, alta y ancha; la pluma había rasgado el papel y había dejado manchitas de tinta, y había una cruz junto a la firma. ¿Eran muestras de la conmoción del padre mientras escribía la carta? ¿O de sus prisas, pues creía que si la mandaba pronto a lo mejor alcanzaría a Herbert antes de que partiera a la Tierra del Nordeste?

Nunca me había formado una imagen clara de los padres de Herbert. A partir de las historias de Olga, sabía que le tenían apego a Herbert. Aunque, ¿le tenían apego a él o simplemente al portador del apellido y continuador de la herencia familiar? ¿Pensaban ambos padres igual? El padre no había firmado con un «Tus padres», sino con un «Tu padre». ¿Era posible que él llevara ya tiempo pensando distinto acerca del matrimonio de Herbert y que finalmente hubiera logrado convencer a su mujer?

De haberla recibido Herbert, ¿habría cambiado aquella carta su destino y el de Olga? ¿Habría aceptado Olga el papel de la nuera no deseada? ¿Habría querido vivir con Herbert y sus hijos sometida al juicio de sus suegros? ¿Habría renunciado Herbert a sus sueños para convertirse en un terrateniente arraigado al lugar?

El «qué habría pasado si» no tiene ninguna importancia. No era eso lo que determinaba si la vida de Olga había sido un acierto o un error. Y, aun así, yo no podía evitar pensar en ello.

Con las cartas de Olga decidí tomármelo con calma. El cordón que las sujetaba estaba atado con un nudo corredizo, y cuando fui a aflojarlo, sin querer, lo apreté todavía más. Pero tardé un rato en darme cuenta, de modo que lo fui apretando más y más. No usé ni cuchillo ni tijeras: con paciencia fui deshaciendo el lío, solté nudos y cabos hasta que, finalmente, logré aflojar el nudo corredizo, liberar el hatillo y apartar el cordón, largo, delgado y azul.

Dejé las cartas encima de la gran mesa del comedor, cinco filas de cinco cartas cada una. Los sobres eran blancos y la letra, escrita con la tinta azul de la estilográfica Soennecken, presentaba trazos finos en los movimientos descendentes y gruesos en los ascendentes. En los sellos aparecía el busto de Germania en colores: uno rojo de diez *pfennigs*, o una combinación de sellos grises y marrones de tres y *cinco* *pfennigs*. En la parte superior izquierda podía leerse «*poste restante*» hasta julio de 1914, momento en el que el galicismo dejaba paso al término «lista de correos». La primera carta era del 29 de agosto de 1913, la última del 31 de diciembre de 1915. En la segunda carta, del 31 de agosto de 1913, ponía «¡Leer primero!». En una sexta hilera coloqué las cartas de los años treinta hasta los años setenta.

Fui a la cocina y cogí un cuchillo con la hoja afilada y puntiaguda, para poder abrir las cartas sin deteriorarlas. Empecé por la última: corté el sobre, saqué la carta y la alisé, y, después de abrir las primeras, coloqué las páginas escritas encima de los sobres abiertos, en dos montones ordenados.

En una carta encontré una fotografía. Olga estaba sentada en una silla, con una sonrisa en la cara y las manos en el regazo. Junto a ella había un niño de unos diez años, con los ojos muy abiertos y asustados. La había visto de niña, en el jardín, y ya de mujer mayor, después de la huida; era la primera vez que la veía de joven. No era guapa, no había nada encantador ni seductor en su rostro, que, sin embargo, desprendía transparencia y franqueza. Y Viktoria tenía razón: los pómulos prominentes le daban un aire eslavo. En la imagen llevaba el pelo recogido en un moño.

No quería empezar a leer todavía. Era como si tuviera una cita con Olga, como si esta estuviera a punto de llegar, pero se hiciera de rogar. Así pues, la esperé y pensé en aquella chica y aquella joven a las que no había conocido, y en la señorita Rinke, entre cuyos pies solía yo jugar, que me visitaba en mi cama de enfermo y me entendía en una época en la que me sentía incomprendido por mis padres; pensé en Olga y en nuestros encuentros y salidas durante los años posteriores, y en la intimidad que se forjó entre nosotros. Me acordé de su postura, del sonido de su voz, de su mirada clara y sus ojos verdes.

Fui otra vez a la cocina, preparé té, llené el termo y me lo llevé a la mesa. Caía la tarde, fuera brillaba el sol y cantaban los pájaros.

Cogí la primera carta y empecé a leer.

TERCERA PARTE

29 de agosto de 1913

¿Cómo pudiste engañarme así? Volverás antes del invierno, te pregunté, y tú me dijiste que sí. Era nuestra última noche juntos, habíamos hecho el amor, estábamos más cerca que nunca... Si en ese momento la verdad no era algo sagrado para ti, ¿cuándo lo será? ¿Siempre me has mentido así? ¿Acaso no soy para ti más que una niña a la que contentas con cualquier historia? ¿O es que me crees demasiado tonta como mujer para tus grandes pensamientos de hombre? ¿Querías protegerme de la verdad? Porque solo te has protegido a ti, no a mí: si hubieras sido sincero conmigo, yo lo habría sido contigo. ¿Crees que porque en Carelia te salió bien eres omnipotente? En Carelia tuviste suerte, nada más. Ha sido así toda tu vida, hasta que la suerte se te ha subido a la cabeza y te ha nublado la razón.

Dos miembros de tu expedición han abandonado ya. También a ellos les mentiste. ¿Querías hacer como Amundsen y anunciar la destinación final cuando ya no hubiera vuelta atrás, cuando ya solo quedara decidir entre victoria o muerte? Amundsen quería adelantarse a Scott; ¿a quién querías adelantarte tú? Dime, aparte de ti, ¿quién más tiene interés alguno por el Polo, la Tierra y el Pasaje del Nordeste? Amantes arrebatados en la flor de la vida... Me dijiste que el poema no tenía relación alguna con la expedición. Otra mentira. Quieres que tu perdición te convierta en un héroe. Pues vete. No, no quiero hacerme la ofendida, pero no creas que morirás como un héroe. Los héroes mueren por alguna causa importante. Tú, en cambio, morirás por nada. Sin ningún halo de intrepidez, sin utilidad alguna para la Humanidad. Te congelarás, nada más.

¿Cómo puedes hacerlo? ¿Renunciar a mí, a nuestro amor y a nuestra vida por un gesto vacío? Sé que no sirves para una vida burguesa que, por otro lado, yo nunca te he exigido. Pero teníamos una vida juntos, una vida de interrupciones, como la que deben afrontar tantos hombres y mujeres cuando ella se queda en casa y él tiene que marcharse a hacer de soldado, de investigador o de capitán. Era nuestra vida. Y aunque, cuando tú estabas lejos y sentías nostalgia, nos echáramos de menos, cuando finalmente te encontrabas a mi lado éramos felices. Era una felicidad accidentada, pero auténtica.

Nuestra felicidad. ¿Es menos importante que el gesto con el que quieres dejarte arrebatar en la flor de la vida? Qué poema tan banal, por cierto: arrebatado en la flor de la vida. No hay arrebatado alguno, nadie te empuja, con un halo de intrepidez, a serle útil a la Humanidad. La Humanidad empieza en el ser humano, en ti y en mí.

Cuántas veces me he dejado arrastrar por tu fascinación, por el brillo de tus ojos cuando hacías planes o me contabas cosas, cada vez que te marchabas y regresabas. Eras como un niño subyugado por el mundo y por la vida. Pero los niños no arriesgan sus vidas en el juego. Van hasta el límite, pero no más allá. Es parte de su encanto. Tu encanto, ahora lo veo, es un encanto corrompido.

Me has mentido, mentido doblemente. Si me hubieras contado lo que realmente te proponías me habría opuesto, te habría gritado y suplicado, habría llorado, lo habría intentado todo para quitártelo de la cabeza. Y si, aun así, hubieras seguido adelante, por lo menos sabríamos qué pensaba el otro. A lo mejor incluso te habría entendido y habría logrado ver, detrás de los gestos estériles y las palabras vacías, una verdad.

Al principio estaba furiosa. Ahora ya solo estoy triste. Has hecho pedazos todo lo que era nuestro. Y ¿para qué? Se me ocurren varias respuestas, a cuál peor: eras demasiado cobarde para la verdad, te habías acomodado demasiado o ni siquiera te paraste a pensar en lo que desencadenarías con tus mentiras. No sé cómo podremos seguir adelante.

31 de agosto de 1913

Mi querido Herbert:

¿Es esta la primera carta que te cae en las manos? ¡No leas la otra! Cuando me enteré de que ibas a pasar el invierno en el hielo me volví loca de preocupación. Te hice todo tipo de reproches. Me ha dolido que arriesgues tu vida y nuestra felicidad, pero no quiero reprocharte nada. Quieres ponerte a prueba, probar a tus hombres y el equipaje, estar preparado para cuando llegue el gran momento. ¿O acaso el momento ha llegado ya? Quiero creer en ti. Espero lo mejor para ti y rezo por ello. Espero que te llevaras la ropa y las provisiones adecuadas, que te entiendas con tus hombres y que no pierdas la confianza. En el periódico dicen que partiste demasiado tarde, que pronto llegará el invierno. Ahora sé que para ti no fue demasiado tarde. Tú no huyes del invierno, sino que lo buscas.

Todos mis reproches son para mí, no para ti. Desde que te conozco confías excesivamente en ti, y desde lo de Carelia crees que no tienes límites. Tu optimismo es cegador. Y a mí me fascina tu capacidad de entusiasmate, de entregarte, de lanzar tu corazón por encima de todos los obstáculos, me fascina tu fulgor. Eres así, y no puedo amarte como te amo y, al mismo tiempo, esperar que seas razonable. Yo soy razonable. Soy yo quien debería haber hablado contigo, quien debería haber intentado disuadirte de pasar el invierno en el hielo. Y seguramente no lo habría logrado, pero a lo mejor sí.

Lo que te escribo no lo leerás hasta que todo haya terminado. Pero ¡cómo me gustaría poder acompañarte con mis cartas, que encontraras una nueva cada tanto! Cuando llegue el barco, cuando volváis a partir, cuando hagáis escala... Siento como si fueras a leer las cartas dentro de poco y fueras a inquietarte porque me preocupo, a sonreír porque me fascina tu esplendor, a fruncir el ceño porque habría querido disuadirte de pasar el invierno en el hielo. Tengo que hacer un esfuerzo y repetirme que escribo una carta que deberá aguardar mucho tiempo. Pero si la estás leyendo, quiere decir que has regresado a Tromsø, que acabas de mandarme un telegrama y que ya no tengo que seguir preocupándome. En cuanto lo sepas, mañana o pasado mañana, mándame otro telegrama y dime cuándo llega tu barco a Hamburgo. Estaré en el muelle,

esperándote. Te echo de menos y seguiré echándote de menos cuando leas estas líneas. Hasta que vuelvas a estar conmigo.

Te acompaño con mis pensamientos y con mi amor. No sé cuánto tiempo más vas a pasar en el barco, ni cuándo llegarás a la Tierra del Nordeste. Ya me la imagino: nieve, hielo, montañas, rocas, glaciares, conchetas, témpanos, precipicios y, encima, un cielo nocturno donde el pálido sol asoma apenas unas horas tras el horizonte. Cada vez que me lo imagino me puede la inquietud. Rezo por ti, pero siento como si Dios no me oyera, como si estuviera tan lejos como tú, en algún lugar del norte, entre la nieve y el hielo. Aunque tal vez sea mejor que esté donde estés tú. Que Dios te proteja, amor mío.

Tuya, OLGA

21 de septiembre de 1913

Herbert, a quien dedico mi primer pensamiento al despertar y el último antes de dormirme:

Hoy es domingo, se ha terminado ya la misa, ya he tocado el órgano en la iglesia y, como no hay escuela, no puedo pensar en los niños en lugar de pensar en ti. Hemos tenido unos cuantos días soleados y cálidos, de verano, pero hoy el otoño se huele ya en el aire, y, si te fijas en los árboles, asoman ya las primeras hojas amarillentas. No puedo pensar en el clima sin pensar también en ti: que Dios te dé un clima benigno. Hace tres semanas volvió a empezar el curso. Como siempre, durante la primera semana los niños tenían el corazón todavía en las vacaciones, no podían estarse quietos y durante el recreo correteaban y se peleaban como cachorros. Muchos habrían preferido volver a la cosecha, donde los he visto matarse trabajando. Durante la segunda semana estuvieron silenciosos y taciturnos, como siempre también, como si se hubieran rendido. Durante la tercera han despertado por fin y desde entonces participan más. Cada vez, durante esa segunda semana, temo que el silencio de mis alumnos se prolongue durante el resto del curso, pero siempre llega la tercera semana salvadora.

Por suerte, la visita secreta del inspector de Educación ha tenido lugar durante la tercera semana. El tipo tenía un aspecto severo y al final de la clase insistió en dirigir el canto de los niños, pero no logró arrancarles ni una nota hasta que se quitó el monóculo y se unió a ellos, entonando con voz enérgica. Fue amable conmigo. Me contó que los responsables del departamento recibieron mi traslado a Gumbinnen con preocupación. Que habían oído rumores y que, aunque el departamento no se rige por rumores, tiene la obligación de detectar y prevenir riesgos. En cualquier caso, di una buena clase y el inspector dijo que se alegraba de poder contar conmigo entre los maestros y maestras del distrito. Le pregunté de qué rumores se trataba. «Dejémoslo estar —respondió él—. En su expediente no consta nada.»

Por entonces solo sabía que Viktoria le había hablado mal de mí al cura. Debió de hablarles de mí también a todos los padres de sus amigas, que deben de ser nobles, militares o acaso directores provinciales. Sigo sin entender a

Viktoria. No entiendo que haya renegado de mí. En su momento fui a verla, pero ella pasó de largo, se marchó calle abajo y se escondió tras la verja de la escuela. Yo sabía dónde estaba y le hablé, pero ella ni contestó ni salió de detrás de la verja. Y yo no quise arrancarla de un tirón, aunque a lo mejor debería haberlo hecho.

¿Por qué, Herbert? ¿Porque ya no soy la huerfanita pobre que se contenta con las migajas que caen de su mesa? ¿Porque he estudiado? Hay personas en el departamento —no el inspector, pero sí otros— que también me dicen que no me crea especial por haber estudiado. Que no soy más que una maestra. Un día, para rememorar tu charla, fui a otra charla organizada por la Sociedad Nacional de Tilsit, esta sobre los preparativos de las Olimpiadas de 1916 en Berlín. En un momento dado pedí la palabra para hacer una pregunta y me ignoraron, hasta que me levanté y entonces me dijeron que se había terminado el tiempo. ¿No es suficiente que no podamos votar? ¿Que ganemos menos que los maestros? ¿Que no podamos ser directoras de escuela? ¿No es suficiente con que nos arrinconen, también tienen que humillarnos?

Nunca he hablado de estas cosas contigo, ni tampoco sobre Viktoria. Siempre me ha podido el orgullo y además temía lo que pudieras decir. Ya sé que no estabas conforme con que fuera al seminario y me hiciera maestra, pero ¿qué otra cosa podría haber sido? Y ¿podría haber sido tu compañera si hubiera terminado siendo sirvienta o me hubiera metido a trabajar en la fábrica? ¡Qué hermoso fue el otoño, mientras tú escribías tu charla y tus cartas, y me las leías y hablábamos de ello! Tú estabas sentado en un extremo de la mesa mientras, en el otro, yo hacía punto, cosía o pegaba etiquetas en los botes de mermelada que habíamos preparado. ¿Te acuerdas?

¿Echas de menos nuestro cuartito silencioso? Cuando regreses del frío, ¿podrá resultarte tan familiar y amable que dejes de sufrir la nostalgia de la lejanía? Vuelve a casa, amor mío, vuelve a casa.

Tuya, OLGA

19 de octubre de 1913

Vuelvo a estar contigo, Herbert. Pero ¿cómo iba a ser de otro modo? Tú has pasado toda la tarde conmigo y me has ayudado a preparar mermelada.

Ayer fui en tren a Mehlaugen y cogí siete libras de frambuesas en los montes altos. Podría haber cogido muchas más, pero se puso a llover y tuve que dejarlo. Una lluvia fría de otoño, que ha caído toda la noche y todo el día de hoy sobre el tejado del cobertizo. Ahora ha vuelto la calma. En la cocina hace calor, he abierto la puerta para que entre el aire frío.

¿Te acuerdas de cuando vertí el azúcar en el agua fría, con el puchero grande sobre el fuego bajo, y la fui calentando y despumando hasta que se volvió líquida? ¿De cómo luego añadí las frambuesas y las fui removiendo e hirviendo hasta obtener un almíbar espeso? Tú lo mirabas todo con los ojos muy abiertos. El año anterior la mermelada había salido demasiado dulce, por lo que esta vez usé menos azúcar. Siete libras de frambuesas por ocho de azúcar. ¡Al final llené veintidós tarros! ¡Cómo me gustaría que hubieras vuelto a sulfatarlos, tarros y tapas! ¿Te acuerdas? Sujetaste la mecha de azufre con las tenazas, volviste los tarros y los fuiste sulfatando uno tras otro, yo los rellené con el almíbar de frambuesa y los regué con una cucharadita de aguardiente francés, y finalmente colocamos las tapas sulfatadas encima de los tarros y las cubrimos con pergamino. Sin ti, he tenido que ser rápida y precisa como una máquina. Lo he conseguido, pero te he echado de menos. Te echo de menos siempre que hago algo que en su día hicimos juntos y que ahora tengo que hacer sola. Y también cuando hago sola algo que todavía no hemos podido hacer juntos, pero que sé que podríamos hacer.

Lo único bueno de nuestra separación es que puedo escribirte y contarte lo mucho que te echo de menos. Cuando estamos juntos y te digo lo mucho que te he echado o te echaré de menos, tú siempre frunces el ceño y prefieres no oírlo. Piensas que querría retenerte y prohibir que te marcharas. Pero yo no te retengo. Y ya sé que tienes que marcharte. Es solo que te echo de menos.

Estoy muy contenta con la mermelada que he hecho hoy. Los tarros se irán endulzando con el paso del invierno. Y cuando apure los últimos tarros untando el pan, tú estarás ya de vuelta.

Tuya, O

Primer domingo de Adviento de 1913

El noviembre ha sido espantoso. Eik tuvo difteria, pero de entrada el médico no supo diagnosticarla. Empezó con fatiga y dolor de garganta, luego Eik se quejó de dolor de barriga y finalmente vomitó. Nada serio, pensamos cuando le dio fiebre moderada: es mejor no dejar que los niños jueguen al aire libre en los días fríos y húmedos de otoño, como si todavía fuera verano. Pero la fiebre subió y el médico vino a visitarlo. Un señor mayor, callado y amable, que vive en Schmalleningken y se ocupa de los pueblos. Ha traído al mundo a todos los niños de la región y ha cerrado los ojos de todos los muertos. El hombre hace lo que puede y hasta hoy nadie se ha quejado de que sea duro de oído y le falle la vista. Tampoco va muy fino del olfato: no se percató del mal olor que desprendía la boca de Eik, y yo, que sí lo olí, no sabía que era un síntoma de difteria.

¡Cómo sufrió Eik! Tosía y chillaba, primero solo de noche, pero luego también durante el día. No podía tragar, apenas podía hablar y respirar. Su cuerpo candente, su dolor, el temor a contagiar a los demás... Los niños no deberían sufrir así, y yo me habría cambiado gustosa por él. Cada día, después de la escuela, volvía a casa corriendo y le aplicaba compresas frías en el cuello y en las piernas, le refrescaba la cara, le daba vino tinto con yema de huevo, infusiones de equinácea y de ajo, con una sensación de impotencia y desesperación absoluta. Era como si Dios no oyera mis plegarias, como si realmente se hubiera marchado muy lejos, como si yo misma le hubiera pedido que te acompañara a ti en lugar de acompañar a Eik, que protegiera al hombre al que quiero en lugar de proteger a aquel niño. Cuando no estaba cuidando a Eik, lloraba, y si me dormía, volvía a despertarme de inmediato.

La impresión de que aquel médico había pasado algo por alto me empujó hasta la biblioteca de Tilsit. Encontré un artículo sobre difteria y cuando fui a ver al médico y le señalé los síntomas, este no se ofendió, sino que se mostró muy razonable. Era tarde, dijo, Eik debería haber recibido la antitoxina antes de transcurridos tres días desde la aparición de los síntomas. Pero resultó no ser demasiado tarde, y, desde que recibió tratamiento, está remontando. Está débil y seguirá estándolo mucho tiempo, no puede cansarse, ni siquiera

incorporarse. Pero ¡qué felicidad poder cuidarlo mientras se recupera en lugar de hacerlo con la preocupación de verlo enfermar cada vez más!

Hoy es el primer día en que lo he podido dejar a solas. El primer día en que puedo volver a pensar en el colegio, en que hay que reparar el tejado y en el carbón para el invierno, que todavía no ha llegado. También pienso en ti, pero eso lo he hecho cada día. Tendrías que haberme acompañado junto a la cama de Eik. Tú eso no lo entiendes y la prudencia me dice que no debo reprochártelo, pero siento el corazón lleno de quejas.

Te veo ante mí, tal como me mirarías si pudieras oírme: sin saber qué espero de ti, ofendido porque tú no has hecho nada que merezca mis quejas, culpable por no quererme tanto como yo te quiero a ti, pero con la esperanza de que todo se arregle pronto. Eres un niño, Herbert.

Tuya, OLGA

Segundo domingo de Adviento de 1913

Querido Herbert:

Tal vez si no hubieras arriesgado tu vida no te lo habría dicho nunca. Pero de pronto lo que era imposible se ha vuelto posible y lo que antes era innombrable de pronto puede decirse.

Eik es tu hijo. Pensé que te darías cuenta cuando lo viste por primera vez, y si no la siguiente vez, la tercera o por lo menos la cuarta. Creí que ibas a reconocer la carne de tu propia carne. ¡Se te parece en tantas cosas! En la estatura, en tenacidad e intrepidez, en su candoroso egoísmo, con el que causa dolor a los demás, aunque en realidad él no quiere causarles dolor: simplemente no lo ve. Cuando algo lo atrae, cuando algo le sale bien, brilla como tú.

Pocas semanas después de que partieras hacia el África del Sudoeste Alemana descubrí que estaba embarazada. Que mi cuerpo estaba bendecido, así es como lo viví en su momento, aunque no sabía cómo iba a resolver aquella situación. Hoy sigo sintiendo lo mismo: Eik es una bendición en mi vida.

Tuve suerte. Sanne es la hermana de una amiga del seminario. Ella me asistió durante el parto, notificó que había encontrado a Eik abandonado y lo adoptó, y las autoridades se alegraron de saber que las necesidades del niño estaban cubiertas. Yo la ayudo con todo lo que puedo. No se trata de dinero: nos hemos hecho amigas. No cría a Eik como su propio hijo, pues yo tampoco querría que lo hiciera. Le ha contado que lo encontró, le gustó y decidió quedárselo. Él sabe que lo quiere y que también lo quiero yo, una amiga de Sanne, una especie de tía.

Pasé mucho miedo, miedo a que alguien se percatara de que estaba embarazada. A que los dolores empezaran mientras me mudaba aquí. A dar a luz antes de que llegara Sanne. A gritar durante el parto. Pero todo salió bien. Me confeccioné todas las prendas necesarias, envié a la muchacha del vecino a por Sanne en el momento preciso y no grité. Eik llegó al mundo un día después de que yo llegara aquí.

¿Por qué no te dije nada? Habría estado encantada de hacerlo si lo

hubieras reconocido. Si no como tu hijo, por lo menos como mi felicidad. Pero no supiste verlo, y por eso es mío y de nadie más. Solo quiero que, cuando regreses, sepas quién soy. Ya no soy tan solo la mujer a la que conoces y que te ama. También soy la madre de Eik.

A veces me despierto y siento que no volverás. A veces despierto y siento que volverás, pero que yo ya no estaré. ¡Cómo se burla de nosotros el miedo! Pero si así sucede, tienes que ayudar a Sanne. Sin exigencias, sin esperanzas y, a ser posible, sin palabras.

Tuya a las duras y a las maduras,

OLGA

Navidad de 1913

Todo está blanco. Ya lo estaba en mi última carta, pero mientras la escribía no tenía ojos para eso. Tampoco hacía un día tan hermoso como el de hoy. Ayer por la mañana empezó a nevar y no ha parado hasta esta mañana. Cuando ayer fui a la iglesia para ensayar por última vez con el coro antes de la Nochevieja todavía había luz, pero la nevada era tan intensa que trabajo me costó encontrar el camino. Durante el trayecto de vuelta estaba ya oscuro y me pasé de largo de mi casa. No tardé en encontrarla, tampoco es que haya tantas casas, pero por un momento me vi perdida en la oscuridad, la nieve y el frío. Como tú.

Ahora el cielo está azul, brilla el sol y la nieve resplandece. Después de la misa he pasado un rato con Eik, pero he tenido que regresar pronto. El vecino me había prestado su trineo y su caballo (de otro modo no habría podido ir a verlo) y los necesitaba los dos por la tarde. Me habría gustado quedarme un rato más y también pasar más tiempo viajando en trineo sobre la nieve. Ahora estoy sentada a la mesa, contemplando el campo en toda su amplitud. El blanco le ciega a uno los ojos. Un águila ratonera da vueltas en el cielo. De vez en cuando se lanza en picado y encuentra un ratón bajo la nieve, aunque para mí es un enigma cómo lo hace. ¿Será la misma que vimos durante nuestro último pícnic?

¿Dónde estás, amor mío? ¿En el barco, atrapado en la banquisa? ¿En tu refugio? He leído que pescadores, cazadores y exploradores han construido refugios en las islas del archipiélago de Spitsbergen. ¿O tal vez estás en un iglú? He leído también acerca de las agradables viviendas que los esquimales construyen con apenas nieve y hielo, y solo espero que sepáis tanto como ellos. Este año tampoco tenemos árbol de Navidad: si tú no tienes uno, yo tampoco lo quiero. Pero sí tendrás alguna luz, una vela o un candil. He encendido la vela roja y gruesa que compramos el año pasado y que todavía aguantará un tiempo. La próxima Navidad volveremos a encenderla juntos.

Justo hoy hace tres años me preguntaste si quería casarme contigo y no comprendiste que yo te dijera que no. No se trataba solo del puesto que acababa de perder, ni de qué haría sin él mientras tú te marcharas de viaje,

algo a lo que no ibas a renunciar. Tampoco era el miedo a que, cuando tus padres rompieran contigo y te desheredaran, terminarás cogiéndome ojeriza. Ni tampoco el miedo de pensar de qué vamos a vivir cuando la herencia de tu tía se agote. Fue por Eik. No podríamos haber confesado nuestra paternidad sin provocar con ello un escándalo, y vernos sujetos a juicio y prisión. Ni siquiera podríamos haberlo acogido: no se traslada a un niño de un hogar de acogida a otro si no existe una necesidad concreta. Así pues, no nos habría quedado más remedio que vivir tú y yo como marido y mujer, mientras él, nuestro hijo, vivía lejos de nosotros. A mi parecer, eso habría sido inconcebible.

Y todavía hay algo más. Sabes cuánto me habría gustado de niña contar con una familia que me quisiera, me respaldara y me ayudara. Pero no la tuve y no me quedó más remedio que hacerlo todo yo sola. Eso mismo hice con Eik: di a luz y me ocupé de él sola. He conseguido muchas cosas y me siento orgullosa de ello. Para mí ya es demasiado tarde para aprender a vivir como queréis los hombres. Nunca me amoldaré ni me subordinaré. ¿Podrías tú aprender a vivir conmigo en esas condiciones? ¿Lo querrías?

A veces sueño con ello. Sueño que regresas y me preguntas todas las cosas que no me has preguntado nunca: cómo me gustaría vivir, o si preferiría hacer otra cosa que dar clases a niños que no quieren aprender, qué me gustaría ver del mundo, adónde querría viajar y dónde querría vivir, y cómo podrías ayudarme. En Prusia las mujeres pueden incluso estudiar en la universidad. Ni siquiera tendría que mudarme a Zúrich o Berlín.

Te saludo desde mis sueños.

Tuya, OLGA

Año Nuevo de 1914

Amor mío:

Pasé la Nochevieja en casa de Sanne, he dormido allí, y hoy me he levantado pronto y he vuelto a casa a pie. De repente, entre Navidad y Nochevieja el tiempo se volvió más cálido, la nieve empezó a derretirse, pero entonces llegó el frío de nuevo, la nieve se congeló y esta mañana los cristales de hielo brillaban bajo el sol con tanta fuerza y tan hermosos como no los había visto nunca. ¡Ojalá hubieras estado ahí conmigo!

Ayer por la noche Eik volvía a estar tan alegre y lleno de vida como antes de la enfermedad. Los hijos mayores de Sanne podían quedarse despiertos hasta la medianoche, pero a Eik lo mandaron a la cama con los pequeños después de fundir el plomo en agua fría⁷ y protestó amargamente. Eso sí, fue acostarse y dormirse al instante. Quiero preguntarle al médico si todavía requiere cuidados especiales. Si es así, velaré porque no se canse, aunque a veces no sea nada fácil convencerlo.

Me he propuesto muchas cosas para el año nuevo. Quiero un piano y tocar todas las sonatas de Beethoven. Quiero una bicicleta para poder ir a visitar a Eik más fácilmente y también para poder ir a conciertos y conferencias en Tilsit sin tener que estar pendiente de si podré volver en tren. Para ambas cosas, aunque las compre usadas, necesitaré dinero. Sanne y yo queremos hacer mermelada y venderla en el mercado de Tilsit. Yo quiero criar gallinas y tener una cabra. La leche de cabra siempre me había horrorizado, no sé por qué, pero hace poco la probé por primera vez y me pareció deliciosa. También quiero leer la *Divina Comedia* de Dante.

Y quiero hablar mucho contigo. A lo mejor estoy equivocada. A lo mejor un abogado nos revelaría la forma de reconocer a Eik como hijo y llevárnoslo a vivir con nosotros sin terminar en la cárcel por no sé cuántos delitos. A lo mejor podemos casarnos. Si pierdo mi puesto puedo escribir un libro sobre tu expedición: solo tienes que contármelo todo. El éxito del libro nos permitirá sobrevivir cuando se termine la herencia de tu tía. O a lo mejor tus padres se apiadan de ti. ¿Qué van a hacer con la finca si no te la dejan en herencia?

Ay, Herbert: ayer acabé el año viejo junto a un Eik alegre y lleno de vida,

hoy empiezo el año nuevo con esta mañana radiante... ¡Estoy muy
esperanzada! ¡A lo mejor 1914 será nuestro año!

Tuya, OLGA

2 de enero de 1914

Hoy el *Tilsiter Zeitung* informa de que vuestro barco está atrapado en la banquisa. Que tú y tres de tus hombres desembarcasteis, pero que no pudieron recogeros en el lugar convenido. El capitán ha abandonado el barco y, con grandes esfuerzos y un enorme sufrimiento, ha logrado llegar a un asentamiento humano.

¿Dónde estás, amor mío? ¿Has decidido pasar el invierno en un refugio? ¿O has regresado al barco y pasarás el invierno allí? ¿O has partido hacia algún asentamiento y, como con el capitán, pronto tendré noticias tuyas a través del periódico? Él llegó totalmente agotado y medio congelado. He leído que primero se te congelan los dedos de los pies, pero que sin dedos uno todavía puede caminar, correr y bailar. Aunque si corres un poco menos y pasas más tiempo conmigo tampoco me parecerá mal, y por muy agotado que estés, no te preocupes que yo te mimaré. Por lo demás, no es que bailáramos juntos demasiado a menudo; de hecho, tan solo bailamos una vez, cuando en Nidden hubo verbena y al principio tú no querías, pero luego bailaste conmigo con total alborozo. Más alborozo no existe. Fue un baile tirolés. Me encantaría bailar un vals contigo y, como yo no sé y seguramente tú tampoco, tomar clases con un profesor de baile.

¡Me gustaría hacer tantas cosas contigo! Bailar, patinar sobre hielo, esquiar, ir a buscar setas y arándanos, leerte y que me leyeras, dormirme y despertar contigo, viajar en tren y en coche de punto y alojarnos en un hotel, como la gente rica. La idea de acompañarte al Ártico no me atrae, pero ahora me encantaría estar contigo, aunque en el barco, en el refugio, en nuestra tienda de campaña o en nuestra cueva hiciera un frío helador. Nos daríamos calor mutuamente.

Tuya, OLGA

17 de febrero de 1914

Amor mío:

Ayer un equipo de salvamento alemán partió para buscaros. En enero, justo después de la aparición del capitán, se movilizó un equipo de salvamento noruego, pero debido al clima adverso tuvo que abortar la misión y emprender el camino de regreso. El equipo alemán es optimista. Pero tú también eras optimista, los alemanes siempre son optimistas y los noruegos conocen mejor el territorio. La preocupación no me deja dormir.

Y la visita de tu padre todavía ha empeorado más las cosas. Sí, lo has leído bien: tu padre ha venido a verme. Hoy me estaba esperando a la salida de la escuela. Lo he reconocido de inmediato, incluso después de tantos años. Ha envejecido y ahora lleva bastón, tiene el pelo blanco y la cara llena de manchas. Pero iba vestido con abrigo de pieles y calzaba borceguíes, y aguardaba muy erguido entre la nieve sucia acumulada ante la escuela. Camina muy tieso, aunque se nota que no le resulta fácil, conserva la voz recia y lleva una empuñadura de plata en el bastón.

Quería averiguar qué sabía yo sobre tus planes. Tu madre y él esperaban tu regreso antes del invierno, lo mismo que yo, y ahora se preguntan si les mentiste y desde el principio tenías intención de pasar el invierno en la Tierra del Nordeste o si tienes otros objetivos, como el Pasaje del Nordeste o el Polo Norte, de los que ellos no sepan nada. Tu padre quiere organizar otra expedición de salvamento en marzo, cuando el clima mejore y el éxito esté asegurado. ¿Dónde deben buscarte?, quería saber.

Hemos paseado por las calles cubiertas de barro y hemos tomado la calle que va de la escuela a mi casa. El coche de tu padre nos ha seguido, aunque se trata de un trayecto de apenas unos centenares de metros. Ya en el apartamento, tu padre ha echado un vistazo alrededor, como si esperara una miseria espantosa y lo sorprendiera constatar lo acogedor que era todo. No se ha quitado el abrigo, pero se ha sentado. Yo he preparado un té y le he contado las pocas cosas que sé. Él me ha escuchado y al final se ha quedado sentado sin decir nada y ha asentido un par de veces con la cabeza.

Entonces se ha levantado. A diferencia de tu madre y, sobre todo, de

Viktoria, tu padre nunca fue condescendiente conmigo, sino que tan solo mantenía las distancias. Del mismo modo que exigía amabilidad y respeto, a mí, por joven que fuera, siempre me trató con respetuosa amabilidad. A veces, si la familiaridad de nuestra relación lo incomodaba, se mostraba lejano, pero nunca perdía la cortesía. No es posible salvar el abismo existente entre terrateniente y pequeñoburguesa, o como quieras llamarme, con más elegancia.

Se ha detenido ante mí, ha levantado la cabeza y entonces me he dado cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, ha cerrado los ojos y ha apretado los labios, le temblaban los hombros. «Lo siento —ha repetido una y otra vez—. Lo siento.» Me he acercado a él y quería abrazarlo, como suelo hacer con mis alumnos y alumnas, y a veces incluso con personas mayores, pero él ha negado con la cabeza y ha dado media vuelta. Lo he seguido hasta la esquina y lo he visto subirse a su coche y marcharse.

«Lo siento...» La frase resuena todavía en mis oídos, espantosa, como si se refiriera a tu muerte, un doliente hablando a otro doliente. Aunque no puede tratarse de eso: todavía cree que es posible salvarte, va a organizar una expedición... Pero, entonces, ¿qué es lo que siente? ¿Y por qué ha venido? Le podría haber contado lo que sé por escrito, no tenía más que mandarme una carta.

Estoy confundida y la confusión exacerba mi preocupación. Si estás de camino a un asentamiento, resiste. Y si tienes que refugiarte en una cabaña, resiste hasta que puedas seguir adelante o vengan a salvarte.

Yo te sostendré con mi amor.

Tuya, OLGA

8 de marzo de 1914

¡Es primavera! He dormido en casa de Sanne y a primera hora he salido a los campos. Si te fijas en los arbustos y los árboles de cerca, los brotes verdes apenas se ven. Pero cuando ha salido el sol, el cielo tenía una claridad reluciente, los pájaros cantaban y sobre los bosques flotaba un hálito verde. Las campanitas chinas que crecen junto a la entrada de la iglesia tienen ya capullos amarillos.

La primavera me infunde ánimos. Mientras aquí era invierno, te imaginaba a ti también en invierno. Ahora siento que también allí tiene que ser primavera, que la nieve y el hielo estarán ya derritiéndose y que asomarán las rocas y correrán los riachuelos. ¿Te acuerdas de cuando me preguntaste qué crece en el desierto de hielo? En el desierto de hielo no crece nada, pero en la Tierra del Nordeste crece la tundra, y en primavera, aquí y allá, asoma el verde bajo la nieve y a lo mejor brotan también algunas florecillas. Ya sé que donde estás tú todo va más tarde que aquí, pero cuando llegue el momento y veas las primeras flores, ¿pensarás en mí? Sí, lo harás, estoy segura.

¿Qué es la añoranza? A veces es como un objeto que no puedo pasar por alto, que no se puede mover, que a menudo obstruye el camino, pero que forma parte de la habitación y al que ya me he acostumbrado. Y entonces, de repente, me cae encima como un rayo y me falta poco para gritar.

No te quiero presionar, ¿cómo podría hacerlo? Vuelve cuando tengas que volver. Pero no pienso dejar que te marches otra vez.

Tuya, OLGA

15 de marzo de 1914

Mi esposo:

Porque eso es lo que eres, nos hayamos casado ante el Estado y la Iglesia o no. Eres el padre de mi hijo. Eres mi esposo.

Fui con Eik a Tilsit y al pasar por delante del estudio de fotografía de Wilhelm Nagelhort no pude resistirme. Entré y pedí que nos sacaran una foto, que incluyo en esta carta. Habríamos podido fotografiarnos ante un decorado: había un lienzo con unas dunas, uno con un bosque de encinas y otro con una muralla medieval. Pero no he querido. Prefiero que en la foto salgamos solamente nosotros dos: yo sentada en el taburete y Eik a mi lado. A él le resultó todo un poco inquietante: los lienzos, los accesorios (entre otros una piel de león con cabeza y todo, un pequeño cañón y un caballo de madera con arreos de cuero), el enorme aparato fotográfico sobre el trípode de delgadas patas y Wilhelm Nagelhort debajo del paño negro. ¡Y la luz de magnesio! Lo avisamos de que el destello iba a deslumbrarlo, pero aun así se asustó, se levantó y se quedó petrificado. Antes de eso se había apoyado en mí, un gesto que me había gustado mucho.

Aunque la verdad es que no es nada dado a apoyarse ni a acurrucarse. Se está convirtiendo en todo un jovencito. Me recuerda a ti. Tiene los ojos tan azules y claros como los tuyos. Será más alto que tú, pero igual de robusto y fornido. No corre, pero también él quiere estar siempre en otro lugar, aunque no sabe dónde.

¿Alguien más va a reconocerte en él? Yo lo hago. Me hace feliz. Me entristece. Si estuvieras aquí y pudiera decirte: «Mira con qué terquedad patatea Eik, igual que tú», te reirías y dirías: «Yo escondo la terquedad en la barbilla. Eik tiene la misma barbilla que yo.» Discutiríamos sobre quién es más terco, si tú o yo, y Eik, que no se daría cuenta de que la discusión no va en serio, se preocuparía e intentaría reconciliarnos, y entonces nos abrazaríamos los tres.

Ha salido otra expedición a la Tierra del Nordeste. Dicen que la financia el conde Zeppelin. ¿Se supone que todas estas expediciones deberían alentarme? Porque en realidad me dan miedo.

Tuya, como tú eres mío, OLGA

5 de abril de 1914

Queridísimo Herbert:

Hoy es Domingo de Ramos y hemos cantado el motete coral de «Rey del cielo, bienvenido seas». Yo habría querido hacerlo con un coro y una orquesta más grandes, pero sea como sea mi coro tiene voces potentes y el órgano ha sustituido la orquesta. Yo me he encargado de la dirección, he tocado y he cantado, y el cura, que por lo general no dice nada, me ha felicitado.

Vuelve a hacer frío. Dice el periódico que desde 1848, cuando empezaron los registros meteorológicos, no teníamos unos días de abril tan fríos. La floración de los árboles ha quedado truncada y las familias pobres no saben de dónde sacar dinero para el carbón. Yo tengo la estufa prendida, té caliente y mala conciencia, porque me va bien. Espero que este clima anómalo sea más benévolo contigo.

Acabo de levantarme, he ido hasta el armario de la cocina y, detrás de las reservas de azúcar y miel, he encontrado tus apuntes. Como si hubieras querido escondérmelos. ¿O querías encontrarles un lugar donde no me molestaran? ¡Tus apuntes no me molestan!

No, eso no es verdad. Los he leído y me he enfadado. La magia de la lejanía, la infinitud del desierto y el Ártico, tus ganas de marcharte adonde sea, tus fantasías coloniales... ¡menuda sarta de sandeces! Y ya sé que no son solo cosa tuya. No pasa una sola semana sin que lea algo sobre el futuro de Alemania en los océanos, en África y en Asia, el valor de nuestras colonias, la potencia de nuestra flota y nuestros ejércitos y la grandeza de Alemania, como si nuestro país fuera un traje que se nos hubiera quedado pequeño y de repente necesitáramos uno más ancho.

Es cierto que tú sueñas desde hace mucho más tiempo que los demás. Has amado desde siempre el vacío, la soledad del desierto y del Ártico; todavía no los conocías y ya te atraían. Más tarde empezaste a hablar de plantaciones, fábricas y minas en el desierto y del Pasaje del Nordeste. Así encubrías tu amor por el vacío, tal como políticos y periódicos encubren su amor por el vacío apelando a objetivos económicos y militares. Porque los objetivos no importan, son chiquilladas rimbombantes, como lo es también la grandeza de

Alemania. A veces leo y oigo que pronto estallará la guerra. De las colonias en una guerra no quedará nada de nada y nadie le va a prestar a Alemania ese traje grande que no necesita.

Los franceses, ingleses y rusos hace ya tiempo que tienen una patria, desde cuando la de los alemanes no era más que fantasía, no en la tierra, sino en el cielo. Heine ha escrito sobre ello. En la tierra estaban divididos y desunidos. Y cuando Bismarck les trajo finalmente la patria, se habían acostumbrado tanto a fantasear que ya no pudieron parar. Y en ello siguen, obcecados ahora con la grandeza de Alemania, con sus triunfos en océanos y continentes lejanos y con prodigios económicos y militares. Esas fantasías se pierden en el vacío, un vacío que es precisamente lo que amáis y perseguís. Tú escribes sobre entregarte a algo superior, pero en realidad piensas en perderte en el vacío, en la nada. Yo le tengo miedo a esa nada donde tú quieres perderte, y un miedo mayor todavía a que te pase alguna desgracia. En su día no me tomé en serio lo que escribías. Me resultaba totalmente ajeno y, sin embargo, no me importaba porque te tenía cerca. Pero ahora estás tan lejos. Leyendo tus apuntes te me apareces como un extraño y me doy cuenta de que ya entonces eras un extraño para mí.

Pero me aferro desesperadamente a ti.

Tuya, OLGA

6 de abril de 1914

Amor mío:

Todo lo que escribí ayer es verdad, y sin embargo...

Me fascinan tu resplandor, tu tenacidad, tu perseverancia. Cuando te sobreviene algún infortunio, te lo sacas de encima como el perro que, al salir del agua, se sacude y lo llena todo de gotas. Nunca supiste consolarme cuando estaba triste, te quedabas junto a mi dolor como un niño desvalido. Pero al rato, ya desde pequeños, siempre se te ocurría arrancarme de la tristeza con una locura o una tontería. ¿Te acuerdas de mi desesperación cuando mi abuela me escondió los libros, y cómo tú te teñiste el pelo y te pintaste unos bigotes con betún para entrar como un ladrón en casa de mi abuela y recuperarlos? ¿Y cuando estábamos sentados junto al Memel y yo estaba triste porque no podía llevar a mi alumno preferido al instituto de Tilsit y tú te encaramaste al álamo, hasta una altura vertiginosa, para demostrarme que cuando alguien quiere llegar alto puede hacerlo? Tienes una fantasía y unos anhelos desbordantes y por eso merecías unos objetivos mejores que los que te ha brindado la época que nos ha tocado vivir.

Acaso todavía logres encontrarlos.

Y junto a ese lado desbordante tienes otra cara que no me fascina menos. De hecho, a lo mejor incluso me fascina más. Tu fidelidad. Nunca te lo he preguntado y no ha hecho falta que tú me lo aseguraras, porque simplemente lo sé: nunca has tenido a otra mujer, ni en los burdeles de Berlín, como otros oficiales, ni tampoco durante tus viajes. Cada vez que, después de una temporada corta o larga, volvías junto a mí, me preguntabas si todavía te amaba, si todavía te quería junto a mí, no porque hubieras hecho algo que pudiera haberte costado mi amor, sino porque mi amor hacia ti te parecía un milagro que te costaba creer. Cuando te marchabas, te despedías siempre con un: «No me olvides», como si yo pudiera olvidarte. Tardé bastante en comprender que tú simplemente querías un lugar tan estable en mi corazón como el que yo ocupo en el tuyo. Eres un poco miedoso, aunque nunca lo hayas querido admitir, pero no eres ningún pusilánime: siempre has sido un amante apasionado y, al mismo tiempo, dulce y delicado. Te has ido formando tus

propias expectativas vitales, del mismo modo que yo me he formado las mías. Pero el espacio destinado al amor lo hemos construido juntos, y ahí nunca hubo nada que tú te quedaras solo para ti, ni yo para mí. Ahí siempre te entregaste a mí como yo me he entregado a ti. Ay, amor mío. Cuando estás conmigo, no me cuesta nada conciliar tus dos caras. Como cuando cantas «La canción de los alemanes» junto a mí, y primero entonas el «*Deutschland über alles*», y luego te entusiasmas con las mujeres alemanas y la lealtad alemana, me sonríes y me coges de la mano.

Tuya, OLGA

11 de abril de 1914

Herbert, amor mío:

El periódico vuelve a ir lleno de noticias sobre vosotros. Hace unos días, cuatro noruegos que partieron con vuestra expedición llegaron al mismo asentamiento al que llegó el capitán del barco a finales del año pasado. No sabían nada de ti: han pasado el invierno en el barco, atrapados en la banquisa, y lo han abandonado en primavera.

Pero han sobrevivido al invierno, y el periódico dice que, si es posible hacerlo en un barco, también lo es en una cabaña o incluso en una tienda bien ubicada y asegurada. A lo mejor tú y tus hombres habéis logrado regresar al barco. Durante el próximo mes todavía hay esperanzas de que un día aparezcáis en el asentamiento, o de que alguna de las expediciones que andan buscándoos os encuentre.

El 12 de mayo se cumplirán cuatro años desde que presentaste tu charla sobre la misión de Alemania en el Ártico ante la Sociedad Nacional de Geografía e Historia de Tilsit. La sociedad tiene previsto conmemorar la fecha con un acto de recuerdo de tu charla. Más que de rendirte honores, tienen la esperanza de poder saludarte, pues aseguran que ahora mismo los auspicios para tu rescate son favorables.

No, no empezaré otra vez con tu nostalgia por la lejanía, pero hay un pensamiento que no consigo sacarme de la cabeza. Casi nunca salgo de Tilsit. El viaje a Posen para celebrar la finalización del seminario es el viaje más largo que he hecho en muchos años. Nunca te conté nada sobre la celebración porque sé que no te interesa y tampoco ahora voy a hablarte de ello. Tuvo lugar justo al inicio de las vacaciones escolares, de modo que después de la fiesta pude pasar un día entero en Posen. A última hora de la tarde, mientras paseaba sola por la ciudad, que me gustó mucho, tocaron las campanas y en las ventanas de las casas empezaron a encenderse las luces, y me entró la añoranza de mi miserable pueblecito y de mi casa desvencijada detrás de la escuela. Es ridículo, ya lo sé, pero atiende: no era que estando en mi miserable pueblecito y en mi casa desvencijada detrás de la escuela me sintiera satisfecha. Muchas veces quiero marcharme, conocer mundo, ver

París, Roma, Londres, los Alpes y el océano. La lejanía me llama. Y cuando eso sucede la sensación es la misma que cuando siento nostalgia de mi hogar: un pinchazo en el vientre, una opresión en el pecho y un nudo en el cuello que no se va con lágrimas, pero que tampoco me deja respirar.

A lo mejor, entrelazado con tu anhelo de la lejanía y de la nada, existe también el deseo de llegar finalmente a un destino, tal como los alemanes anhelan a un tiempo el vacío y el bienestar. Nunca insistí para que me revelaras tus pensamientos y sentimientos, pero, si un día vuelves, quiero que dejes de esconderte tras eso de que no eres capaz de explicar lo que te ocurre por dentro.

¡Vuelve pronto!

Tuya, OLGA

13 de mayo de 1914

Amor mío:

Ha pasado un mes desde que te escribí por última vez. Había perdido la esperanza. Durante mucho tiempo fue como si mis cartas te mantuvieran en el mundo, te guardaran y protegieran, pero durante las últimas semanas me resultaba imposible creerlo. Si me sentaba a la mesa para escribirte, mis palabras dejaban en la carta un rastro que no era ni de valor ni de energía, sino tan solo de tinta. Hoy ya estoy mejor. Ayer se celebró en Tilsit el acto en tu honor y un día de estos parte otra expedición a rescatarte. Los discursos durante el acto fueron optimistas, lo mismo que el artículo que publicó el periódico. La noticia no esconde la crítica por tu partida tardía al Ártico, pero alaba tu fuerza de voluntad y energía, y cita a un explorador según el cual el éxito de una expedición depende un cinco por cien del equipo y las provisiones, otro cinco por cien del momento de la partida y el noventa por cien restante del liderazgo. A mí no termina de cuadrarme y tampoco había oído hablar nunca del explorador en cuestión. Pero sí sé que tú, como líder, lo tienes todo.

Al final del acto cantaron una vez más «*Deutschland, Deutschland über alles*», como en su día. Como si Alemania fuera a devolvete a mi lado. A lo mejor lo harán un grupo de hábiles y valerosos noruegos. Me pareció todo demasiado exagerado. Pensé en ti, y en mi pensamiento todo a tu alrededor era silencio, la nieve caía sin hacer ruido y lo cubría todo con un manto blanco. Ese silencio y ese manto me asustan.

Un día antes del acto, la junta escolar convocó una reunión de claustro en Tilsit. También allí hablaron de ti y hubo opiniones para todos los gustos, desde los elogios hasta las críticas más acérrimas. Yo te defendí, y me sentó bien hacerlo. El inspector de Educación que me visitó en septiembre se puso de mi lado. Luego me tomó del brazo y me agasajó con paternal amabilidad, como si estuviera al corriente de lo nuestro y quisiera mostrarme su simpatía. ¿Es posible que sepa lo nuestro?

Fue mi primera reunión de claustro. Descubrí que los maestros reaccionan de formas muy distintas ante el deseo de los padres de poner a sus

hijos a trabajar en el campo en lugar de mandarlos a la escuela. Yo siempre me he opuesto a ello. Pero, en cambio, en la reunión nos exhortaron, a partir de ahora, a acceder generosamente a ello. «Entonces es que sí», dijo un colega que se sentaba a mi lado. Habíamos hablado con anterioridad y, como nos habíamos entendido, le pregunté a qué se refería con eso. «Que habrá guerra», respondió, y que teníamos que preparar a los niños para que sustituyeran a sus padres.

He conocido a unos cuantos maestros y maestras jóvenes. Somos más de los que creíamos y queremos volver a reunirnos en privado. Por mi parte, tengo intención de dedicar más tiempo a la agrupación de alumnas de la escuela. Quiero que a partir de ahora los confines de mi vida sean más anchos que los límites de mi pueblo.

He estado ahorrando y pronto tendré suficiente dinero para comprarme una bicicleta o un piano, ambos usados. Tengo que decidirme. Aunque será la bicicleta: quiero salir del pueblo y, mientras no tenga piano, todavía me quedará el órgano.

Así es mi vida estos días. Pienso en ti, no pasan cinco minutos sin que me acuerde de ti, no hay una sola noche ni una sola mañana en la que mi último y mi primer pensamiento del día no sean para ti. ¡Que mis pensamientos te lleven!

Tuya, OLGA

16 de junio de 1914

Ay, Herbert, amor mío:

Mayo no fue un buen mes. En mayo una expedición germano-noruega encontró vuestro barco y rescató a los dos alemanes que habían permanecido allí. Tú y tus acompañantes no os encontrabais a bordo, y los dos alemanes no sabían nada sobre vosotros. Todavía hay una expedición en marcha. Os buscan en la costa este de la Tierra del Nordeste, aunque el periódico dice que tendrían que estar buscándoos por la costa oeste. El periódico también afirma que deberíais haber llegado ya al asentamiento. Las lesiones o la congelación pueden demorar a un grupo, pero si un miembro puede seguir adelante lo hace. Y si nadie estaba en condiciones de hacerlo y os habéis quedado en una cabaña o una tienda de campaña, buscaros es como buscar una aguja en un pajar. El periódico menciona una expedición danesa que logró sobrevivir dos inviernos en Groenlandia, pero explica que los esquimales ayudaron a los daneses y que en la Tierra del Nordeste no hay ni esquimales ni lapones.

Cuando en mis cartas te contaba algo acerca de mi vida, era como si pudieras observarme, acompañarme. Lo hacías desde la distancia, aunque yo no la sentía. Pero ahora ya sí. ¿Te llega algo de lo que te escribo? Cuando te hablo de ti, de tu barco, de tus hombres y de las expediciones que han salido a vuestro rescate, todavía siento que estamos muy cerca el uno del otro. Pero todo lo que te cuento sobre mi día a día cae en el agujero que se ha abierto entre nosotros.

Y yo no quiero ese agujero. Quiero que te quedes a mi lado. A Eik le interesan las expediciones. En casa de Sanne no hay periódicos, pero los lee en mi casa. Ha leído sobre ti y me ha preguntado por los esquimales y los lapones. Me he reunido con varios colegas, un maestro y siete maestras, que conocí en la reunión. El resto de maestros preferían reunirse sin maestras, y el resto de maestras tenían miedo de que el encuentro pudiera molestar a la junta escolar. Nos hemos comprometido a no hablar nunca sobre nosotros, sino siempre sobre las clases y los niños y, en esta ocasión, sobre cómo podemos convencer a padres y curas para que mantengan a un estudiante en el instituto o en la escuela superior para chicas. Pues resulta que durante estos últimos años

yo he tenido más éxito que los demás. O sea que al final sí hemos hablado sobre nosotros: una quiere casarse, pero con lo que gana su prometido no les llega, y con lo que ganan ambos les llegaría, pero en caso de casarse ella tendría que abandonar la carrera docente. El maestro acaba de heredar ni más ni menos que una bicicleta, pero no la usa porque es de mujer y me la quiere dejar por un buen precio. Sanne y yo hemos preparado mermelada y queremos venderla el domingo que viene en el mercado de Tilsit, tal como nos propusimos en la víspera de Año Nuevo. El marido de Sanne me ha construido un corral para gallinas, la semana que viene empiezo a criar pollitos y pronto tendré gallinas, tal como también me había propuesto.

¿Recuerdas cómo hace cuatro años, después de tu charla, oímos el canto del ruiseñor? Pues este verano lo oigo cada noche. Me fascinan sus trinos y gorjeos, pero lo que me gusta de verdad son las notas largas, que me parten el alma. El verano es cálido, y me gustaría echarme contigo junto al Memel o junto al mar y que nos despidiéramos del día y diéramos la bienvenida a la noche mientras contemplábamos el cielo, primero todavía claro y luego cada vez más oscuro, de modo que nuestras miradas encontrasen estrellas y más estrellas y se perdieran en el abismo del firmamento. El ruiseñor canta sobre el amor y la muerte, sobre nuestro amor y nuestra muerte.

En su día no encontraste respuesta a mi pregunta de qué es lo que te atrae del Ártico. ¿La has encontrado ya? O el Ártico o la guerra, dijiste, añadiendo que no sé qué amigos tuyos afirman que pronto habrá guerra. La vieja mina también lo cree, y asegura haber visto a los cuatro jinetes.

A menudo siento que ya no aguanto más, que todo es demasiado: el amor, el miedo, la esperanza, el desespero, la proximidad, la extrañeza... A veces siento tanta rabia hacia ti que casi me parte en dos, y entonces me consume la mala conciencia. Vuelve, te llamo una y otra vez, vuelve, pero tú no me escuchas. ¡Escúchame y vuelve!

Tuya, OLGA

1 de julio de 1914

Mi querido Herbert:

Junio también fue un mal mes. La última expedición que todavía te buscaba ha regresado. No ha encontrado ni rastro de ti, ningún mensaje bajo un montón de piedras, como los que suelen dejar las expediciones al partir, ninguna tienda de campaña vacía, ningún resto de equipaje abandonado. Vuestro barco vuelve a estar en Spitsbergen: el hielo lo ha liberado y varios miembros de la expedición lo han guiado de vuelta.

No habrá más expediciones de salvamento. El 28 de junio, en Sarajevo, un serbio asesinó al heredero al trono de Austria, Francisco Fernando, y a su mujer. Muchos dicen que Austria declarará la guerra a Serbia y temen que Rusia se ponga de parte de Serbia. Pase lo que pase, ya nadie podrá reunir ni el dinero ni los hombres para una expedición al Ártico. Ya solo cuentas contigo mismo.

El mismo periódico que informó sobre el regreso de la expedición aventuró varias conjeturas acerca de las posibilidades que tenéis tú y tus acompañantes. Con vuestras provisiones, las provisiones de expediciones anteriores y de los pescadores y cazadores que utilizan las cabañas podrías resistir todavía mucho tiempo. Añade, eso sí, que parece poco verosímil que los cuatro sufierais heridas al mismo tiempo y que durante el verano os hubierais curado y fuerais a aparecer pronto. Pero que nunca hay que perder la fe y la esperanza, que a veces el ser humano se supera a sí mismo y que otras una fuerza increíble lo guía más allá de sus límites. Pero que también hay que dedicar un pensamiento amoroso a todos aquellos junto a quienes no habéis regresado ni acaso regresaréis ya.

No, yo no abandono ni la fe ni la esperanza, ni tampoco dedico pensamientos amorosos a nadie que no seas tú. Sí, a veces durante estos meses te he sentido muy lejos. Pero no estás hoy más lejos de mí que antes de que regresara la última expedición, ni tampoco más lejos que antes de que partiera. Lo que escriban sobre ti no me interesa. Sigo llevándote en mi corazón y mantengo intactas todas mis esperanzas en ti, creo en ti y te quiero.

Tuya, OLGA

8 de agosto de 1914

Amor mío:

Alemania ha declarado la guerra primero a Rusia y luego a Francia, y entonces Inglaterra ha declarado la guerra a Alemania.

El batallón 41 abandonó el cuartel justo mientras yo estaba con los chicos en Tilsit. Había música y flores, los hombres agitaban el sombrero, las chicas dejaban que los soldados las tomaran del brazo y los acompañaban hasta el tren. En los vagones había carteles donde podía leerse «De excursión a París» o «Con cada golpe de bayoneta, un francés a la cuneta».

Pero en el pueblo el entusiasmo brilla por su ausencia. Cada llamada a filas es un duro golpe para la granja y la familia. Los pocos voluntarios son jóvenes a quienes sus padres tratan peor que a los criados. Uno vino a despedirse de mí: le da miedo la guerra, pero su padre le da todavía más.

La guerra es para la gente de ciudad, no de pueblo. Y para los niños, claro. En los juegos, los más pequeños y débiles deben conformarse con ser serbios e ingleses y los demás se lanzan contra ellos gritando: «¡Fiambres en *conserbia!*!» y «¡Dios *malve* a la Reina!». El miedo a una irrupción por parte de las tropas rusas también es mayor entre el campesinado, temeroso de perder sus provisiones, que en las ciudades, donde todavía guardan buenos recuerdos de los oficiales del cuartel ruso de Tauragè como clientes del «Hotel de Russie».

Pienso en lo que harías tú y sé que no dudarías en alistarte a tu regimiento. Durante un momento de descuido me alegré de que estés a salvo en la Tierra del Nordeste.

Tuya, OLGA

13 de septiembre de 1914

Amor mío:

Ayer los nuestros golpearon a los rusos. Estos tenían Tilsit ocupado desde el 26 de agosto, infantería y cosacos, aunque no habíamos tenido problemas con ellos. En una ocasión, una tropa de cosacos se presentó en nuestro pueblo y, después de dejar que los niños los contemplaran con asombro y que el alcalde los invitara a unas cervezas, volvieron a marcharse. Los campesinos habían escondido a mujeres, hijas y criadas en sótanos y graneros, pero los cosacos no preguntaron por ellas.

Ya sé que no hay ninguna esperanza de que vuelvas. Pero hace ya un año que te escribo y hoy, de nuevo, no vas a contestar, tal como no has contestado antes. Nada ha cambiado. Eres inalcanzable, pero lo fuiste siempre. Te veo ante mí: abrigadísimo, la cara enmarcada por el forro de piel del abrigo y por la capucha, los esquís en los pies, las manos (protegidas con mitones) agarrando los palos y correas atravesándote los hombros sobre los que cargas un trineo. Te has convertido en esta figura, entre la nieve y el hielo, lejos, muy lejos, blanco y frío, y yo no sé si, de tenerte ante mí, podría darte calor. Te has alejado de mí, pero para mí no estás muerto.

A veces le hablo a Eik de tus viajes. Le leo las cartas que me escribiste y embellezco un poco tu historia, de modo que a ojos de Eik eres ya un gran aventurero. Se acuerda de ti, y, cuando le digo que es tan valiente y fuerte como tú, se muestra de lo más orgulloso. Tendría que advertirlo, no quiero que se pierda como tú, pero no tengo estómago para hacerlo. Nos sentamos juntos, le hablo de ti, sus ojos brillan, y si dejo la historia en un punto emocionante no quiere esperar la continuación al día siguiente o al cabo de dos días, me coge de las manos, me suplica y me ruega que siga hablando. Momentos de intimidad.

Mantente a salvo, Herbert, donde y como sea. Te quiero.

Tuya, OLGA

11 de noviembre de 1914

Amor mío:

Día sí y día también nos llegan partes de guerra: si son partes victoriosos, suenan las campanas y ondean las banderas. Dos hombres del pueblo han caído, y con cada nuevo parte yo no puedo pensar más que en las víctimas que se cobran cada día de guerra y cada victoria.

Hoy el periódico trae información sobre los jóvenes regimientos que ayer marcharon contra los franceses en Langemarck. Con «La canción de los alemanes» en los labios, ajenos al fuego enemigo, asaltaron la colina y tomaron una posición francesa. Al parecer, la sangre de nuestros jóvenes se derramó con abundancia, pero se ve que el orgullo por nuestros jóvenes consagra el dolor que nos causa su muerte.

Te veo entre ellos. Te veo corriendo, con uniforme gris de campaña, con el ridículo casco de punta con funda también gris sobre la cabeza, la mochila a la espalda y el arma con la bayoneta calada en la mano. La mochila marrón también es gris, lo mismo que tu cara y tus manos, y la hierba y los árboles, y también el cielo, todo es gris. Subes corriendo por una pendiente, de pronto caes, pero te levantas y sigues corriendo, y no sé si has caído porque has tropezado o porque te han alcanzado, ni si sigues corriendo porque no te ha pasado nada o a pesar de que estás muerto. A tu alrededor hay otros, también ellos corren, también ellos caen, pero ellos no se levantan y siguen corriendo como tú. Tú eres el único que se levanta y sigue corriendo, aunque nunca alcanzas la cumbre de la colina, nunca abandonas la pendiente. Corres y corres, pero nunca llegas ni a la posición de los franceses ni a los brazos de la muerte.

Te veo como en un sueño y sé que es un sueño que se repetirá durante muchas noches, hasta que regreses, hasta que se termine la guerra. Nunca he soñado contigo en el Ártico. He intentado imaginarte entre el hielo y la nieve, pero no lo he logrado, ni despierta ni durmiendo. A veces he soñado que te marchas en coche, en tren o en barco: estás en el andén o en la cubierta, te vuelves hacia mí, pero no me dices adiós, tan solo me miras, y cada vez estás más lejos, cada vez eres más pequeño. Son sueños de despedida de los que me

despierto triste y colmada de ternura por aquel hombrecillo que se va encogiendo cada vez más.

Cuando, por la noche, en mis sueños, corres pendiente arriba, no cantas. Nadie canta. Tanta muerte y destrucción y, sin embargo, reina el silencio.

Tuya, OLGA

Navidad de 1914

Amor mío:

El año pasado tú querías volver antes de Navidad, este año querían regresar los soldados. Los hombres no sois de fiar.

Han sido unas Navidades de lluvia y barro, sin nieve ni cielos azules. Pero la iglesia estaba muy bonita y yo he cantado el *Quempas* con el coro.⁸ Nunca había visto la iglesia tan llena: incluso ancianos y enfermos, que en otro momento se habrían quedado en casa, no quisieron perder la ocasión de compartir estas Navidades bélicas con los demás. Como las ovejas se juntan unas con otras cuando fuera aúlla el lobo. De momento ya son cuatro las familias que van de luto. Cuando el cura pidió la bendición divina para nuestras almas, todos contuvieron el aliento, espantados.

A veces dejo volar la fantasía e imagino que no te has quedado en la Tierra del Nordeste, sino que lograste atravesar el Pasaje del Nordeste para explorar, con los esquís y el trineo, por dónde pasar en barco en verano. Que llegaste hasta el norte de Siberia, que los nativos te acogieron durante el invierno y la primavera, y que ya en verano, cuando decidiste regresar a Berlín pasando por Moscú, en el primer contacto con los funcionarios rusos descubriste que se había declarado la guerra, que lograste huir antes de que te metieran en un campo y regresaste al norte, con los nativos, a quienes les da lo mismo la guerra que la paz. Y que ahí sigues y por eso no puedes escribirme. Pero que estás vivo, y que volverás junto a mí en cuanto termine la guerra.

¡La de cosas que me había propuesto para este año! Sanne y yo ganamos dinero con la mermelada y pude comprarme la bicicleta. Pero el zorro se comió mis gallinas, y eso me quitó las ganas de tener una cabra. Para el piano tendré que esperar por lo menos dos años más, y la *Divina Comedia* de Dante empieza con el Infierno y no me apetecía leer sobre torturas, dolor y muerte. Aunque la verdad es que no me apetece leer nada: los libros alegres me entristecen tanto como los tristes.

Silueta de mi fantasía siberiana, sueño de amor y pesadilla mía, mi hombre, loco, extraviado, congelado, caído, padre incapaz de mi hijo, mi esperanza contra toda razón, amante mío, ni puedo ni quiero dejarte. Sigue

siendo mío, tal como yo sigo siendo tuya.

OLGA

11 de julio de 1915

Herbert:

Las batallas de este verano han sido más atroces que todo lo que sabíamos sobre la guerra. Nadie da cifras de fallecidos, pero una colega que tiene un contacto en Suecia asegura que son cientos de miles. Cada vez vemos a más mujeres de luto. También vemos cada vez a más heridos. Para muchos la guerra ha terminado, y Sanne está feliz porque su marido vuelve a estar en casa. Ha perdido un brazo, pero Sanne repite una y otra vez: «¿Para qué necesitamos un brazo?» No quiere reconocer que ha perdido mucho más que eso: él nunca cuenta nada sobre los horrores de la guerra, pero los lleva escritos en la cara.

La guerra ha acabado con los hombres de mi generación. También el joven colega que se reunió con las demás maestras, que había heredado una bicicleta de mujer y me la vendió, ha muerto. A veces me dio por pensar que, si no volvías, a lo mejor podría llegar a ser feliz con él. No nos prometimos nada, tan solo nos miramos, y a lo mejor quise ver más en sus ojos de lo que él realmente expresó. Pero me bastó para hacerme pensar que mi vida todavía no se había terminado. Naturalmente, el trabajo sigue: la escuela y la iglesia, donde año tras año llegan nuevos alumnos y alumnas. No soy solo tu viuda y su viuda, sino la viuda de toda una generación.

También tú perteneces a esta generación acabada, y yo empiezo a hacerme a la idea de que estás muerto. No es que estés lejos, inalcanzable. Estás realmente muerto y, aunque a veces te sienta presente, no eres más que un producto de mi recuerdo y de mi añoranza. Te siento presente en todo momento, como siempre, y por eso tengo que decirme una y otra vez que estás muerto. Debo aprender a vivir con esta realidad.

Aprender a no hablarte del verano, de junio y el calor, y del mes de julio, que fue demasiado frío; de los prisioneros rusos que trabajan en las granjas y que a veces sustituyen a los campesinos, no solo en los corrales y en los establos. De los niños, que se dan cuenta de que el mundo está desquiciado, de que las victorias no traen paz alguna, de que la Madrina Muerte⁹ se ha instalado entre nuestras familias como un padrino en casa, y que *patria*,

muerte heroica, honor y lealtad no son más que palabras. Tengo que aprender a no hablarte de mi vida. Aunque cada vez lo hago menos. Yo no, pero algo dentro de mí sí hace ya tiempo que empezó a comprender que estás muerto.

OLGA

9 de octubre de 1915

Hace unos días murió mi abuela. Estaba enferma y le había dicho que viniera a vivir aquí para que pudiera cuidarla. Pero prefirió morir en su cama. O acaso no quería tenerme cerca. Fue ella quien me crió, pero nunca me hizo un lugar en su corazón. Como si yo fuera una decepción o le recordara algo desagradable.

Cuando llegué ya había muerto. Estaba dentro de un ataúd abierto, en la fría iglesia. Cogí una manta de lana y un taburete y me senté a su lado. Cuando empezó a oscurecer encendí una vela.

No le habían cerrado los ojos y la boca. Aunque no era simplemente que tuviera los ojos entreabiertos: había visto el rostro de la muerte y los tenía abiertos de par en par, abiertos de espanto y pavor, y los labios crispados revelaban las encías sin dientes, como en un grito. En la iglesia reinaba un silencio absoluto, y no dejé de oír aquel grito hasta que por fin cerré la tapa del ataúd.

Pero mi abuela seguía junto a mí, y yo percibía su repudio, como lo he percibido siempre. A veces me pegaba y a veces me trataba con brusquedad. Pero incluso cuando no hacía nada de eso y ni siquiera me hablaba con aspereza, su repudio flotaba en el aire, como un aroma. Sentada en la iglesia, me embargó de nuevo aquel aroma tan familiar como odioso.

En su día me preguntaba de dónde vendría su repudio, me esforzaba por contentarla en todo, me dolía no ser capaz de hacer nada bien y me indignaba cuando ella me castigaba a pesar de no haber hecho nada para merecerlo. Ahora, en cambio, lo único que sentía era tristeza. Pensé en Eik. Qué bonito podría haber sido para mi abuela criarme y verme crecer desde niña, qué bonito podría haber sido para mí que una anciana me acompañara en ese recorrido. Me habría encantado quererla, si se hubiera dejado querer. ¡Y qué felicidad, ser querida!

«Y amar, dioses, qué felicidad», escribió Goethe, que pone el amar por encima de la felicidad de ser amado. Eso solo lo puede escribir alguien que está seguro de ser querido. Yo no tuve esa seguridad, nunca.

A veces me compadecí de mí misma, por haber crecido sin cariño y

porque, contigo, solo pude experimentar un amor interrumpido. Ahora pienso en los miles de soldados caídos y en sus vidas y sus amores no vividos, y eso eclipsa mi autocompasión. Pero la tristeza pervive.

Sentada junto al ataúd, empecé a llorar y ya no pude parar. De todas las cosas que podrían haber sido, no había sido ninguna: ni entre mi abuela y yo, ni entre tú y yo, ni entre los soldados y sus mujeres e hijos... ¿Cómo voy a soportarlo? ¿De qué voy a alegrarme? Aquella noche volviste a morir, no sé cuántas veces van ya. Pero nunca antes ante la idea de tu muerte me había parecido todo tan vacío.

Al cabo de un rato me levanté y di una vuelta por la iglesia. Me senté ante el órgano, con el que tanto he practicado y tocado, y en el palco, donde estudié e hice punto, y donde nos amamos tú y yo. Me senté y lloré, me dolía recordar y sin embargo no podía parar. Fui evocando recuerdo tras recuerdo y te sentí junto a mí y eché de menos tenerte junto a mí.

Cuando fuera empezó a clarear me marché. Atravesando los campos, llegué a nuestro lugar de encuentro en la linde del bosque. Nada ha cambiado allí. Miré a mi alrededor, esperando algo, sin saber qué, y vi salir el sol, que iluminó primero las altas cimas, luego los árboles y finalmente los campos. Fue un espectáculo maravilloso.

Aún tuya, no me preguntes cómo, OLGA

31 de diciembre de 1915

Amor mío, esta es la última carta que te escribo. Me despido de ti. Empiezo el año nuevo sin ti. No quiero que me rondes más, no quiero llevarte en mi interior. Estás muerto, llevas muerto mucho tiempo y yo sigo hablando contigo, y, cuando lo hago, te veo ante mí y te oigo. Tú nunca me contestas, pero te ríes, frunces el ceño o murmuras afirmativamente. Estás ahí. He oído hablar de los dolores fantasma que sienten los soldados que han perdido un brazo o una pierna. El brazo o la pierna ya no están, pero duelen como si siguieran ahí. Tú estás lejos, pero me dueles como si siguieras ahí. Y si ahora que estás muerto puedo amarte igual que te amaba cuando estabas vivo... ¿significa que fuiste siempre un fantasma? ¿Es posible que durante todo este tiempo no haya amado más que a una imagen que yo misma conjuraba ante mí? ¿Una imagen para la que no importa que estés vivo o no lo estés?

No quiero desterrarte de mi vida. Siempre tendrás un lugar en mi corazón, un cofrecillo tuyo y de nadie más ante el que de vez en cuando me detendré para pensar en ti. Pero ahora tengo que cerrar el cofrecillo para poder atender a otras cosas. De otro modo duele demasiado.

¿Te acuerdas de la primera vez que nos amamos? Queríamos ir a dar un paseo, pero solo llegamos hasta nuestro lugar en la linde del bosque, donde siempre nos encontrábamos, hablábamos y estudiábamos, y donde supimos que estábamos hechos el uno para el otro. Nos miramos, nos abrazamos y nos echamos sobre la hierba, y todo fue natural y, al mismo tiempo, inesperado. Sentimos una felicidad inconcebible. Luego cayó la tarde, un amigo de tu padre venía a cenar y tenías que marcharte. Te seguí con la mirada, tú te volviste un momento hacia mí, y entonces te marchaste.

Vete, amor mío, vuélvete un momento para mirarme, pero vete.

OLGA

27 de julio de 1936

Eik. Me escribió para decirme que quería ver los Juegos Olímpicos y que a lo mejor había pasado ya suficiente tiempo trabajando en Italia y había llegado el momento de volver a vivir en Alemania. Ha pasado toda la semana en casa de Sanne, el fin de semana vino a verme y hoy se ha marchado a Berlín. Verá los Juegos Olímpicos. Se quedará a vivir en Alemania. En el momento de la despedida, en la estación de tren de Tislit, me dijo que se ha afiliado al Partido Nacionalsocialista y que va a ingresar en las SS. Se asomó por la ventana del tren e hizo como si acabara de venirle a la mente y quisiera mencionarlo de pasada.

¡Qué cobardes sois los hombres! Tú no tuviste el valor de anunciarme tu estupidez invernal, y él no lo ha tenido para hablar conmigo de sus desvaríos políticos. Los dos sabíais que iba a plantaros cara y os faltó el valor para discutir conmigo. Os creéis lo bastante maduros para afrontar la nieve y el hielo, las armas y la guerra, pero os amilanáis ante lo que pueda decirnos una mujer.

Durante los últimos años me he preguntado a menudo qué pensarías tú de todo esto. No me da la impresión de que los nazis tengan muchos sueños coloniales o árticos, y a lo mejor eso te habría salvado de caer en sus manos. Pero tienen ambiciones exageradas, y allí donde hay ambiciones exageradas, las sandeces no pueden andar lejos. A lo mejor te habrías empeñado en enseñarles a tener sueños coloniales y árticos.

Estoy furiosa, con Eik y contigo. Es hueso de tus huesos y carne de tu carne. Es tan tonto y tan cobarde como tú. También puede ser tan encantador como tú. Pero el encanto no puede nada contra la tontería y la cobardía.

OLGA

29 de julio de 1936

Justo después de la primera carta, una segunda. Eso ya sucedió otra vez, lo sé. Pero esta carta no invalida lo que escribí en la primera, y tú no debes leer solo esta, sino las dos. El aviso de Eik me dolió tanto que tuve que escribir para contártelo. Escribirle a mi marido, a su padre. Eik es hijo tuyo lo mismo que mío, pero es más hijo mío que tuyo, tal como su carta, humillantemente, me recordó. Me escribió desde el tren mismo para justificarse. Me dijo que yo le había inculcado el placer por la aventura y los viajes lejanos, por una vida de anchos horizontes. Y que él había buscado precisamente eso y lo había encontrado. Que Alemania no necesitaba colonias: su espacio vital estaba entre el Memel y los Urales, allí era donde esperaban las aventuras para su generación, y allí era adonde él quería ir, donde quería establecerse.

Mis reproches no son para él, sino para mí. Después de la guerra, mientras estudiaba en el instituto, pasó bastante tiempo viviendo conmigo. Habría podido educarlo mejor. Tendría que haberle contado otras cosas sobre ti, presentarte no como un héroe, sino como un caballero de la triste figura al que no hay que emular, pues emularlo equivale a echar a perder la vida. Tú preferiste ser Amundsen, y, si no Amundsen, por lo menos Scott, en lugar de vivir tu vida. Ahora Eik quiere vivir una vida que no significa nada para él. Y que no lo conducirá al hielo y la nieve, sino a la guerra.

Es extraño. Te siento exactamente igual que hace veinte años. Desde entonces no has envejecido nada, pero yo sí, y con eso podría bastar, pero no es así. A lo mejor te he escrito también porque me siento sola. Alemania se me ha vuelto extraña y mucha gente que antes me era próxima, en el pueblo, en la iglesia, en el coro, ya no lo es. El viejo inspector de Educación sacudió la cabeza con preocupación cuando me negué a impartir la asignatura sobre racismo y el nuevo quiere expulsarme del colegio.

Ya no me gusta ir a la iglesia. Voy por el órgano y por el coro. El cura es miembro de los Cristianos Alemanes¹⁰ y le hace perder a uno el gozo por la fe. De todos modos, no creo en el cielo y el infierno, ni en la vida después de la muerte. Por eso tú vives solo en mi corazón, y allí te mando saludos.

Tuya, OLGA

15 de octubre de 1939

Herbert, amor mío:

Te escribí hace tres años. Poco después me puse enferma, y desde entonces soy sorda. La junta escolar me despachó y fui a la escuela para sordos de Breslau, donde me gané el sustento trabajando como costurera. Pero no te escribo por eso. Te escribo para hablarte de Eik.

Me visita cada tantos meses y es cariñoso y atento. Si yo no fuera tan orgullosa, me daría dinero suficiente como para no tener que seguir cosiendo. Nunca me ha contado a qué se dedica y yo tampoco se lo he preguntado. Hasta su última visita, cuando el orgullo le impidió seguir callando: trabaja en la oficina central de seguridad del Reich, empezó hace dos años en la policía, ha hecho carrera y lo ascendieron una vez el año pasado y otra este año.

En el sótano de la oficina central de seguridad del Reich torturan a prisioneros. Eso lo sé yo y lo sabe todo el mundo. Él me dijo que no podía ser de otro modo y que yo no lo entendía porque no entiendo esta nueva época. Pero la entiendo perfectamente. Es igual que la antigua, solo que ahora Alemania tiene que hacerse todavía más grande, tiene más enemigos y debe apuntarse aún más victorias. Y el griterío es todavía más atronador, lo oigo incluso yo, que estoy sorda.

Soporté los interminables discursos de Eik sobre la sangre, la tierra y el destino. Lo que no soporto es que él trabaje tranquilamente en un escritorio en la planta noble mientras en el sótano torturan a gente. ¿Bajará él también al sótano? Le escribí y le comuniqué que no quería verle más. Vino igualmente y le dije de todo, y él se quedó sentado ante mí, con actitud obstinada. Me acordé de mis alumnos, cuando los acuciaba para que admitieran alguna maldad, y ellos sabían que tenía razón pero ni así soltaban prenda. Si no se tratara de algo tan grave, su obstinación me habría conmovido.

He aprendido a vivir sin ti y ahora aprenderé también a vivir sin Eik. Pero me duele.

OLGA

1 de abril de 1956

Herbert:

Quiero que sepas que Eik está vivo. Lo soltaron el año pasado de una prisión rusa, fue uno de los últimos diez mil en salir.

Me escribió y vino a verme. Su carta tenía un tono quejumbroso, pero durante su visita me pareció un hombre autoritario. Al verlo, con su figura descarnada, el rostro enflaquecido y el pelo blanco, me dio pena y lo abracé. Entonces hablamos y él no hizo más que referirse a la injusticia de la que habían sido víctimas él y Alemania. Tuve la sensación de que no lo conocía de nada, más incluso que antes de la guerra. Tiene un hijo y pronto volverá a ser padre, su mujer está embarazada y me encantaría conocerla, pero solo me lo permitirá si no me entrometo en la crianza de los niños y los asuntos de la familia. Él puede apañarse sin mí, añadió, lleva quince años haciéndolo. Por mucho que en su día se pudiera hablar con él, ahora no atiende a razones.

No tiene ningún interés por volver a verme. Y yo tampoco a él. En su día me quedé sola y ya me he acostumbrado a ello. En una familia para la que coso he trabado un poco de amistad con el pequeño de la casa. Se llama Ferdinand y me recuerda a ti y al joven Eik. También le hablo de tus peripecias, pero me guardo bien de que se lleve la idea de que la vida es una aventura.

El ser humano sociable vive en el presente, y el solitario, en el pasado. Pienso a menudo en ti, y el tiempo que pasamos juntos no me resultaría más presente si tú y yo hubiéramos envejecido de la mano. Pero sería bonito poder recordar juntos, tú y yo sentados en un banco, delante de la casa: a ti se te ocurre algo, yo añado algún detalle, entonces se me ocurre algo a mí y tú sigues la historia.

A menudo, ocupada con mis quehaceres diarios, pienso en ti. Entonces hablo contigo un rato; mejor eso que hablar siempre conmigo misma.

Eres mi compañero, lo fuiste desde muy pronto y nunca has dejado de serlo. Me enfado y discuto contigo, pero para eso eres mi compañero de toda una vida, y me alegra que así sea.

Tuya, OLGA

4 de julio de 1971

Herbert, amor mío, compañero fiel:

He estado leyendo sobre artistas que crean algo que no lleva su nombre, que nadie reconoce como obra suya y que tal vez nadie llegue incluso a ver ni a oír. Encuentran el lecho vacío de un torrente sobre la roca y decoran el fondo con guijarros. En una peña por la que sopla el viento hallan una grieta donde cabe una pequeña flauta, dos o tres, y dejan al viento tocando una nota o un acorde. Aprovechando la marea baja hacen un dibujo sobre la arena que la marea alta destruirá horas más tarde. ¿O acaso no lo destruye, sino que se lo lleva consigo? Hace unas pocas semanas derribaron el depósito de aguas que había ante mi balcón. Era tan alto como un edificio, se elevaba esbelto hasta llegar a la protuberancia del tanque en sí y estaba tapiado con ladrillo. El tanque tenía un tejado abovedado y, encima de este, una torrecilla con otro tejadito, ambos de pizarra. Era bonito. Ya no estaba en uso.

Leí en el periódico acerca de los preparativos para la voladura y, en cuanto empezaron, fui hasta el lugar y charlé con el maestro de demoliciones. A una viejecita nadie le dice que no, de modo que me explicó cómo tenía previsto derribar la torre. No caería de lado, sino que se hundiría sobre sí misma, entre una nube de polvo, pero sin provocar daño alguno. Al día siguiente fui otra vez e hice acto de presencia también el día de la voladura. El maestro de demoliciones y los trabajadores me conocían y estaban encantados con mi interés, de modo que nadie sospechó nada cuando pasé junto a las cajas ya abiertas con los cartuchos de dinamita.

Y así es cómo hoy dispongo de tres cartuchos de dinamita. Para la mecha solo tengo que coger un hilo de lana y empaparlo con gasolina para encendedores. Tengo todo lo que necesito.

Voy a hacer saltar a Bismarck por los aires. Todo empezó con él. Tú crees que fue algo positivo, pero fue un error. A lo mejor, en cuanto haya volado por los aires, la gente reflexiona un poco. Aunque también es posible que nadie se dé cuenta de que donde estaba su busto de pronto hay solo un montón de escombros y cascotes, del mismo modo que nadie se fija en el ornamento del lecho del torrente, ni en el acorde que suena en la montaña, ni

en el dibujo sobre la arena. No hace falta que nadie se fije en un objeto para que este sea hermoso y auténtico. Y lo mismo pasa con los hechos. ¿Con quién voy a compartir todo esto sino contigo? Ferdinand es un buen chico y le tengo mucho cariño, pero es un poco aburrido. Todos lo son.

Tienen siempre preparado algún argumento moral sobre el pasado y el presente, y aunque llevan vidas de lo más cómodas y no les cuesta nada comportarse de forma moral, lo consideran una hazaña y se sienten la mar de orgullosos por ello. Quería que Ferdinand hiciera las cosas mejor que tú y que Eik, pero también su generación tiene ambiciones excesivas.

¿No me creías capaz de robar dinamita y hacer volar monumentos? ¿Crees que todo esto es una locura? ¿Te alegras de que yo también cometa locuras porque así ya no estás solo? Todavía no sé cuándo lo voy a hacer. Pero desde que sé que lo haré, me siento mejor.

Y estoy cerca de ti.

Tuya, OLGA

Me quedé sentado con la carta en la mano y vi ante mí su figura erguida a pesar de su edad, avanzando lentamente por las calles bajo el cielo oscuro y la luz de las farolas, con la bolsa de dinamita, la mecha y las cerillas colgando del brazo, dirigiéndose hacia el monumento. Percibí el silencio que la rodeaba y oí su monólogo, sus susurros quedos. Oí la detonación.

Me sentí orgulloso de ella. ¡Menuda suerte cuando la vida que uno ha vivido y la insensatez que comete encajan como melodía y contrapunto! ¡Y también cuando no encajan, sino que es uno quien las hace encajar!

La melodía de la vida de Olga fue su amor por Herbert y su resistencia a él, como realización y como decepción. Tras su resistencia contra todas las insensateces de Herbert, el gesto insensato. Tras una vida de silencio, un ruidoso estrépito: Olga había puesto el contrapunto a la melodía de su vida.

No negaré que, de entrada, la última carta de Olga me ofendió. ¿De verdad soy aburrido? Pero no escribió que se hubiera aburrido conmigo. Se refería a lo cómoda que había sido mi vida, y sé que es cierto, que tuve una vida cómoda. Quizá demasiado cómoda, pero de nada me sirve ya pensar en ello.

Estas son las últimas líneas, aunque con ellas no me despidió de Olga. Nunca me despediré de ella. Cuando Adelheid venga, iremos en coche a mi ciudad natal y visitaremos su tumba, en el cementerio de la montaña. Desde luego, ahora ya sé por qué la nieta me recordaba a su abuela. ¡Qué bonito que en el rostro de Adelheid me acompañe también el rostro de Olga!

NOTAS

¹ «Nun ruhen alle Wälder» es un *Abendlied* (canción vespertina) de Paul Gerhardt (siglo XVII). (*N. del T.*)

² En francés en el original. Se traduce como «lista de correos», término que designa un servicio prestado por las compañías de correos mediante el cual se puede dar la dirección de una oficina postal para recibir allí la propia correspondencia. (*N. del T.*)

³ Literalmente «espacio útil», término acuñado por el geógrafo Friedrich Ratzel (1844-1904) que establecía una relación entre territorio, población y Estado, y que Hitler utilizó para justificar su Tercer Reich. (*N. del T.*)

⁴ Caligrafía popularizada a partir del diseño creado por Ludwig Sütterlin que se impuso como obligatoria en las escuelas alemanas entre 1935 y 1941. (*N. del T.*)

⁵ «No queremos separarnos nunca, queremos estar siempre juntos.» (*N. del T.*)

⁶ «Der Mond ist aufgegangen» es otra *Abendlied* (canción vespertina), en este caso de Matthias Claudius (siglo XVIII). (*N. del T.*)

⁷ La costumbre del *Bleigiessen*, propia de la noche de San Silvestre, consiste en echar plomo derretido en un cubo de agua fría para vaticinar el porvenir según las formas que adquiriera el metal al enfriarse. (*N. del T.*)

⁸ Forma popular de referirse al cántico navideño «*Quem pastores laudavere*», muy extendido en Alemania, y que ha pasado a designar genéricamente al villancico. (*N. del T.*)

⁹ Alusión al cuento homónimo de los hermanos Grimm, «*Der Gevatter Tod*». (*N. del T.*)

¹⁰ Movimiento religioso iniciado en torno a 1931 y que fusionaba elementos cristianos con ideología nazi para plegarse a la doctrina del Tercer Reich. (*N. del T.*)

Table of Contents

OLGA

PRIMERA PARTE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

SEGUNDA PARTE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)

[TERCERA PARTE](#)
[NOTAS](#)